Valentina Maran

El hombre que me baña



La sonrisa vertical



Valentina Maran tiene el placer —literalmente— de invitar a los lectores a participar en un juego. Un juego en el que pocas veces se pierde, que se desarrolla en ese ámbito tan impreciso como sugerente llamado erotismo, y cuyos objetivos son lograr el mayor disfrute. Las reglas son simples: prohibido sentir celos y no respetar a los demás participantes. El juego, principalmente, se realiza cuerpo a cuerpo, piel con piel: pero si uno no vive en la misma ciudad, o está de viaje, se puede participar con SMS, enviando imágenes o escribiendo. Se valora tanto la sabiduría en este terreno como la escasa experiencia o, incluso, la timidez. No hay que sentir miedo, ni siquiera cuando se anuncia que se sufrirá algún dolor: la única inquietud es la que procura la emoción de ignorar qué nos ha preparado la autora para la ocasión.

Así, Maran nos hace vivir encuentros a tres; nos venda los ojos para citarnos con tres desconocidos (¿tres hombres, o dos hombres y una mujer?) y nos sitúa en un escenario cualquiera: en una casa o en un coche, en la intimidad o delante de un edificio lleno de personas. Sin embargo, ocurra donde ocurra, y se utilice lo que se utilice para aportar mayor disfrute, sin duda el instrumento más poderoso es la imaginación de cada uno, el deseo de ver hecha realidad una fantasía, un capricho jamás cumplido. Ciertamente, sólo hay que atreverse a desearlo.



Valentina Maran

El hombre que me baña

La sonrisa vertical - 136

ePub r1.0
orhi 25.02.2017

Título original: *L'uomo che mi lava*
Valentina Maran, 2006
Traducción: Juan Manuel Salmerón Arjona

Editor digital: orhi
ePub base r1.2





La sonrisa vertical

Colección de Erótica dirigida por Luis G. Berlanga

Daria

—¿Te da miedo?

—Hum. —Y dice que no con la cabeza.

Pero claro que le da miedo, no se atreve ni a decirlo. Le sonrío.

—¿Te duele?

Exhala un prolongado suspiro antes de contestar.

¿Cómo quieres que te crea?, me digo.

—No.

—¿Seguro? —Le sonrío otra vez.

No, asegura, que no le duele.

—Sí.

Por fin se relaja un poco.

Daria es muy joven, es la hermana de Luca. En verano le doy clases de italiano. Lleva días detrás de mí. Hoy he decidido darle gusto.

Su hermano le ha dejado leer mis relatos. Ella se ha armado de valor y me ha pedido que la afeite. Dice que no se atreve a hacerlo sola, que le da miedo por si se corta. A mí me parece que también le da miedo que se lo haga yo.

En casa no hay nadie. Hoy es sábado. Sus padres están fuera. Podía haber invitado a algún chico del pueblo, uno de esos con moto que van detrás de ella. Pero me ha preferido a mí.

Enjuago la cuchilla.

—¿Está bastante caliente el agua?

—Sí.

Ya parece más tranquila, menos tensa. Lo noto por como respira, por como responde su piel.

Se resolvió a pedírmelo ayer. Seguro que no pegó ojo en toda la noche. Apuesto a que lo anota en su diario.

Empiezo a afeitarla por abajo. El velloncillo de arriba aún no sé si quitárselo. En la radio de la cadena musical suena una canción estúpida.

—¿La conoces? —le pregunto sin apartar la mirada de lo que estoy haciendo, como quien pinta un cuadro.

—¿El qué?

—La canción.

—Hum. —Asiente.

—Cántala.

—¡No!

—Va.

Le he prometido que le haría el completo. Cuando me lo pidió estaba roja. Y aún se puso más roja cuando le dije que sí. Será que sabía que tendría que ponerse así.

Lleva una camiseta que le sienta de maravilla.

—Cántala, así te olvidas de mí.

—No… que me da vergüenza…

Se ruboriza por nada.

La tengo sentada en la mesa del cuarto de estar, con las piernas abiertas.

Es muy joven y estoy afeitándole el coño con la espuma y la cuchilla del padre; ella misma ha ido por ellas al baño.

Le separo un poco los labios. Paso la cuchilla despacio. Luego la enjuago para ver bien la zona que le estoy rasurando.

Ella contiene el aliento y respira cuando sumerjo la cuchilla en la palangana.

Primero le he hecho la parte derecha. Ahora paso a la izquierda. Le separo el labio otro poco. No la miro a la cara. Como al descuido paso los dedos por los bordes de carne húmeda.

Está mojada.

Y asustada.

No quiero que se lo piense, y por eso no la miro a la cara. Soy aséptica, profesional, quiero que se distraiga. Por la radio suena una música monocorde.

—¿De verdad te gusta eso?… la música, me refiero…

—¿Eh?

—¿Es que no puedes olvidarte un momento de lo que hago?

Olvídate un momento, sí, es muy fácil, y no hay nada de que

avergonzarse. Me mira. Parece *Bambú*.

—No te corto, tranquila.

—Perdona.

—No tienes que pedirme perdón, sino relajarte. Respira.

Inspira.

Espira.

—Si haces eso te da una embolia.

Se ríe. Menos mal. Prosigo.

Se nota que ha tomado el sol. Tiene la piel preciosa, de color galleta. A ver si la convenzo y le afeito también la raja.

—No, ésta no me gusta mucho. Prefiero a Vasco.

¿Y a tu edad quién no prefiere a Vasco? ¿O a The Doors, a Pasolini, a Metallica?

Observa atentamente cuanto hago. He acabado con la parte de abajo.

Le digo cómo ponerse.

—Junta la planta de los pies, ¿puedes?

Puede. Qué flexible. Apuesto a que ha hecho gimnasia artística o algo parecido. Qué gusto da mirarla. Ahora le embadurno de espuma los lados del pubis.

—¿Te dejo una tirita guapa o…?

—¿O?

Me capta.

Bien.

—¿O te lo hago todo?

—¿Todo?

—Queda muy bien. A mí me gusta… —Sí, lamer un coñito completamente liso y ver cómo brillan los humores, la clara de huevo, es lo que no hay.

¿Quieres tenerlo así?

Acercas la cara y notas lo terso que está, y cómo se estremece cuando pasas la lengua. Es como oler una rosa, ¿sabes? Rosa de carpaccio, de carne, de sangre, rosa obscena que se te abre en plena cara, delante de la nariz. Y que huele mucho, fortísimo.

No puedes dejar de besarla, de tocarla.

Parece que fuera a hablar. Te invita a entrar en ella, a susurrarle cosas.

Palpita, piensa. Cuando la tocas, notas lo golosa, lo voraz que es; traga de todo, saliva, chupa, saborea, y deja que te vayas cuando se ha saciado.

Y cuando también tú estás satisfecha.

Así son todas. Así es la tuya.

No sé si ya te has tocado, si te has despatarrado sobre un espejo para ver cómo eres. Yo lo hice más o menos a tu edad.

Pero no te lo digo. Me lo callo todo.

Ahora la braguita de algodón se pega a los labios y me estorba.

—Qué… curioso… Bonita sensación.

Y si te depilas todo, enseguida notas cuando se moja.

Como yo ahora.

Sí. Así es todo cien veces más intenso. Y si encima lo untas con aceite Baby Johnson, todo se te desliza dentro.

Se lo piensa.

—Vale, todo.

Bingo.

—A lo mejor te pica un poco, porque aquí el pelo es más duro…

—Vale.

Acerco la cuchilla.

Ella contiene la respiración. Los pezones se le marcan en la camiseta. Tiene unas buenas tetas, y la barriga lisa.

Acabo pronto. Lo he hecho rápido. Estoy deseando meterme en el baño y secarme con papel…

Verse el pubis afeitado se le hace raro. Tiene una raja de lo más escueta. Es como un fruto bivalvo que hubiera que abrir.

—¿Qué te parece?

Se mira.

—Extraño. ¿Y a los hombres les gusta?

Ya lo creo. Les gustaría de todas las maneras. Eres mujer, ya sólo por eso.

—Depende del hombre.

—¿A los tuyos les gusta?

—Sí.

A todos.

Siempre me dicen que soy muy suave.

—Tócate.

Se sonroja.

Yo estoy secando los bártulos.

¿Qué debo pensar, dime? ¿Por qué te has puesto colorada? No me refería a eso, ¿qué has entendido?

—Tócate a ver si te gusta liso. ¿Qué te parece?

Tapo el bote de espuma, pongo orden.

Todo muy concentrada. Oigo el frufrú de la toalla y supongo que está comprobando si la nueva desnudez le gusta. Me quedo mirándola como si estuviera vestida.

—¿Bonito?

—Pues… curioso…, ¡sí! ¡Sí! —Busca las bragas.

—Pues claro…

Se queda quieta. En el fondo, todo eso la divierte.

—¿Seguimos, ya que estamos?

—¿Seguir?

—Por detrás.

…

—Vale.

—Túmbate boca arriba, levanta las piernas y ábrelas un poco.

Lo hace.

Destapo el bote, lo agito y le echo espuma entre las nalgas. Menos mal que soy mujer; si fuera un hombre tendría una erección bien embarazosa.

Da gusto untarle el arranque del agujero y todo lo que lo rodea. Empiezo de nuevo a afeitar, perfilo los bordes, lentamente. A lo mejor ni se da cuenta.

Procuro mantener la calma. Aún no sé lo que espera, si quiere algo en concreto. Si lo hace porque para ella es normal…

Y no puedo equivocarme, dar un paso en falso.

¿Qué quieres, Daria?

Sí, seguro que ha hecho gimnasia artística. Mantiene las piernas alzadas y tensas, y los dedos de los pies estirados. Es una bailarina obscena.

Ya le da menos miedo. Ríe.

—¿A que es divertido?

—¡Me siento una tonta!
Un hilillo de baba delata su excitación. Si supiera cómo estoy yo.
Dos pasadas más, suaves.
Hecho.
Ahora su agujero, despejado, respira.

¡Dios, qué ganas tengo de chuparte!

Le he quitado todo.
—Listo.
Se queda quieta un momento; demasiado, algo pasa.
¿Quieres algo? Dímelo.
¿Quieres que te bese?
¿Que te diga lo guapa que eres?
¿Para ti es normal compartir tu intimidad con las amigas?
No me creo que sea por eso por lo que no bajas las piernas.

Tus padres no están. Situación ideal. Aunque siempre podría venir tu hermano.

Enrollo la toalla y se lo seco rudamente. Ella asoma la manita entre las piernas y se lo palpa tímidamente.

Seguro que nunca se ha tocado.

Por fin baja las piernas, se incorpora y se queda sentada, y con indolencia se pone las bragas.

Si quieres algo, has de aprender a pedírmelo. Yo decidiré si hacértelo.

Se mete las manos bajo los muslos y balancea los pies. Le diré que se pinte las uñas.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Y agacha la cabeza: seguro que es una pregunta personal.

Espero.

Mira al suelo.

Una pregunta muy personal.
…
—¿Qué se siente… cuando te besan ahí, en ese lugar?
Ahí, en ese lugar, por llamarlo de alguna manera.
Un lugar impersonal.

Eso.
Esa raja.
Ahí abajo.
Un lugar oscuro y sin nombre.

No. Nunca te has tocado. Y si lo has hecho es porque te lo ha pedido alguien, ¿a que sí?

Lo mío se llama coño, y es una raja, una entrada que acoge a los curiosos.
Lo mío es una flor; es una boca; es una concha.
Mi concha es Ella; femenina.
En momentos de gran intimidad se vuelve una patata; un tubérculo; tónico, pulposo, que sacia.
Ella es muchas cosas buenas.
Está en medio, en la mitad.
Un punto preciso; la zona del placer.
Ella es sexo.
Ella, en la geografía del cuerpo, está entre las piernas.
En medio. Es un corte que no duele.
Que se abre.
No es un ahí indefinido.
Cuando una crece, lo sabe.
Cuando una la conoce, ella se vuelve Aquí.
Métalo Aquí.

Espera una respuesta. ¿Lo haces adrede?
—Cuando te pase, me lo contarás tú misma.
Acabo de secárselo. Parece decepcionada.
—Sí… Es que…
—¿Qué?… ¿El sabor?
—Eh…
—Que te lo diga quien te chupe.
—¿Y si le da asco?
Tranquila, que no le dará asco, te lo aseguro.
—¡Qué va!
Se viste.
—¿Qué haces esta noche? —me pregunta.
—Salgo con Gianfranco.

—¿El guapo del Volvo?

A veces muestra una capacidad de síntesis notable.

Sí; Gianfranco es el guapo del Volvo; mi amigo, la única persona en la que confío.

—Ése.

Va y viene por la habitación como dudando. Poco cuesta imaginar lo que piensa, lo que quiere que le diga.

…

—¿Y tú? ¿Qué haces esta noche? —le pregunto.

—Hum… No lo sé…

Yo sí lo sé.

Le gusta Gianfranco.

—¿Quieres venir con nosotros?

—¿Puedo?

Eres demasiado previsible.

—Sí, creo que sí. Espera, se lo preguntaré.

Tengo el número grabado. Seguro que si pasara algo entre vosotros, mi relación con él te fastidiaría. Eres una cría, y todas las crías son celosas.

O no todas, sólo las estúpidas.

Mantengo apretada la tecla y la llamada se efectúa automáticamente. Nos llamamos todos los días. Se lo digo de buenas a primeras.

—Esta noche tenemos invitada.

—¿Está buena?

—Sí.

—Muy bien.

Me gusta porque nunca pone reparos, todo le parece bien.

—¿Vas bien de tiempo?

—Sí… Me paso… ¿a las nueve?

Quiere decir que llegará al menos media hora tarde. Lo conozco.

—¿Reservo en algún sitio?

—No, ya lo hago yo. El otro día vi un sitio… Yo me encargo, hasta luego.

—Adiós.

Cuelga. Daria se queda mirándome.

—Vale. Te recogemos a las nueve.

—¡Guay! ¿Y qué me pongo?

Lo que quieras; cuando se es tan joven, todo sienta bien.

—Nada especial. Nos vemos luego.

—Vale.

Me estampa un beso en la cara, me acompaña a la puerta y me despide deprisa. Yo a su edad también me pasaba horas en el baño, arreglándome. Seguro que corre a su cuarto, pone la música a tope y se pregunta mil veces cómo irá vestida.

Yo me voy a casa, a pie, me apetece caminar. Doblo la esquina, me paro, me meto la mano y despego los labios de la tela bordada. Tengo ganas de tocarme, o algo…

Ver así a Daria… En fin…

Pero no, mejor lo dejo para luego, para cuando me duche.

*

Maquillada como va, aparenta diez años más. Seguro que acaba con el lápiz de ojos corrido. El carmín de los labios ya se le ha ido, y aunque hace un momento ha ido al baño del restaurante a ponerse más, a estas alturas se lo ha dejado todo en el borde de mi copa.

Normal.

También yo de estudiante me compraba pintalabios baratos. Ahora ya no uso, y menos aún cuando salgo con un hombre y no es la primera cita.

Hablan mucho ella y Gianfranco. Yo escucho. Llevan así toda la noche. Dejo que hablen, sin decir más que lo justo para que Daria se sienta cómoda.

Aunque de esto ya se encarga él. Sabe cómo hacerlo, qué decir. Sabe que lleva ventaja, que fascina. Y tiene respuesta para todo, argumentos; y si no sabe algo, hace preguntas puntuales. Siempre se las ingenia para llevar la conversación a su terreno.

Le encanta enseñar. Tiene un poco la manía del maestro, del que quiere hacerte experimentar cosas que nunca habías sentido. Y Daria es perfecta para eso; tiene curiosidad.

Ella no le ha quitado ojo en toda la noche. Y así sigue.

Él se le ha ido acercando más y más. Y cada dos por tres, mientras le habla, le roza la mano.

Y ella no la retira. Ni siquiera se sonroja. Ríe.

Está relajada.

No sé. Nunca le he preguntado a nadie cómo me comporto yo en estas ocasiones, si también agacho la cabeza de esa manera, si enseño tanto el cuello.

Mírala cómo ríe.

No sé cómo Gianfranco no le ha dado ya un bocado, cómo no la ha probado aún.

¿Cuándo decidirás que está lo bastante cerca para besarla? ¿Qué le dirás?

Esta noche Daria está guapísima.

Lleva un vestidito corto que deja adivinar todo lo que no tiene debajo.

Que dan ganas de decirle todo lo que uno querría quitarle, todo lo que querría hacerle.

Estamos en mi casa. Tiene entre las manos mi copa vacía, se retira el pelo tras las orejas.

A saber lo que harás naturalmente y lo que tienes estudiado, Daria.

A ratos, mientras habla, se vuelve y me mira; espera mi aprobación, una sonrisa, unas palabras.

Pues claro, te digo lo que quieras.

Aún se molesta en enviarme señales, en no dejarme del todo fuera. Pero la conversación, los gestos, las miradas, se acumulan entre ella y Gianfranco. Yo me quedo educadamente fuera. Miro la hora. Gianfranco sólo la mira a ella.

Decido que la copa ya lleva vacía bastante rato y hay que llenarla. Decido dejarlos solos.

Gianfranco está a mitad del ceremonial. Si ahora levantara los párpados lo estropearía todo.

Los teléfonos no suenan, el tictac de los relojes no es demasiado fuerte. Todo va como debe ir.

Ya puede Daria olvidarse de la copa.

Los dejo solos en el cuarto de estar, yo me voy a la cocina a hacer cosas poco urgentes, tareas que podría dejar para mañana; hago que tintineen quedamente copas y botellas. Apenas los oigo; cuchichean, y al poco ni eso.

Empiezo a tener calor entre las piernas.

¿Has cruzado tú las tuyas, Daria? ¿Está ya metiéndote mano? ¿Estás permitiéndoselo?

Él sabe que te he afeitado. Nosotros nos contamos esas cosas. Mañana me felicitará, y tú pensarás qué bien has hecho en dejarte depilar hoy.

Al rato, Gianfranco se la lleva en brazos a mi habitación.

Me lo esperaba. Me habría sorprendido que no lo hiciera. Los sigo con la mirada. Él conoce mi casa, viene a menudo, sabe perfectamente dónde está la cama.

Ella apoya la cabeza en su hombro.

A mí nunca me ha llevado a la cama así, son romanticismos que no nos concedemos. Cuando nos vemos, hacemos cosas más complicadas, Daria.

Yo sigo en la cocina.

No cierran la puerta. Está claro que porque ella no ha querido, no se lo ha pedido. Esto me conmueve. Se siente tan segura con él que no le importa.

Pero piénsalo, Daria, ¿qué pasaría si de pronto me ves aparecer en la puerta? ¿Qué harías? Estás en mi casa, él es mi amigo. ¿Te das cuenta de lo que estás haciendo?

Al rato me acerco, me paro en el umbral y escucho.

Daria está algo bebida, lo bastante para lanzarse, aunque también para echarse atrás y largarse.

¿Qué quieres hacer, Daria? He puesto sábanas limpias, ¿te has fijado? Y he dejado el embozo de la cama abierto, como esperándoos. No te preocupes, si desordenas algo, no me importa.

Todo está arreglado para ti.

¿Ves?, mañana las sábanas olerán a ti. ¿Notas ahora mi olor? Ahí escribo, ahí he hecho las cosas que has leído. Ahora estás tú.

Empieza a desvestirla. Lo oigo.

Nada tintinea. Lo hace lenta, suavemente, y al final tu melena se derrama sobre las mantas.

Lo sé porque tú has contenido el aliento, y porque él aspira tu perfume.

Él se ha mostrado galante toda la noche, y ahora es aún más solícito. Es uno de los mejores.

Le da besos prolongados, sin dejar de mirarla. Lo sé, suele hacerlo así. Y la acaricia despacio.

En tu manera de respirar percibo toda la geografía de tu cuerpo, ¿ves? Lo oigo desde aquí. Te toca, te acaricia despacio, levemente. Y tú te arqueas.

Las sábanas siguen casi intactas y el colchón es ahora la banda sonora de las posturas de tu cuerpo.

Le quita los zapatos y los deja en el suelo; procura no hacer ruido. A estas alturas, ya la habrá desnudado del todo.

Me asomo un poco a la puerta y los miro.

Ella está como suponía.

Entreabierta, desnuda, guapísima.

Él aún sigue vestido. Siempre da preferencia a las mujeres.

Veo que le acaricia la cara, que enlaza las manos con las de ella.

Conmigo ya no es tan dulce. Hemos pasado a hacer otras cosas.

Sigo donde estoy, en la penumbra.

La besa; tiene la mano puesta en el pecho y le pasa primero el dedo índice y luego el pulgar por alrededor de los pezones, siguiendo sus contornos. Se separa, se pone de rodillas sobre la cama y le acaricia el torso; la parte de debajo de las costillas le encanta, siempre que me la acaricia a mí me dice: «Tienes esto precioso», y me la delimita tocando puntos precisos.

¿Ves?, también a ti te lo hace. No te lo pierdas. Puede que no te parezca cosa del otro mundo, pero con el tiempo aprenderás a apreciar esta manera de distraer el interés del pubis.

Acariciándola, baja hasta el ombligo, y la mira a la cara.

Gianfranco es el único que te mira a la cara cuando hace el amor. Los otros no lo hacen, pasan. Pero si te miran a la cara es más bonito, te hacen sentirte más importante, más a gusto.

Él lo sabe, ha hecho el amor con muchas, y a todas las hace sentirse bien, a mí también.

Daria es perfecta. Es más alta que yo, mucho más alta.

Él la acaricia con los labios, la lame, la saborea, se la bebe; es sólo el principio.

Y baja más.

Ella traga saliva.

Se inclina sobre la desnuda raja de Daria.

Ella no hace nada por impedirlo.

La cosa se prolonga un buen rato.

Estoy viendo la primera vez de Daria.

Sí; probablemente nunca te han besado ahí… o al menos no así. Sé que no eres virgen, que ya lo hiciste bajo el balcón de tu casa, a escondidas, torpemente; que no te diste ni cuenta.

Pero esto no; tus amiguitos de las motos no saben ni cómo se hace.

Él, en cambio, te lo hace como Dios.

Respira fuerte. A ratos inclina la cabeza y lo mira, pero enseguida vuelve a cerrar los ojos.

Espera, espera y verás qué gusto.

Él sabe mucho.

Déjale hacer.

Es muy bueno, fíate de mí… y de él.

De pronto ocurre algo que no me esperaba.

Daria se vuelve a mí y me llama.

No sabía que hubieras reparado en mi presencia, he sido muy sigilosa.

…

Quizá sólo quiere decirme que me vaya, tendría derecho. Nada podría yo objetar si así fuera.

Me acerco.

Gianfranco se ha parado y espera acariciándole el vientre y sin dejar de mirarla.

—Sí —le digo al oído a Daria.

Ella alarga hacia mí la mano y me acaricia la cara, mirándome, sin decir nada. ¡Qué dulce! Yo permanezco acuclillada ante ella, junto a la cama. Gianfranco se quita la camisa, se queda en pantalones.

No está lo que se dice delgado. El pelo del pecho, rubio grisáceo, delata su edad, cuarenta y cuatro años. Vuelve a inclinarse sobre

ella.

Daria gime.

Cierra los ojos y me aprieta la mano. Esta gacela me quiere en primera fila. Entreabre los párpados.

Entonces la beso.

Sabe a qué ha venido. ¡Qué lindo es sentir cómo se estremece! Se agarra de mi cuello y cierra los ojos, fuertemente. Aparto mi boca para dejar que respire. Me vuelvo y miro a Gianfranco, en la otra punta de la cama. Sé que es agradable. Tiene la lengua larga y ancha, y se la pasa de arriba abajo mientras le queda saliva, y ella jadea más y más; largos, profundos lametones.

La separa un poco con los pulgares, se queda mirándola como si nunca hubiera visto cosa más bella. Sacude la cabeza como si no diera crédito a lo que ve, y me mira.

¡Cómo me gustaría estar en su lugar!

Y sigue.

Lástima que ella no lo mire, lástima que no haya visto esa mirada.

Sigo besándola. Ella reclina la cabeza. Y eso que apenas te hace nada, sólo está chupándote.

Él le tiene la boca pegada a la raja.

Veo que mueve lentamente la mandíbula, como si le susurrara algo; ella lo escucha con todo su cuerpo.

Los pechos de Daria suben y bajan; planto en ellos las palmas bien abiertas.

Los tiene duros, firmes.

Ella me coge las muñecas, me las aprieta, me hace rotar las manos. Quieres que te sobe así, ¿eh? ¡Qué bonito sería que me lo dijeras!

Desliza las manos sobre las mías y entrelaza los dedos a mis dedos.

Hago lo que quieras. Te hago todo lo que quieras.

Ahora respira de otro modo, creo que porque él está usando los dedos. Los humores de Daria le mojan la rubia perilla.

Subo a la cama.

Le pellizco los pezones mientras la beso; ella me lame la lengua, a ratos, sin dejar de jadear. Luego le beso el cuello, el esternón.

Respiro igual que ella. Cierro los ojos y la escucho con atención.

Su tórax es como una caja de resonancia de sensaciones.

Todo cuanto siente aflora como en ondas a la piel.

Sigue así.

Aquí estoy.

Aquí estoy.

La beso. Cierra los ojos con fuerza, como si le hiciera daño.

Ábrelos y mírame.

—Abre los ojos.

Lo hace: los abre, me mira.

Está indefensa, desarmada, entrañable.

La acaricio.

Le susurro cosas que yo querría que me dijeran si nada supiera, si fuera ella, si aún no lo hubiera hecho con él. Luego me retiro, la dejo un poco en soledad, no quisiera que me reprochara nada; que tenga sus momentos de intimidad con él, eso.

Gianfranco me mira. Sigue haciéndole con los dedos lo que ha dejado de hacerle con la boca.

Me acerco a él.

Me besa. Sabe a ella.

Sabe bien.

Me pide que ponga la boca donde la tenía él. He hecho un buen trabajo: está perfectamente liso, tal y como a mí me gusta el mío.

Gianfranco me besa y sigue susurrándole a ella cosas que la hacen combarse.

Lo mismo hago yo, y nuestras lenguas se enredan entre los pétalos de piel.

Nos retiramos.

Yo me pongo en pie, quiero hacer una cosa. Le digo a Daria:

—Saca la lengua.

Ella lo hace, y la apoya en el labio como si fuera a recibir la hostia. Paso mi lengua por la suya.

—¿Notas el sabor?

Sonríe, gime, llora casi, no sé, todo a la vez. Es un animalillo agradecido, encalabrinado.

—Sabes a limón y a sal.

Tiene los ojos muy abiertos y húmedos.

—Eres sabrosísima.
Está feliz.
Tiene una lengua maravillosa.
Quiero seguir, seguir, Daria. Puedo, ¿no? Solamente quiero verte así un rato más.

Vuelvo abajo. Tiene un olor embriagador. Su sabor me llena la boca, es un gusto que me pica en la lengua, aunque enseguida se agua, se vuelve clara de huevo, salada.

Daria está en la gloria, y yo también.
Me conformo con esto, ¿ves? Si lo hubiéramos hecho antes, no habría sido lo mismo, no habrías querido; había demasiada luz, demasiadas preguntas, demasiados equívocos. Bastante era tenerte en una mesa medio desnuda. Era un buen pretexto, pero nada más. Más allá no podíamos ir, ¿te das cuenta? Ahora es distinto, muy distinto. Una sensación errada y ahora no te tendría aquí.

Gianfranco se quita los pantalones y se queda desnudo… completamente.
Mira a Daria.
Yo me aparto. Quiero mirar.
Se lo abre con el índice y el pulgar, lo toca con la punta del sexo, sólo un poco.
Se para.
Luego penetra lentamente, cierra los ojos y dice algo inaudible, algo que sale sordo de sus labios.
Jadea.
La flor de Daria es de pulpa.
Cuando él sale, yo se la chupo; el sabor de ella es así más intenso.
Se aparta de mí, penetra de nuevo en ella.
Ahora soy yo quien abre los pétalos de Daria. Miro.
Es bonito, ¿a que sí, Daria? No sabes lo guapa que eres. No tienes idea de lo que eres.
¡Qué ganas de comerte!

Me pongo de pie.
Me coloco junto a él, le acaricio la espalda, los glúteos.

No se lo esperaba.

Es bonito ver lo que él ve; una Daria abierta, una Daria generosa, una Daria que gime.

Y a ratos dice Dios, Dios…

Sí, dilo, dilo, en voz bien alta.

Está bellísima.

Gianfranco está callado. Me busca con la mano, me baja un tirante de la camiseta, nada más.

Sigo yo, me desnudo. Él me mira y me toca y me halla toda mojada. Dejo que siga, que me manosee, y yo, mientras, le beso el cuello.

Me pongo de puntillas para que llegue a donde yo quiero.

Cambia de presa.

Me pasa la mano por la espalda, por las nalgas. Me llega dentro pasando por detrás y hace como antes; me aprieta contra sí, aunque un poco atrás.

Entretanto, le ha levantado la pierna izquierda a Daria, para contemplarla mejor… y para que ella sienta más.

Somos un trío obsceno.

—Túmbate sobre ella.

Así lo hago.

Él sale de Daria. Yo tengo mi barriga sobre la barriga de ella, los pechos sobre sus pechos.

Noto la pelvis de Gianfranco golpear junto a mis glúteos.

Tengo en la boca los gemidos de Daria.

Ahora me toca a mí.

Jadeo en la garganta de Daria, que recobra el aliento y sigue sin mirarme.

Cuando sale de mí y entra en ella, Gianfranco me acaricia con el pulgar.

Lo hace un ratito.

Daria está a punto de correrse. Sí, está a punto de correrse.

Tiene el vientre tenso. La respiración se ha vuelto un «sí, sí» constante, repetido en voz alta, gutural. Tiene las manos plantadas en la cama.

Sí, deshazla, desgárrala. No te cortes.

Déjate llevar.

Está sudando, despeinada, contraída.

Ahora quiero ver de cerca cómo eres.

Con las manos le abro los glúteos todo lo que la piel da de sí. El ritmo de Gianfranco reverbera en la piel de Daria; ondas de placer que pautan su respiración… y sus gritos.

Tengo las manos llenas de ella, de sus glúteos, de su sudor.

—Córrete… Maravilloso, ¿eh? Di que es maravilloso.

Sólo acierta a decir sí.

Pero no me lo dice a mí.

Se lo dice a él, para que no pare.

Con el tiempo aprenderás a responder y susurrarás cosas deliciosas. Yo te lo enseñaré todo.

—Goza, Daria, ¡así, así!

Mi gacela se corre.

Se corre con un grito ahogado, cerrando con fuerza los párpados. Enseguida su orgasmo enmudece; se lo guarda para sí; cierra la boca, se muerde los labios.

Su contención se resuelve en un suspiro prolongado.

Luego nada, se queda quieta y todo vuelve a la normalidad.

Él sale de ella lentamente. Está sudando.

Nos quedamos un rato en silencio.

Abrazo a Daria hasta que su respiración se vuelve un horizonte. Luego hago que se tumbe a mi lado, y se aovilla un poco, pero no creo que lo haga porque tenga frío.

Gianfranco se tumba a nuestro lado y le acaricia el hombro.

Lo miro; paso por encima de Daria, que está reponiéndose del orgasmo.

Él me estrecha entre sus brazos.

Daria tiene los ojos cerrados, parece dormida.

Me clavo en Gianfranco, lentamente. Proseguimos sin ella, evitando movernos mucho; no queremos molestarla, ya reaccionará cuando quiera.

El pecho de Gianfranco pincha.

Cada cierto tiempo se lo afeita y los pelos le salen más duros. Yo tengo la piel tan sensible que, allí donde me aprieta, me sale un cardenal.

Me tiene cogida por las caderas, nuestros pies se tocan. A veces me dejo caer, me tumbo sobre él cuan larga soy y respiro entre su

hombro y su cuello; no huele a nada, y sabe a barba que crece.

Al poco paramos.

Se pone detrás de mí y entra lentamente; penetra hasta el fondo y sale, y, mientras, me acaricia la espalda.

La tengo simétrica, arqueada.

A veces se queda un ratito en suspenso, como si mirara mis partes también con el sexo; luego se deja caer y entra de nuevo. Conmigo le gusta hacerlo así, a acometidas repentinas.

Daria ha abierto los ojos y nos mira.

Yo a ella no, no sé él.

Gianfranco acelera. Atiende a cómo me contraigo, a lo que siento.

De los dos, siempre, soy yo quien tiene preferencia, siempre.

Daria se mueve, puedo verle los pies; creo que se ha arrodillado, no estoy segura. Noto cada vez más a Gianfranco.

—Ah… Joder…

Es lo primero que dice en toda la noche, lo primero que se le escapa, por fin.

Entonces el calor aumenta más y más.

Es una sensación de excitación general, violenta.

El placer se enciende aquí y allá, me arde todo.

Pierdo la noción de la realidad, y lo único que quiero es que Gianfranco no pare.

La cabeza empieza a darme vueltas, mis oídos ensordecen; no noto más que calor, un calor húmedo.

Y el zumbar de mi cabeza.

Me vuelvo; no sé qué me estás haciendo, pero no pares.

—¡Anda!

No me creo lo que estoy viendo.

Es Daria.

Es Daria que me está tocando, que me está chupando.

¿Cómo se te ha ocurrido? ¿Has sido tú sola, o te lo ha dicho él?

Mentira me parece. ¿Quién te ha enseñado a hacer eso? ¿Hum? ¿De verdad acaba de ocurrírsete? ¿Cuánto has tardado en decidirte? ¿Lo haces por mí, o por él?

Muy pronto aprendes.

Tiene mi flor abierta en la boca.

Así seguimos, hasta que acaban moviéndose al compás, acariciándome la carne, perfectamente acordados.

Ella se ha animado: toca y palpa todo lo que le apetece, todo lo que le queda a mano.

Esta niña me está volviendo loca.

Quisiera mirarla, quisiera decírselo; pero está acurrucada ahí detrás, y me costaría mucho hacerlo, girarme, cambiar de sitio.

No, no, que no pare.

Sigue así, Daria; eres tremenda, ¿sabes? Loquita me estás volviendo.

Estás matándome de gusto; como sigas, te exploto en la cara.

Me corro en su boca.

Me corro en su lengua, en su garganta, en sus dientes. Me corro en esa boca que no sabe ni cómo llamar al coño y ahora está chupando uno.

Me corro con un orgasmo poderoso.

Me corro dando gritos.

Me corro llena de Gianfranco, que acelera y al poco me vierte en las nalgas un largo chorro caliente y viscoso que resbala por mi espalda.

Luego el placer decrece y se calla.

Y sólo se oye nuestro respirar cadencioso.

Noto las manos de Daria tocándome los glúteos, la espalda.

Toca, dubitativa, el cálido chorro con el que me ha rociado Gianfranco.

Se hace un silencio.

—¿Quieres probarlo?

Se lo pregunta Gianfranco, que me extiende su semen con los nudillos.

Y de nuevo la lengua de Daria me sorprende.

La siento ahí; me la pasa rápidamente por los riñones, bien aplicada a la piel, en un enérgico lengüetazo. Es el último estremecimiento de la noche, que corona los que aún me hacen temblar.

Debes de estar maravillosa, lástima no poder verte en un espejo.

Pondré uno, para la próxima vez, te lo juro.

Me tiendo boca abajo en la cama.

—¿Qué tal? —le susurra.
Ríen por lo bajinis.
—Hum.
A saber qué cara ha puesto.

Estoy rendida, feliz.
El semen va secándose y noto que tira de la piel.
No puedo ni moverme.
Daria se baja de la cama, apoyándose en las muñecas, como si no quisiera ensuciar.
Gianfranco se queda aún un ratito, y me acaricia la espalda trazando arabescos.
Daria va al baño, sin decir nada, con las manos alzadas.

—Voy con ella.
—Hum…
Sí, mejor que vaya él. Para estas cosas no tiene igual.

Cierran la puerta, hablan… No sé qué se dirán, no oigo bien. Pero es mejor dejarlos solos.

¿Por qué has ido con ella? ¿Pasa algo?

Me quedo dormida. Al rato vuelve él y veo que recoge la ropa de ella y la suya.
Me acaricia la cabeza, abro un poco los ojos.
—La llevo a casa.
Mejor.
—¿Vuelves luego?
—Sí. ¿Me esperas?
—Creo que estaré dormida.
—Bueno.

Se despide dándome un beso en la frente y vuelve al baño con Daria.
Al poco oigo el motor de un coche. No sé si es él que se va o que vuelve. No tengo fuerzas ni para meterme entre las sábanas.
Y así me quedo dormida, preguntándome por qué se ha ido

Daria sin despedirse de mí.

¡Ánimo, Chiara!

Se nota que al principio Chiara no quiere.

Lo llama tonto.

Se tapa con un cojín; luego se levanta y corre a encerrarse en el baño. Debe de ser verano porque se le ven las marcas del bañador, y se nota que hace calor, por la luz, por la casa.

Tiene un acento extraño, me parece haber entendido que es de Perugia.

El vídeo se detiene, luego sigue. A lo mejor es que apagaron la cámara y luego la encendieron.

Al principio hablan.

Ahora es ella quien lleva la cámara y lo filma a él.

Me han dicho que Chiara es muy joven.

Él, desnudo, no está mal; aunque no está excitado, sino completamente flácido, y no lo entiendo, con una tía como ella.

Hablan.

Ella lo llama amor mío y le dice una y otra vez que es muy guapo, que le gusta mucho, y le jura amor eterno.

Pero tres meses después, se follará a su mejor amigo.

Las imágenes saltan, se detienen. Al final coge él la cámara.

—Abre las piernas, va —le dice.

—¡No!

—Sí, venga.

—Total, no se ve nada.

Él insiste. Ella las abre a regañadientes y mira a otra parte. Él pulsa el zoom.

Tiene el vello del pubis moreno.

Tupido.

Él la toca.

Ella gime quedamente y mira a la cámara; parece que lo haya hecho un millón de veces. Pero no, es la primera, o al menos eso dice.

Él retira los dedos.

Ella te mira directamente a los ojos y te dice: «Tonto». Tú quisieras que lo repitiera mil veces, del mismo modo, mirándote fijamente.

Ale ha tenido todo el tiempo la mano en mi espalda. Ahora empieza a besarme el cuello.

Tampoco él aparta los ojos de la pantalla. Me vuelvo un poco para facilitarle la tarea.

Le suena el móvil.

Espera, porque ahora viene lo bueno.

*

Ale es mío; yo lo he traído aquí, yo lo he buscado, acosado, perseguido sin tregua.

Le he mandado mensajes diciéndole lo que quería de él, en qué posturas y cuánto tiempo. Hemos quedado aquí.

Ha llegado con un poco de retraso.

La casa está vacía, sin muebles, sin nada; retumba todo.

Habrá que ir poco a poco, aunque no lo decimos; tampoco creo que haga falta.

Me besa en silencio. Es mejor que sea él quien rompa el hielo.

Yo he encontrado el sitio, yo he elegido el día.

—¿Habrá algo de beber en la nevera?

—Ve a ver… Pero si hay algo podrido, prefiero no saberlo.

Y es que la casa de mi amigo está casi inhabitada; sólo la usa para follar conmigo y con otras. Hoy me la ha prestado.

Pero él no viene nunca, y en la nevera podría haber cualquier cosa.

Lo abre.

—No, todo bien. Hay una Fanta, ¿la quieres?

—Hum.

Se burla porque digo hum…

Pero es que, si no digo «hum», digo síes demasiado convencidos,

demasiado explícitos. Y se entiende demasiado lo que quiero.

Coge la Fanta, cierra la nevera, abre la Fanta, echa un trago; me la pasa, bebo.

Me da otro beso.

Tiene una buena lengua, larguísima. Trago Fanta y saliva.

Se ve que, mientras venía, ha fumado.

Sí, creo que vamos a pasarlo muy bien.

—Si quieres, deja ahí tus cosas.

Se quita la mochila, deja las gafas en la mesa; lo mismo hago yo con la chaqueta y el bolso.

Se queda mirándome.

Dos cosas quisiera saber en este momento: cómo nos iremos a la cama y cómo acabaremos la noche.

Si tendremos cosas que decirnos, si satisfaremos las expectativas del otro.

Ale es algo mayor que yo.

Es de esas personas a las que no te explicas cómo has conocido; un hombre cuyo estilo de vida me es completamente extraño.

Es músico, se acuesta a horas intempestivas, y seguramente con mujeres que se le ofrecen tan fácilmente como yo.

Es de esos que nunca están, o porque ha salido de gira, o porque está durmiendo, o porque por fin tiene tiempo de distraerse con los amigos o con la novia.

Hace bien en ser celosa. Por eso merece todo mi respeto.

Ale y yo nos conocimos no hará ni dos meses. Me gustó su manera de mirarme, como si en cualquier momento fuera a preguntarme algo.

Y decidí que merecía la pena intentarlo.

Si yo no te hubiera buscado, ¿me habrías llamado tú?

No nos sentimos incómodos; más bien emocionados, excitados, y quizá también algo decepcionados por lo fácil que está resultando. No nos hemos parado en la escalera para preguntarnos adónde íbamos, ni hemos tenido que escondernos, ni que inventar excusas. Todo ha sido pan comido.

Y cuando algo es pan comido, ni tú ni yo nos divertimos.

—Es grande esto.

—Sí.

—¿Y vienes a menudo?

—No.

No mucho. Porque te haya dicho que mi amigo y yo lo hemos hecho, no creas que con él es como contigo. No has entendido nada.

Es algo muy, muy distinto.

—Qué amable ha sido al prestarnos la casa.

—Sí.

—Yo no sé si lo habría hecho… Quiero decir… Si una amiga con la que estoy bien me pide la casa para llevar a otro… creo que me pondría celoso.

—No, nosotros no somos celosos.

No has entendido nada. Él y yo tenemos el tipo de relación que no se explica. Es como es y punto. No somos celosos. No somos amantes. No tenemos por qué seducirnos.

Cuando hacemos algo, es para experimentar cosas que con otros sería muy difícil. Tú no puedes tener una relación así con las mujeres, estás acostumbrado a gustar.

Eres demasiado macho.

Abre él todas las puertas, con lo que me ahorra la molestia de explicarle dónde está la habitación. La encuentra sólito; entra y se sienta en la cama; sobran las palabras.

Se descalza. Yo me apeo de mis zapatos de tacón; no sé si querrá que me los ponga de nuevo una vez desnuda.

Está morenísimo, mucho más que la otra vez.

Y se ha puesto el perfume de siempre, al que le huele todo el cuerpo, sobre todo detrás de las orejas.

Ya se ha desabotonado la camisa y yo acabo de quitársela. No es un hombre musculoso, como ya suponía, pero está en forma, se nota por la energía que irradia al moverse.

Me quita la camiseta.

Procedemos con calma, sin prisas. Tenemos tiempo de sobra para estudiarnos, para ver lo que nos gusta, para pensar una excusa si en algún momento nos equivocamos. Me pregunto quién será el primero que diga: «Tengo que irme».

Nos abrazamos y caemos en la cama.

Me quita el sujetador y empieza a lamerme los pezones. Me toca, me palpa, me soba, me muerde. Al final, me tumba a su lado.

Empezamos a desnudarnos.

No se anda con palabras ni preliminares.

Hoy está claro; hemos venido a follar, tenemos ocho horas por delante.

Si te entiendes bien con alguien, pueden quedarse cortas; si no, se hacen una eternidad.

Esto es una locura.

Apenas nos conocemos, podrías ser un maniaco sexual.

No queremos complicarnos la vida; no nos hemos dicho que nos queremos o que nos amamos, y me da la impresión de que tampoco nos lo diremos aunque nuestra relación se prolongue.

No ha tenido que mentir, no ha habido necesidad. No ha tenido que decir cosas que en realidad no piensa. Yo le dije de buenas a primeras lo que quería, él aceptó; tardó un ratito, pero aceptó.

Ajá.

¿Por qué no me dijiste enseguida que sí? ¿Por qué tardaste un poco? Porque te doy miedo, ¿es eso? ¿Creías que me traía algo entre manos?

En cuanto te vi, me gustaste y decidí hacer el amor contigo.

Y yo, ¿qué impresión te di?

Soy la tía más fácil del mundo, la más desinhibida, pero tardaste un rato en aceptar. ¿Acaso te di miedo? ¿O tal vez te fiabas?

—Esta mañana no encontraba la correa…

Se quita una especie de pañuelo que lleva pasado por las presillas. Se queda en calzoncillos, unos bóxer, negros y ceñidos.

Uno no puede permitirse ponerse eso si no tiene un culo perfecto; él por suerte lo tiene.

También yo me lo quito todo.

Y nos quedamos desnudos.

Lleva unos tatuajes preciosos, pero menos de los que imaginaba. Pensaba que llevaría también en las piernas, pero no. Yo no llevo ninguno. Sólo tengo cicatrices y lunares.

Ni siquiera sabes que hasta hace dos meses llevaba el pelo larguísimo.

A lo mejor te habría gustado más.

Nos tumbamos desnudos.

Me inspecciona; me separa las piernas, me observa; yo me estoy quieta. Me ha prometido que me chuparía durante horas.

De él sé lo justo para fiarme; parece una persona sana.

Enseguida nos llenamos la boca el uno del otro; somos precisos, especulares, inversos, opuestos.

Ale no es alto, no llegará al metro setenta.

Eres el primer hombre que no me supera en altura. Eres expugnable, manejable. Si quisiera, podría violarte. Yo podría hacer de hombre y sentirme más fuerte que tú. ¿Por qué no?

Es bueno con la lengua; la tiene bien gorda y la llama «chuletón».

Es verdad, es un pedazo de carne curioso y sensible que hurga, descubre, halla y estimula.

De pronto se detiene y mira qué pasa.

Yo sigo teniéndolo en la boca; lo lamo, lo chupo.

A ratos se encabrita, impetuoso, y he de decirle que tenga cuidado; pueden darme arcadas si me entra con tanta fuerza en la garganta.

Nos separamos, nos quedamos mirándonos abrazados. Tiene los ojos clarísimos.

Verdes, que siempre sonríen y hacen guiños.

Me abro y acerco su pelvis a la mía.

Es el momento, hazme sentir cómo eres.

Me abro más y dejo que entre.

No quiero que pares.

Ale es guapo, muy guapo; está bien proporcionado, es esbelto; ninguna parte de su cuerpo ni sus maneras son excesivamente viriles; es un efebo, perverso, caprichoso; un animal sólo aparentemente dócil, que cuando hace el amor se vuelve sexo.

Puro sexo.

Penetra con fuerza, como si quisiera meterse entero, como si no se conformara con introducir sólo una parte; no me da respiro. Yo si pudiera, me abriría más, pero no puedo. Ciertas partes de mi cuerpo se resisten y sólo pueden ser forzadas hasta cierto punto; si no,

ceden, se desgarran, se afean.

Me observa atenta, constantemente. Pone gran esmero en lo que hace.

Me coge por los tobillos, me mira, me escruta poniéndose de rodillas y levantándome.

Me siento como uno de esos sacacorchos de palanca; abierta a su curiosidad.

Ya me había dicho que me examinaría minuciosamente.

Deja caer saliva desde lo alto, me lubrica los labios ya húmedos.

Es preciso, quirúrgico.

Refriega el miembro en su propio humor y entra con una acometida precisa.

Y aunque no es grueso me hace gritar.

Tampoco es que vayamos a deshacer la cama; es un simple colchón con una de esas sábanas bajeras de elásticos.

Quisiera agarrarme a algo, pero me tiene clavada en el sitio.

La cama no tiene cabecera, ningún asidero. Sólo lo tengo a él, que arremete, que me llena y sale.

Tu polla es mi única sujeción.

Que haga conmigo lo que quiera.

Me da la vuelta, me pone a cuatro patas.

Es una de mis posturas preferidas, posiblemente la mejor.

Me hace esperar un poco.

Aplica su cara a mi trasero, la lengua, el resuello.

Me pregunto a qué oleré, a qué sabré.

Entra con los dedos, con los labios.

Yo jadeo contra la pared.

Quizás al otro lado haya alguien escuchando; susurro al oído de las paredes.

Si al otro lado hay alguien, seguro que le gusta. Y es posible que lo haya. A lo mejor han acudido un montón de curiosos. O quizás estamos molestando a alguien que ha subido el volumen de la música o se ha ido.

O quizás hay una pobre sirvienta entregada a sus tareas mientras tú aquí me haces gozar. Sólo hay cuatro paredes, unos cuantos ladrillos que nos protegen de la vergüenza.

No olvides que no deberíamos hacer lo que estamos haciendo.

Acomete con fuerza.
Se para, mira, prosigue.
Inclino el busto, restriego la cara por el colchón. Él se me monta en las nalgas, como si trepara a una cima.
Afianza los pies por delante de los míos, casi junto a mis manos.
Es como si no le bastara el miembro, como un jinete que se pusiera delante de la silla.
Y, deslizándose hacia arriba, sale poco a poco de mí.
Esto nunca me lo habían hecho, salir de abajo arriba como un ancla que no hace presa; solamente la comisura de mis partes lo retiene un instante.

Sigue así, Ale.
Sigue así, que me gusta.
Hazme sentir mil cosas.
Y él vuelve a penetrarme y a salir del mismo modo, lentamente, una y otra vez.

¡Qué obscenos debemos de parecer!
Lástima que no haya espejo. Me gustaría ver cómo me montas y amansas. Las chicas buenas no se ponen así, se ponen debajo, adoptan posturas plásticas; aun en la cama tienen siempre un asomo de pudor.
Yo no.
Yo pongo el culo bien en pompa y me dejo cabalgar como los animales.
Me dejo cabalgar por ti.
¿Qué cara pones? ¿Cómo me miras? ¿En qué piensas?
¿Me estás perdiendo un poco el respeto? ¿Se te ocurre alguna guarrada? ¿Haces esto con otras?

Nos damos la vuelta y seguimos de frente.
Quiero engullirte hasta no poder más, porque así no me bastas, así no es suficiente.
Nuestras partes entrechocan, chasquean de puro húmedas.
Y él me sonríe, me sonríe siempre que cruzamos la mirada.
Se para, saca la lengua, me deja que se la chupe.
Me hace experimentar cosas que no me ha dicho que me haría.
Sabes a las palabras que has callado.

Se tumba a mi lado, espera que siga yo.

Me acuclillo encima de él como una rana, bien hincada en su sexo.

Y croo suspiros leyendo lo que dicen los tatuajes.

No nos veremos más, lo sé.

Fíjate, piensa en nosotros.

Tú nunca llamas, yo soy de las que desaparecen. ¿Por qué hemos decidido hacerlo si esto no tiene futuro? Lo más seguro es que nos baste con lo de hoy. ¿Qué pasará después?

¿Pensarás que te has quedado a medias? ¿Que no me has dado bastante? ¿Me parecerá a mí que sé lo suficiente de ti?

Lo que no quiero es que me entiendas mal. Has de salir de aquí con las ideas bien claras.

Y decidir si vale la pena conocerme o no.

No me echarás de menos. Tu vida está ya colmada. Eres nitroglicerina, eres una bomba de relojería siempre a punto de estallar.

Yo soy un animal lento, asido al borde de la cama y de la vida, que observa, estudia y medita todo lo que ve.

Tenemos miras opuestas. Nuestro encuentro es una casualidad, es el destino. Somos el caso que se sale de la norma.

En este momento estamos viviendo la excepción.

Me separo.

Empiezo a chuparlo, a lamerlo. Quiero ver cómo se corre.

Tiene los ojos cerrados; saborea cada sensación que le provoco.

¿Con qué fantasma yaces ahora? ¿En quién piensas? ¿Con quién estás haciendo el amor? Porque conmigo no es, no soy yo la que hace que te corras. Sé muy bien que nunca me dirás cómo se llama tu fantasía.

Nunca sabré si es muy distinta de mí. O quizá sí. De otro modo me mirarías.

Suspira.

—Qué hermoso.

Eres hermoso, hermosísimo.

Pareces feliz.

Yo quiero hacerte feliz.

Se deja trabajar un rato. Cuando está lleno vuelve sobre mí, me coloca debajo de él, observa los puntos en los que penetra, entra y

sale con acometidas precisas, mirando.

Aún eres joven.
Dentro de diez años Ale será perfecto. Lo habrá comprendido todo. Sabrá complacer a una mujer mejor de lo que ahora me complace a mí.
Aún hay algo que debes aprender; tienes que prestar más atención.
Como bueno, lo eres; sólo que has de pensar menos en ti.
Disfruta de lo que me estás haciendo. Siente lo que yo siento. Fíjate en lo que cada centímetro de ti excita; no en lo que tú sientes, sino en lo que excitas.
Eso es lo bonito.
Soy tu terminación nerviosa temporal, soy la continuación de tu epidermis, la caja de resonancia de tus sensaciones; no te quedes donde acabas tú.
Sólo te falta esto para ser prácticamente perfecto; ya casi lo eres.
Sé más generoso, Ale.
Y mírame, mírame a la cara: estás haciendo el amor conmigo.
Mírame.
Y si quieres saber lo que siento, pregúntamelo.
—¿Dónde quieres que eyacule?
—Aquí.
Y me paso el dedo desde el cuello hasta el vientre.
Quiero un largo collar de semen, entre mis pechos.
Ponme guapa.
Llega el chorro cálido, copioso. Me rocía con perlas de sí mismo.
Uno.

*

Se tumba sobre mí.
Es el primero que lo hace. Los otros lo evitan, hay incluso quien ni siquiera me toca.
Yacemos cuan largos somos, pegados, rendidos. Luego se echa a un lado.
Dejo que repose. No lo toco. Espero. A ver lo que tarda en recomenzar.

Ahora me toca a mí correrme, y me lo tomo con calma. Me apetece.

Se acerca al clítoris y aplica la lengua.

—Cuidado… Estoy muy sensible, ve despacio.

Sí, sé que normalmente me salto los preliminares, pero ahora debes ir con cuidado. Has de rodear mi sexo, no debe enterarse de nada.

Has de mimarlo, henchirlo, irrigarlo, has de pillarlo por sorpresa.

Puedo correrme aunque no me toques el clítoris.

Ale lo entiende; saborea morosamente mis partes, se unge la cara con mis humores.

Dilata todos y cada uno de mis pétalos.

Su corta perilla me hace el efecto de una abeja libándome.

Tener a un macho postrado entre las piernas es de lo más embriagador que hay.

Mira cómo soy, mira cómo me traspasa el placer.

Me corro en sus labios, en su sonrisa. Me corro en su voz, que me dice: «Así me gusta».

Me deja jadear un rato, luego me penetra de nuevo. Mis espasmos no han acabado, por lo que me da la impresión de ser mucho más estrecha.

Me tiene debajo y hace como antes.

No es cierto que encuentres placer en recibir un orgasmo en la boca, me has escrito una mentira.

Lo que te gusta es sentirte victorioso; hacerme capitular y ver cómo te entrego el premio. Es bello contemplar cómo me corro. Pero si me penetras me lo quitas todo, y poco a poco me apago debajo de ti sin que puedas ver nada. Es como si me metieras la mano en la boca. Aprende a dejarme terminar.

Espera.

Espera.

Pero no, él sigue, y al poco derrama sobre mí gelatina caliente.

Orgasmos asincrónicos.

Dos.

*

Chiara está ahora tumbada en el sofá.

Han puesto la cámara de vídeo en el mueble.

Él ha encendido un cigarrillo, ella habla con una amiga por el móvil. El novio se impacienta, le hace señas de que corte; ella sigue hablando.

Él entonces se arrodilla enfrente de ella.

Mira a la cámara; te observa, muestra el dedo índice y dice con los labios: «Uno».

Y le mete el dedo. Sin inmutarse, ella sigue hablando.

Ale está encantado.

Sabía que te gustaría. No te imaginabas que te traería un vídeo, ¿a que no?

Él saca el dedo, mira de nuevo a la cámara:

«Dos.»

Ella sigue hablando; él la zarandea un poco.

Y prosigue.

«Tres.»

Y se los mete bien metidos.

Ella consigue no interrumpirse, pero habla más despacio, alarga las pausas, es menos locuaz. Se ve que le gusta, aunque aún muestra cierta soltura.

«Cuatro.»

Con un suspiro le dice a la amiga: «Tengo que dejarte»; él le ha metido casi toda la mano.

Ale me mira atónito. Me besa. Vuelve a estar excitado. Se coloca encima de mí, busca mi entrada y me penetra sin dejar de mirar la pantalla. Yo lo incito:

—Esa tía me vuelve loco —le digo.

—Está buenísima, sí.

—Lo que más me pone es que habla por teléfono como si nada, la muy cachonda.

—¿Tú qué le harías?

Me clava sus ojos verdes; me gusta mucho que me mire así.

—Lo primero, atarla a la cama.

Acelera.

—Luego empezaría a chupar el coño, pero no por dentro…

Se queda mirándome. Y yo lo cuento como si se lo hiciera a él.

—La calentaría un rato. Quisiera que me suplicara que se la meta, que la penetre…

Cuando falta la raja me duele un poco.

Observa lo que está haciendo.

Luego mira a Chiara, que está de espaldas y a la que el novio chupa a intervalos.

Yo insisto.

—Pero ni aun entonces la penetraría. La haría sufrir otro poco, hasta que se le hiciera agua. Ésa está acostumbrada a tenerlo todo y pronto. Quiero que rabie de gusto.

Jadea.

Cierra los ojos.

Acomete aceleradamente.

Más y más aceleradamente.

Luego reduce.

—Le mordisquearía los pezones.

Me cuesta hablar. Me gusta. Arremete con fuerza.

—… Luego se lo comería.

—¿Se lo has chupado alguna vez a una mujer?

Lo pregunta serio.

—No.

Quizá tendría que haberle mentido.

Pero a él no quiero mentirle.

—Algún día lo haremos juntos.

Me mete la lengua en la boca.

Muy adentro.

—¿Era un sí?

—¡Sí!

Lo dice abriendo mucho los ojos.

¡Qué bonita voz pones cuando gozas!

Con esa voz sigue hablándome.

Chiara chupa ávidamente al novio, pero a éste, cosa extraña, parece no hacerle casi efecto.

Media Italia se habrá masturbado viendo a su chica hablar por teléfono, y, en cambio, él nada. Ni siquiera se ha quitado los calcetines blancos.

Acaba el vídeo.

Ale no parece decepcionado. La pantalla se pone azul y luego negra.

—Quiero chuparte.

—Ven.

Se tumba.

Me echo sobre él.

Un sesenta y nueve.

Mi sabor lo ha impregnado; al rato sigo con la mano.

Rápida, vigorosa; él respira cada vez más fuerte.

Lástima no poder verte.

Sigo. La piel empieza a secarse; voy más despacio. Quizá debería humedecerlo, no quisiera hacerle daño.

—¡Sigue hasta que me corra!

Es una orden perentoria.

Ya falta poco.

Acelero cuando puedo.

Explota.

Lo recibo en la boca. De pronto, se retrae. Eres de los sensibles.

Paro.

Su respiración va aquietándose.

Me echo a su lado.

Se siente bien, me mira arrobado. Yo río. Con el dedo me enjugo la baba de su sexo que me cae de la boca. La trago. Sabe dulzona, ligera.

—Sabes bien.

Y tres.

*

Hace poco hemos bajado un momento a comprarnos un bocadillo y nos lo hemos comido en la cama, desnudos.

A él le encanta ir en pelota. Me cuenta que la otra noche, en una habitación de hotel, con unos amigos, acabó desnudo y borracho.

—¿Has estado con muchas mujeres?

—Unas cincuenta.

—Lo normal.

Ya sabía yo que no eran pocas.

—¿Y tú? ¿Has estado con muchos hombres?

—Menos de diez. —Sin contarte a ti.

—Aún te queda tiempo para llegar a los cincuenta.

No. No me interesa conocer a muchos. Sólo quiero a los mejores.

Bromea sobre mi musculoso culo.

Dice que algún día me contratará para tocarme en público como si fuera un tambor. Si ahora me dieras de bofetadas y me llamaras puta, más me gustaría.

Apuesto a que nunca lo has hecho.

Si quieres, dentro de un poco, te dejo que pruebes. Eso sí, primero he de prepararte, no vaya a desagradarte. A ver si resulta que lo malinterpretes, y eso sí que no.

Me tumba sobre las migas.

Los dos estamos cansados.

Se dedica a mí.

Es muy educado.

No quiere que termine la velada con muchos orgasmos menos que él.

Me mete los dedos y casi me hace daño. Tengo la piel escocida, hinchada. No sé las cosas que me habrá hecho. Sus besos queman. Me oprime la carne de mis partes hasta con los dientes, y lo mismo hace con los pezones, porque le gusta oír mis ayes. Quiere hacerme desistir.

Estoy exhausta.

Así sigue no sé cuánto rato, jugueteando con los dedos. Me pregunto cuántas cosas has aprendido que no sabías. Tampoco creo ser tan distinta de las demás, ¿tú qué piensas? Quizá me lo digas si hay una segunda vez.

Quiero correrme.

Haz que me corra porque no aguanto más.

—Chúpame, por favor, por favor, por favor…

En otro momento, con otro hombre, pedirlo así no bastaría.

Tendría que rogárselo, suplicar, humillarme, para que me lo concediera.

Pero hoy no te lo digo; quizá nunca tenga ocasión de decírtelo.

Sabes poco, Ale.

Muy poco, comparado con la enorme cantidad de sensaciones que yo podría hacerte experimentar. Hoy ha sido como ha sido.

Puede que ya te baste. A lo mejor te has saciado y no quieres ir más allá.

No lo sé, y tampoco me lo dirás cuando nos despidamos. Lo sabré solamente si me llamas.

Si deseas volver a verme.

Pero entonces te haré esperar, también debes aprender a esperar.

El placer llega, algo menos intenso que antes.

El orgasmo me hace enarcar la espalda y fluye rápido porque él ha entrado. Es un momento.

Tengo la piel casi insensible y muy hinchada.

Y me escuece cuando él entra y sale. Pero me gusta.

No sabes lo leve que puede ser el límite entre el dolor y el placer. Se traspasa en un instante, y se funde.

Son señales, descargas eléctricas que llegan al cerebro; todo depende de cómo las interpretas.

De cómo sepas sentirlas. Está muy bien que el dolor deje de dar miedo.

Te procura de pronto mil sensaciones que uno suele excluir.

Hay que vivirlo.

Eyacula cálida agua transparente.

Incolora.

No puede ni gritar.

Nos hemos desecado el cuerpo.

Más no podemos hacer.

Y cuatro.

*

Mañana estaremos agotados. Quizá nos enviemos algún SMS de cumplido.

Permanecemos un rato tumbados.

Son casi las cinco.

—Tendré que irme, he de hacer unos recados.

Sabía que serías el primero en tomar la puerta. Mejor así. Si no, la situación se volvería embarazosa, tendríamos que clausurar la

velada hablando de tonterías.

Por suerte llueve y así podemos quejamos del tiempo que hace.

Nos vestimos, cogemos de la cocina yo mi bolso y él su mochila, nos vamos.

Al llegar abajo me recuerda Ale:

—¿Y el vídeo?

Lo he dejado en el reproductor.

—Ah, sí… Da igual, ya lo verá mi amigo.

Ahora lo llamo y se lo digo; tengo que devolverle las llaves, además.

Y él llevaba mucho tiempo queriendo ver *¡Ánimo, Chiara!*

A lo mejor lo vemos juntos mientras tú estás en la cama de cualquier hotel con una de esas que te berrean al pie del escenario.

Lo acompaño al metro.

Nos despedimos.

*

Hoy es 27 de octubre. Han pasado dos semanas. Acabo de recibir en el móvil un mensaje tuyo. Pero yo quiero hacerte esperar.

Porque ya sabes que si todo es pan comido no nos divertimos.

El hombre que me baña

Me ha comprado una esponja.

Y con ella me lava cuando va a hacer el amor conmigo.

No se lo he pedido yo, se le ha ocurrido a él.

Fue a buscarla a la sección de sanitarios y la echó al carrito junto con lo demás.

Entre los productos inútiles y los que necesita. Llevaba también cosas que utilizará con las otras; comida, bebida, objetos que usará según se le ocurra.

A algunas les cocinará, a otras las lavará con geles raros, a otras les echará aceites perfumados para niños.

Para mí ha elegido eso, una esponja con la que bañarme.

A lo mejor lo ha pensado y todo.

Se ha preguntado cómo seré, cómo tendré la piel. Y ha discurrido qué decirme, cómo desnudarme. Quizás ha olido diversas fragancias, ha abierto varios geles de baño, para extrañeza de los dependientes, que a lo mejor le han dicho educadamente que se esté quieto.

¿Qué les has explicado tú?

¿Les has confesado abiertamente que era para enjabonarme?

Capaz serías. Y apuesto a que lo has hecho. Y les habrás dicho mi nombre y apellidos.

Después de todo, no me conocen; les habrás hablado de mí como de una bestia sexual.

Como se suele hacer entre amigos. ¿Les has dicho lo bien que me lo monto con la boca? Porque es verdad, ¿o no?

Coge una esponja.

La mía.

Es de color albaricoque y huele al jabón que emplea para bañarme.

No sé si lo usa él también, no se lo noto en la piel.

Él sabe a muchas cosas: a loción de afeitado buena, a tinta, a papel, del que tiene la casa llena.

Él despide el olor dulzón del semen; del sudor. Pero sólo al final.

Siempre encuentro mi esponja en el mismo sitio, a la derecha de la bañera. A lo mejor se frota con ella por las tardes, cuando no estoy y no tiene otra cosa que hacer.

Es una persona muy meticulosa, incluso demasiado. Nunca encuentro nada fuera de sitio y, si algún cuarto está desordenado, cierra la puerta y me prohíbe entrar terminantemente; dice que podría cambiar la opinión que tengo sobre él.

Yo no tengo ninguna opinión sobre él.

Me basta con que todo siga siendo como es. A mí lo que me interesa es su cuerpo, lo que me hace.

Y lo que me dice.

No te pido más.

Quiere, especialmente, tenerlo todo listo cuando llego. He de acatar cuanto decida, cuanto quiera hacerme.

Por ejemplo, cocinar para mí.

Siempre que voy, lo aviso con el tiempo justo para perfumarse un poco.

A veces lo encuentro ya desnudo, metido en la cama y tapado hasta las narices, o afeitándose con el miembro al aire.

Tendré que decirle que, en realidad, a mí me encanta desnudarlo; sacarle la camiseta, tocarle el paquete y notar cómo se le pone dura bajo los pantalones, oírlo jadear antes de hacer nada.

Cuando voy, lo llamo un cuarto de hora antes. Siempre le dejo tiempo para discurrir qué va a pedirme, y qué va a hacer.

Si me retraso me llama, me pregunta y se imagina mil cosas. Depende de cuánto tiempo ha estado solo, y de cuánto he logrado yo hacer que me desee.

Quiere saber dónde estoy, cuántas paradas quedan, si hay

mucha gente, qué llevo puesto.

Y cuando corta me susurra: «Te espero».

Será que es un romántico.

Toco el timbre.

Contesta tranquilo.

Está acostumbrado.

Me saluda y me dice su piso pronunciándolo claramente.

Ya sé qué piso es, el quinto, no lo he olvidado; llevo tres años yendo a su casa.

Es que no quiere que me equivoque.

Nunca me pierdo.

Los vecinos van a la suya, la portera nunca está, nadie me pregunta nada.

Tarde o temprano, el ascensor me deja. Hay que cerrar las puertas en un orden determinado antes de pulsar el botón.

Nunca le he dicho lo mal que me siento viendo pasar la pared desnuda por la puerta de cristales.

Todo empezó con una comida.

Me invitó a su casa y acepté.

Preparó pasta; había puesto la mesa en la habitación y abierto una botella de tinto. No recuerdo lo que yo llevé. Me hizo preguntas insulsas, luego nos sentamos en el sofá y empezamos a hojear mangas japoneses que yo no conocía.

Y me besó.

Pero aquel día no hicimos el amor. Esperamos a que él volviera de un viaje. Tuvimos tiempo de sobra para pensar y decirnos lo que queríamos.

El día en que toqué el timbre, estaba claro a lo que iba.

Sin cumplidos ni pamemas.

Me desnudó y se pasó todo el tiempo volviéndome de este o de aquel lado, diciéndome lo ligera que era.

No sé qué es, si una relación o un juego.

No creo que sea amor.

Si fuera amor, no me conformaría con las salsas precocinadas que cada dos por tres me sirve.

Y tendríamos fotos enmarcadas de los dos juntos, y recuerdos comunes.

Y souvenires, y cosas que reprocharnos.

Si fuera tu novia me comprarías ropa íntima, me pedirías cosas más concretas, me lucirías cuando saliéramos.

Pero no, te parezco bien así.

Aquí venimos a hacer el amor.

No me pregunta nada, de mí sólo sabe algunas cosas.

Mi nombre y apellido, en qué trabajo, cuánta familia tengo, vagos datos de mi vida.

Nada más.

De él, yo sólo sé lo que veo en su casa y lo que a veces leo en la prensa.

Si fuéramos pareja, yo querría saber quién le deja mensajes en el contestador, quién es la mujer que ha llamado estando yo.

Pero no lo somos. Simplemente «nos vemos», eso es todo.

Por supuesto quisiera saber dónde está en cada momento, si hay otras, quién lo cuida cuando cae enfermo.

Desde luego que quisiera saberlo. Pero nunca le pregunto.

No lo llamo, no lo busco. Que me lo diga él. Aunque más bien suele susurrarme otras cosas.

Es el único que me hace sentir guapa, que no para de decírmelo.

Dice que soy como un premio, como la chica que sale del pastel y da sentido a la fiesta.

Dice que soy vehemente y dulce, que ni yo misma sé lo que provoco en los hombres.

A mí me basta con saber lo que provoco en él.

Siempre que nos llamamos es para quedar.

Para vernos; las cortesías las dejamos para la cama.

Pienso bastante en él. Pero eso es todo.

No cojo el teléfono para llamarlo. A cada encuentro siguen días de silencio.

Hoy era ya el quinto. Al final he llamado porque, si le va bien, hoy puedo.

Nos vemos exclusivamente para hacer el amor. No hacemos otra

cosa.

No quiero cambiarle la vida. No estoy con él para hacer que se sienta mejor ni peor.

No soy la mujer de su vida.

Si lo fuera, me habría hecho sitio en su casa, habría desocupado estanterías, movido su cepillo de dientes.

Pero no.

Soy sólo la mujer que llama a tu puerta, entra en tu casa y hace que te corras.

Eso es todo, no hay nada más, en serio. A mí me basta.

No pido más que seguir subiendo en ese ascensor y entrando sola a casa de un tío al que apenas conozco.

Podrías ser el peor de los hombres. Ignoro adónde vas por las noches.

Sé que una vez saliste con un amigo; pero mejor no presentármelo, ¿eh?

Fuisteis de caza, y apuesto a que a él le fue mejor. No es más guapo que tú, ni siquiera más capaz; pero sí más fanfarrón.

¿Habéis compartido algo?

Tenías la oportunidad de compartirme a mí, pero preferiste no hacerlo.

Dos años sin vernos.

Al final hemos vuelto.

Hoy lleva alguna prenda puesta. Se ve que lo ha sentido, que lo ha percibido.

Me gusta mirarlo, me gusta con locura.

Tiene un modo muy personal de respirar, de deglutir.

Empieza las frases pensándolo y lo primero que dice es sí.

Siempre tiene para mí una toalla limpia, siempre distinta. Creo que no guarda otra cosa en los armarios. Y algunas tienen su historia.

Algunas son de hotel, que se trae de sus viajes en compañía de mujeres a las que no menciona. De Roma, por ejemplo, se trajo un albornoz blanco y ancho que le gusta ponerme: me envuelve en él y me frota con cuidado, luego me lo abre como hojaldre y me besa.

Una toalla la ganó en un concurso de pesca de fin de año.

Otra se la regalé yo, para dejar alguna huella de mi paso por su casa.

Me desnudo y le hago desnudarse.

Aquí en el baño no hay señales de presencia femenina, salvo las dos cosas que he traído yo: un gel de baño que parece nata y una esponja con forma de animal.

La esponja es rosa y hemos convenido en que es una cerdita. Una vez, mientras se duchaba, le untó el morro de semen pensando en mí.

Luego me envió un mensaje describiéndome la escena.

A saber con cuántas mujeres más lo haces, los mensajes que mandas.

A saber las veces que te despiertas en mitad de la noche y empiezas a enviar mensajes, quizás el mismo, para ver quién responde.

Yo guardo todos tus mensajes, los transcribo en un papel, los releo.

Algunos me los sé de memoria; los tengo presentes cuando me apetece masturbarme.

En el baño no tiene periódicos, aquí no lees. Y los libros están todos fuera, en las estanterías de Ikea.

Dos albornoces; uno para él, el otro para quien sea. Antes sólo tenía el suyo.

Me hago la ilusión de que el otro es para mí.

Pero en realidad creo que lo tiene precisamente porque no soy la única que entra en su casa.

Se excusará con todas por el desorden, por el polvo, por los platos que no sabe cocinar.

Cuando terminamos, siempre me envuelve en el albornoz grande; cuando acaba de bañarme.

Yo ya estoy desnuda.

Él regula la temperatura del agua, la comprueba con las manos, mira la bañera, me mira a mí.

Hace que me meta, me moja un poco; yo le hago meterse conmigo.

Me encanta verlo desnudo; ver que entre los dos sólo media la longitud de su excitación; finge sentirse violento, pero a mí me parece precioso.

Hablamos poco; hacemos espuma, su pecho y su vello son apropiadísimos para eso.

Basta coger el jabón y frotárselo describiendo círculos y enseguida se pone cremoso.

Él coge el gel que he traído, lo agita y me echa. Es como los botes de nata montada. Es el preludio de lo que haremos en la habitación, de lo que me dejará hacerle a su sexo; lo estamos viviendo por adelantado.

Me decora los pezones con esta especie de crema, el ombligo, el pubis; me unta despacio, mezclando los dibujos, muy atento y sin respirar casi.

Me besa suavemente y me susurra guarradas que combinan mal con esa voz.

Estoy muy poco acostumbrada a oírte hablar.

Me frota todo el cuerpo con las palmas bien abiertas.

También yo lo acaricio.

Luego me enjuaga.

Coge mi esponja, vierte en ella jabón líquido y empieza a restregarme.

Me lavará al menos con tres cosas distintas.

Me untará con lociones, bálsamos, aceites, con cosas que ha pensado mientras estaba lejos de aquí. Tiene también muchas cosas que facilitan la entrada.

—La he comprado para ti —me dijo el día en que desenvolvió la esponja.

Con el tiempo, ha pasado a ser algo mío; ahora es normal entrar en el baño y usarla para limpiarme el semen con el que él me rocía.

—Eh, ¡pero si es tu esponja! —me dijo una vez, incrédulo y agradecido, viendo que al acabar se la pasaba por el sexo.

Sí.

Uso mi esponja; uso tu cama; uso tus toallas.

El baño nunca dura más de diez minutos.

Me besa levemente el cuello, los pezones; se deja enjabonar.

Me hace que me ponga detrás y que le frote las convexidades del cuerpo.

Me gusta sentir cómo está hecho, recorrer todo su cuerpo.

Tiene los glúteos firmes, las orejas pequeñas, perfectas; los ojos claros.

A veces se hace unos afeitados rarísimos y se deja una barba que pincha cuando me chupa.

A mí siempre me toca primero con los dedos… Nunca penetra más que un poquito, un instante.

—Pero ¿cómo es posible? ¿Estás mojada y acabo de secarte?

Siempre bromea sobre mi excitación. Me hace sonreír. No pierde ocasión de meterme los dedos donde puede.

Sale de la bañera, se seca a escape, me pasa el albornoz.

Quisiera saber una cosa.

Quisiera preguntarle cuántas mujeres han entrado en este cuarto de baño, si las ha tratado a todas igual; quién lo ha herido, quién lo ha asustado, quién está ahora en su vida, con quién ha compartido más cosas; cuánto daño le he hecho yo.

¿Te has enamorado alguna vez? ¿O lo estás de todas? ¿Siempre eres tan dulce?

Aquí no hay ni rastro de ellas.

Aunque, bien mirado, tampoco lo hay de mí.

Lo sé. Te estoy pidiendo que sigamos así. ¿De verdad no te das cuenta? ¿Quieres ver lo que he aprendido?

Porque si me he distanciado ha sido por eso, para ver lo que me haría él.

¿He hecho mal?

Sólo quería saber, ver lo que ocurría, cómo reaccionaría.

Ahora soy más madura.

Soy capaz de hacer cosas que, al contarlas, no surten el mismo efecto. Pero me gustaría que las probaras. He aprendido a hacer nudos, a usar cuerdas, a imponer la remisión de los pecados.

¿Lo hacemos?

—Ven.

Su amabilidad no admite reparos.

¿Qué ha sido de las otras?

Seguro que se acuesta lleno de recuerdos románticos; seguro que los recuerdos le hacen compañía, que lo tienen despierto, quizás incluso los que guarda de mí. Seguro que antes de dormirse piensa en todas nosotras.

Le gustan las gordas, las carnosas, las barrocas. Yo soy su magro consuelo.

Dejo que me lleve.

Me arranco de la esponja bajo la que me ha tenido yaciente un ratito.

Ya estoy lista para hacer el amor en la habitación en penumbra.

Si hubiera una mujer en tu vida, te habría pedido que pusieras cortinas.

Ya tiene decidido por dónde empezar.

Una vez dispuso para mí un camino de velas y sembró la cama de pétalos rojos.

Quería que mi sangre se confundiera, que nada mío me violentara.

Me lamió y chupó como un vampiro; me limpió todo. Siempre me deja tendida, agotada, abandonada, sobre esas sábanas que dejo hechas un rebujo y él estira solo, cuando me he ido.

También lo hemos hecho en pleno desorden, entre muebles desvencijados.

Y encima de cachivaches que pensaba tirar, o tirados en el parqué, entre el crujir de nuestros huesos.

¿Sigues enfadado conmigo?

¿Cuántas cosas no nos diremos nunca?

Un día me presentaré en tu casa con todas las cosas que la vida me ha enseñado y te obligaré a hacerlas, para que sepas. Ya me dirás si he hecho bien o mal, si debo seguir así.

Si aún tienes ganas de mis manos.

Nos disponemos a tumbarnos en la cama, como tantas otras

veces.

Sólo somos compatibles para eso.

Me he encariñado de tus miradas, de tus ojos, de tu voz, de tu piel de funcionario, de tus dedos delicados; me he encariñado de las cosas que me haces.

—Voy a gastarte una bromita —me dijo una vez, y me echó en las zonas más sensibles una crema que escocía; se puso detrás de mí y no sabía por dónde penetrarme.

—¿Te pica? —me preguntó, untándome bien la entrepierna.

Sí, y lo sabes muy bien; si no, no me lo habrías hecho.

Y me olvidé del escozor porque un dolor más fuerte estaba entrando.

¿Quién sabe lo nuestro? ¿A quién quisieras contárselo? ¿Cuántos han leído lo que nos hemos escrito?

Tengo un poco de miedo.

—Yo no temo nada, que lo sepas —me dijo un día—, puedes hacerme lo que quieras.

Yo temo lo que de él ignoro. Temo no resistir las cosas que quiera hacerme. Me dio miedo tu amigo la vez que accedí y fui a casa de un desconocido; temía lo que pudiera hacerme.

Y sabía que no tendría cuidado.

Temo no estar a la altura de lo que tienes pensado hacer conmigo.

Siempre tengo miedo; miedo de lo que me dices.

Y me avergüenza la estrechez de mis agujeros, que están muy poco acostumbrados a hombres como tú.

A él no le permití hacer lo que tú me haces; le marqué más límites.

Te hice una promesa y la estoy cumpliendo.

Pero tengo miedo.

Cuando te me pones detrás eres mi enemigo; cuando me pones debajo eres mi enemigo.

Y al mismo tiempo lo querría todo.

No sé qué traes cuando te levantas de la cama y pasas un momento al otro cuarto.

Ni siquiera sé si te gusta estar conmigo.

Temo todo lo que aún no me has hecho; temo no poder experimentarlo nunca.

Ojalá no hubiera límites; ojalá no tuviera que darme por vencida cuando es demasiado.

Ojalá no tuviera nada que perder.

Y sin embargo he de salir de aquí intacta. Pero no soportaría, créeme, no soportaría que me faltara valor.

¿Cuántas cosas sabes? ¿Cuántas cosas quieres hacerme? ¿Qué sientes?

Me fío. Hazme lo que quieras. Pero házmelo con cuidado.

Vamos allá.

La cama está ya esperándonos.

Sí, que vengan también tus amigos, llama a los que quieras, poco me importa que sean muchos o pocos.

Quiero que me ates, que me vendes los ojos; quiero ignorar cuándo eres tú y cuándo son ellos.

Tráete a cuantos quepan en el cuarto; pero diles que hablen bajito, no quiero reconocer las voces.

Que me toquen, uno a uno o todos a la vez. Dirígelos tú, dales órdenes. Quiero oírte más autoritario que nunca. Quiero que sigas susurrándome palabras obscenas como ahora, palabras que aceleran más y más mi respiración.

Y grábame, graba mis gritos, lleváoslos cuando salgáis por la noche; dejad que os lleve a pasear y escuchadme por el walkman. Todos.

Sube el volumen al máximo y siente lo que te provoco.

Tienes razón, me gusta; me gusta y me asusta tremendamente.

Lo importante es que estés tú.

Sin ti no quiero hacerlo. Sólo deseo la seguridad que me procura tu presencia.

Entramos en el dormitorio; me abraza, me besa.

Lo primero que hace es tumbarme boca abajo y abrirme.

—Espera un poco.

Se levanta y sale.

Oigo que abre el mueble del baño; no sé qué busca; trastea un momento.

Lo cierra.

Vuelve arrastrando los pies por el parqué, viene derecho a mí, se

detiene al pie de la cama.

Empezamos. Por enésima vez se me pone detrás. Lleva algo en la mano, no sé qué es pero lo deseo.

Ya sabes que cuando te sitúas ahí detrás eres mi enemigo.

La iniciación

Las cuerdas me las compró Antonio en la ferretería que hay debajo de su casa.

Son bastante gruesas, pero por lo menos tienen la ventaja de que no le dejarán marcas en las muñecas.

Ella podría vérselas y es mejor que eso no ocurra.

Ha venido de buen grado. No vive lejos. Habrá tardado unos diez minutos. Y el apartamento no es muy frío.

Yo, de todas maneras, subí el termostato una media hora antes.

Tiene que sentirse cómodo, no quiero que nada salga mal.

Es su iniciación; la primera vez que lo hace.

Quiero que le guste, que me pida que se lo haga otra vez.

Y, sobre todo, que entienda las reglas del juego.

Intenté explicárselo una noche que nos pasamos horas conversando.

Él me habló de sus amores, de las fotos que hace, de los vicios que tiene, de lo que hacía a los diecisiete años y nunca más ha vuelto a hacer.

Me lo contó recostado en la cama, con las piernas abiertas.

Y modulando la voz.

Y haciéndose y deshaciéndose todo el rato la cola de caballo. Y sin moverse, sin tocarme, sin intentar besarme.

Mejor.

Yo le hablé de mí, de esto que he aprendido, de este juego que por lo general la gente no hace, o no dice que hace.

Lo bueno es que alguien ha de explicártelo, y hacer que te guste. Tarea difícil, y yo quiero ver si soy capaz.

Entra algo temeroso. Normal, también yo estaba así la primera

vez. No sabe qué voy a hacerle, o apenas. Lo único que sabe es que mando yo, que decidiré por él, que incluso podría hacerle daño.

Le sonrío.

—Ven.

Lo tomo de la mano y lo conduzco al lugar en cuestión.

—¿Cómo estás?

Sabes que las explicaciones se me dan mal. Las cosas prefiero hacerlas, no perder el tiempo hablando.

—Bien.

Me sonríe. Es el primer hombre que no trata enseguida de besarme.

—¿Asustado?

Pone una cara como diciendo que no, que no lo sabe.

Se queda mirando la cama; ya he colocado las cuerdas, pero escondiéndolas en los bordes del colchón para que no las vea.

Sé que impresionan y no quiero que la primera vez se asuste.

Me abraza. Es muy alto.

—Tienes que desnudarte un poco…

—¿Tú no? —Me ciñe las costillas; tiene unas manos grandes y calientes.

Me mira.

—Después.

Hay que respetar el ritual. Las cosas tienes que ganártelas. Yo ordeno y tú has de obedecer. Si digo que debes desnudarte, debes desnudarte.

Empiezo a quitarle el jersey.

—¿Quieres dejarte las gafas?

—No, ¿para qué?

Las pliega y las deja en la mesita.

Tiene unos ojos raros, rasgados, exóticos; los labios gruesos, la piel clarísima.

Suspira. Está nervioso.

—¿Esto también?

Coge el borde de la camiseta.

—Sí, también.

Se la quita.

Se arregla la cola de caballo.

Tiene poco vello en el pecho, y más bien claro. Y es ancho de hombros, amplio de tórax.

Le han sentado bien todos estos años en que ha practicado natación.

—Túmbate.
Lo hace riendo.
—¿Así… sin más…?
—Sí; vamos al grano, ¿o no?
—Sí, sí.

De ti no quiero nada más. Sólo sexo.

Se queda mirándome, sonríe. Tiene ganas, y la verdad es que yo también.

Le abro los brazos, como si bendijese a la multitud o como si fuera a ser crucificado: que decida él cómo sentirse.

—¿Lo haces a menudo?
—Sí.

No cuanto querría, la verdad. Los hombres sois más cobardes de lo que pensáis.

Le ciño a la muñeca la primera vuelta de cuerda y compruebo que no quede muy prieta.

Yo permanezco a un lado; ya me le montaré cuando esté listo. Le ato la otra muñeca.

Él me observa atentamente.

Algún día me lo harás tú a mí.

—Creo que podría soltarme.
Eso dicen todos; pero ahora mismo te demuestro que no.
—Todavía no he terminado. ¿Por ahora cómo te sientes?
—Hum. —Se ríe—. Pues… sujeto.
—Bien. ¿Prefieres que te suelte la cola?
—¿Qué crees que es mejor?
Da igual, te va a encantar de todas maneras.
—Te la suelto, así no te dolerá la nuca y estarás más cómodo.
—Vale.

Procedo con cuidado.

Quito la goma, que me pongo en la muñeca a modo de pulsera, y le suelto la melena castaña. Así también está muy bien.

Le quito el cinturón —él levanta la pelvis para facilitarme la tarea—, luego los zapatos, los calcetines.

Le desabrocho la bragueta de los vaqueros; ya tiene una buena erección.

Está mejor de lo que creía, vaya que sí.

Se los saco; tiene unas piernas de atleta.

Lleva calzoncillos de color verde militar. Paso el dedo por el borde del elástico.

El miembro asoma translúcido. Se lo rozo un instante. Le quito los calzoncillos y se queda desnudo.

Sabe que está como un tren.

Yo no lo miro. Me concentro en los pies. Le ato primero el tobillo derecho, luego el izquierdo. Ya lo hago con bastante rapidez.

Estas marcas te gustarán. Cuando acabemos se te verán como unos anillos rojizos, sangre que ha palpitado bajo mis manos.

Joyas antiguas; señales de reconocimiento mías y tuyas.

Te las acariciarás; a lo mejor te duelen un poco, pero se te pasará pronto.

Te sentirás aún más guapo, por haber hecho algo que aún no habías probado.

Estarás orgulloso, ya verás.

—Bien.

Me siento sobre su tórax, sin pesarle demasiado.

Eso es.

Lo que a continuación viene nunca lo has hecho. Ahora no puedo equivocarme.

Empecemos.

—¿Qué decías antes? ¿Que podías soltarte?

Se remueve.

Trata de liberar las manos, luego los pies. Es el error que cometen todos.

Sólo porque las cuerdas están pasadas por debajo del colchón creen que pueden escapar.

Pero en realidad están presos del peso de sus propios cuerpos.

Es inútil que te esfuerces.

Es el primer error del día. Ya empiezas a sentirte un poco en mi poder, ¿eh? ¿A que ya vas viendo que quien manda soy yo?

Puedo hacer que goces, puedo hacer que sufras. Tú solamente puedes resistirte, pero hagas lo que hagas, bueno o malo, pasa por la criba de mi voluntad. Yo decido por ti. Soy tu filtro.

Tengo el poder.

—No, pues… me equivocaba.

—Bien. ¿Y sabes lo que pasa cuando uno se equivoca?

—Pues… no. —Ríe.

Ahora te vas a reír.

—Pasa que se le castiga.

Y empiezo a hacerle cosquillas en los costados. Tiene muchas y se comba.

Se le tensan los abdominales, los bíceps se le contraen; parece estar teniendo un orgasmo repentino y más intenso de lo normal.

Sí, eres muy atractivo, lástima que no puedas verte.

Dejo de cosquillearlo.

Él respira.

El movimiento de su tórax delata la ansiedad que le causo. Su piel se perla de estremecimientos fugaces.

Eres mío, ¿te das cuenta? ¿Alguna vez has estado tan a merced de una mujer?

—Hay dos cosas maravillosas en este juego.

Asiente atento.

—Una es el goce estético que procura ver convulsionarse el cuerpo… Y el tuyo es una delicia… La otra es descubrir que el placer y el dolor son dos cosas muy parecidas.

…

—¿Qué crees que haré ahora?

—No lo sé.

—Sí lo sabes. ¿Qué crees que haré?

—¿Chupármela?

Ganas de broma que tiene.

Le hago más cosquillas; se retuerce, abre y cierra la boca, tensa los pujantes músculos.

Da gusto provocarte, ¿sabes?

—Menos broma. No te he preguntado qué quieres, te he preguntado lo que te haré.

—¿Castigarme?

—¿Lo mereces?

—¡No!

—¿Tan seguro estás?

—No es que esté seguro… Es que espero no merecerlo.

Le acaricio los costados.

Se pone rígido.

Al poco se relaja.

—¿Ves? Esto es lo bueno. La tensión psicológica. Es un juego físico, pero lo interesante viene de la sumisión, del gran placer que puede darte tu verdugo al dejar de torturarte. Cuanto mayor es el dolor, más intenso es después el placer, ¿entiendes?

—Hum.

Más cosquillas.

—¡¡¡Nooo!!!

Paro.

—¿Cómo dices?

Recobra el aliento.

—He dicho que no.

—No debes decir que no. Como máximo, te está permitido suplicar. No puedes exclamar, sólo pedir.

—Pero alguna palabra habrá para decirte que pares, ¿no?

Ahora empieza lo bueno del ritual.

Río.

—¿Y si la hubiera? ¿Crees que te haría caso?

Traga saliva.

No debo exagerar. No quiero que se me asuste demasiado.

Le acaricio los pezones, se los chupo; exhala un suspiro de placer.

Me apetece besarte, aún no sé a qué sabes.

Acerco la boca.

La suya es muy bonita, tiene unos dientes blanquísimos. La barba ya pincha aunque se afeitó esta mañana. Nos besamos largo rato mientras le acaricio la cara.

De pronto se incorpora y trata de morderme, yo me aparto rápidamente.

No lo habrías hecho fuerte, lo sé, pero lo habrías hecho.

Bueno, bueno; bien sabes que no puedes soltarte. Ahora serás castigado.

—¡Perdona, perdona, perdona! —Ríe.

Río yo también.

Sabías a lo que te exponías, y lo has intentado igualmente. Me gustan los que se resisten, así resulta mucho más divertido hacerlos claudicar. He hecho que me supliquen tíos mucho más duros que tú.

—Ah, ¿conque te me rebelas?

Lo cosquilleo de nuevo.

Es como darle a un interruptor y provocar una descarga; lo mismo.

Paro.

Dejo que respire.

Me bajo de la cama y lo contemplo; sí, tienes un polvazo.

—A ver lo sensible que eres aquí.

Le paso la uña por las plantas de los pies y él se sobresalta; así lo tengo un rato interminable.

¡Qué bonito es hacerte sentir así las cosas! Imagínate cuando empiece con las otras.

—¡No, por favor!

—¡Ya empiezas a suplicarme, sí señor!

—¡Sí!

—Convénceme de que pare.

Y sigo pasándole suavemente el dedo por el pie.

—¿Hum?

Para aguantar las cosquillas contiene la respiración. Yo empiezo entonces a chuparle los dedos; a mí me encanta que me lo hagan.

—Encuentra las palabras.

Lo animo amablemente.

Va, que no soy tan mala después de todo.

Nada dice. Vuelvo a cosquillearle las plantas con las uñas. Se incorpora.

Sacude la cabeza.

Te pones soberbiamente guapo cuando te desesperas.

Ríe, forcejea. Paro.

—¿Qué?
—No me acuerdo, no sé.

Eres mío, ¿lo ves ahora? Así te quiero. Me place hacer que pierdas el control estando en tus cabales. No puedes hacer nada. Eres mío. Me perteneces por entero.

—Llámame ama. Y pídeme perdón.
Traga saliva, respira; lo alegra que haya parado.
—Perdóname, ama.
—Dilo otra vez.
Me mira dulcemente, y dice muy convencido:
—Perdóname, ama.

Lo beso. Esta vez no intenta nada.

Quiero que pierdas la cabeza.

Le acaricio el vientre, que tiene liso, bajando poco a poco. Cuando llego a las ingles emite un suspiro de placer.

Quiero contemplarte. Quiero recorrer cada centímetro de ti.

—¿Tienes miedo?
—Sí.
—¿Por qué?
Lo piensa.
—Porque podrías hacerme daño.
—¿Crees que sería capaz?
No contesta.
—Entiendo.
Me tumbo con la cabeza hacia sus pies y empieza a gritar sin que le haya hecho nada.
—¡No! ¡No! ¡Por favor! ¡Sí, tengo miedo, joder, miedo de que me hagas daño!
Está empezando a sudar.

Bien, por hoy es suficiente. No exageremos. Sólo un último jueguecito.
—Tranquilo.

Me levanto.

—¿Adónde vas?

Lo dice inquieto.

—A buscar una cosa.

Suspira.

Voy al bolso y cojo lo que necesito; en el bolsillo interior siempre llevo un par para casos así.

Vuelvo a la cama, dejo junto a sus piernas lo que he cogido, para que no lo vea, y me quito la camiseta y el sujetador.

Me mira embobado.

Sí, lo sé, tengo un buen par de tetas. Pero de momento sólo te permito verlas. Yo decido lo que puedes hacerme.

Me tumbo sobre él y empiezo a besarlo; le lamo el cuello, el esternón, los pezones, le acaricio el abdomen.

Sigo la línea del vello que lleva al ombligo.

Es éste un hoyito ovalado y muy sensible. Ya veremos si soportas que te lo cosquillee la próxima vez.

Se incorpora todo lo que puede y me mira. Intenta mover las manos: querría abrazarme.

No puedes.

Estás atado y no puedes hacerme un solo gesto de cariño. Eres tan dulce que casi me conmueves.

Se mira las muñecas atadas, abre y cierra las manos, y sigue gozando de lo que le hago. Tengo ya la boca muy cerca de su sexo.

Tomo lo que he dejado junto a sus piernas.

Le hablo casi rozándole la piel.

Está excitado.

—Tengo aquí una cosa…

Traga saliva.

Se te resecan los labios, ¿eh?

—¿Qué es?

—Una cosita, la última que debes probar…

Visto desde aquí eres muy guapo.

Cierra los ojos; está resignado.

—No me hagas daño, por favor te lo pido…

—He de hacértelo… ¿Recuerdas? Cuanto mayor es el dolor, más intenso es el placer que le sigue.

—No, por favor, por favor.

—Es un palillo de dientes… Sólo sentirás un leve pinchazo, sólo uno.

—No… yo…

—Prepárate. Sólo uno.

—No…

No le hago caso.

Es el precio que debes pagar. Tengo que hacerlo para que lo entiendas.

—No estoy pidiéndote permiso. Voy a hacerlo. ¿Listo?

—¡No!

—Te dolerá un poco.

Ya ni contesta.

—Allá voy, sólo una vez.

Se pone tenso.

Contiene el aliento. Está preparado.

Sé que me odias, pero verás como lo entiendes.

Dejo pasar un instante, para que crea que puede hacerme desistir.

Y procedo.

Es sólo un pinchazo, uno solo, que le doy rapidísimamente con la punta afilada del palillo… en el escroto.

Se comba, profiere un grito ahogado, las vueltas de cuerda empiezan a marcarle la piel.

Sé lo que se siente: es como un ramalazo de dolor que te recorre el espinazo y te punza la nuca.

Y sin darle tiempo a recuperarse me pongo a lamerlo, a chuparlo.

No sabe ni lo que siente.

Funciona así: es como asomarse a un abismo de sensaciones.

Si bien lo piensas, el placer y el dolor distan muy poco, son complementarios.

Da un suspiro de placer. ¿Lo ves? ¿Lo entiendes? Esto es lo que has de sentir.

Estas grandes cosas quiero que experimentes.

Hacer el amor, la felación, las caricias… Nada menos. Quiero

que sientas cosas que jamás habías sentido.

Sigo chupándolo. Él traga saliva, se calma, disfruta de la mamada.
Paro. Me mira.

¡Qué bonitos ojos tienes!

Le desato los tobillos. Es la sensación más grata. La cuerda apenas se le ha marcado, me he dado maña.
Me despojo de cuanto llevo puesto, me tumbo sobre él, le acaricio el tórax, lentamente le desato también las manos.
Hay que hacerlo despacio; quiero que disfrute el momento de la liberación.
Le saco las cuerdas de las muñecas.
Lo beso. Me abraza.

Me restriego contra él, pero apenas me deja: me pone debajo y penetra enseguida.
Estaba deseándolo. Llevamos mucho esperando, meses incitándonos. Lo bueno es llevarlo todo al límite, incluso la espera.
No sé si me odias o ya me has perdonado.

Con la mano me sujeta las muñecas sobre la cabeza. ¿Ves?, yo esto no puedo hacértelo a ti.
Nos respiramos en la boca, me muerde el cuello, los pechos. Se para, me mira, acomete con mayor furor.
De pronto sale.
—Quiero hacerte una cosa.
Se levanta, coge algo de la chaqueta, vuelve con el miembro coleando.
Yo lo espero en la cama quietecita.
—Date la vuelta.
Soy toda una geisha.
Hombres más expertos que tú me han enseñado cuándo hay que trocar los papeles.

Me pongo de espaldas. Me venda los ojos. Se queda un momento parado, un momento que parece interminable.
Y empieza a besarme en la espalda, me toca los pechos. Oigo

que, muy cerca, alguien contesta al teléfono; una mujer; será un despacho.

Quizás es hasta guapa.

Con la mano abierta me obliga a inclinarme hacia delante, me pone boca abajo.

Me restriega el miembro por los glúteos. Cuando va a entrar, yo levanto la pelvis haciendo fuerza con las manos; así lo siento todo más.

Me arranca un grito. Luego me coge por las muñecas y me las sujeta a la espalda, y así me tiene mientras arremete. Yo podría muy bien asfixiarme con las mantas.

Arremete más y más fuerte. Primero quiere vengarse. Al final me suelta las manos, me abre las nalgas al máximo, deja muerta la punta de su sexo en la entrada del mío.

Con el pulgar me acaricia la entrada estrecha.

Y de pronto penetra, con el dedo y con el miembro, cada cual en un agujero, llenando todas mis aberturas; penetra hasta el fondo.

Me quedo sin aliento.

Con la otra mano empieza a acariciarme las nalgas, sin dejar de mover las suyas, entrando y saliendo lentamente, haciéndome sentirlo todo. Se chupa los dedos de la mano libre.

Se retira un poco de los labios de mi sexo.

Pone el pulgar junto al otro y lo hunde implacablemente. Lo hace todo a un tiempo, introducir en un punto los dedos y penetrar en el otro con todo el peso de su cuerpo; y sujetándome así, acomete con toda su fuerza.

—No aprietes.

Es una orden.

Trato de relajarme; que me haga lo que quiera.

La próxima vez no te desataré tan pronto.

Al poco sale, me da la vuelta, se me sienta encima, suspendido sobre sus cuádriceps.

Me acaricia la piel, sigue el perfil de mis labios, me acerca el miembro a la boca.

Me pone la mano en la nuca, me levanta la cabeza y me guía despacio, como se hace con los sedientos que no pueden moverse.

Me hace entrar y salir. Seguro que está mirándome.

Así es. Los hombres miran, se graban imágenes nítidas en la memoria.

Las coleccionan.

En cambio, yo fantaseo con lo que todavía no he hecho. El día en que lo experimente todo… no sé, a lo mejor dejo de masturbarme.

Tú no lo sabes, pero yo tengo un callo, como una ampollita chiquitina, casi microscópica.

Me la vi hace poco, pensé que era por los detergentes.

Porque era alérgica a algo.

Lo tengo en el dedo medio.

Me parece que me ha salido de tocarme tanto, ¿tú qué crees? ¿No te excita?

¿Qué es lo que más te gusta de una mujer? ¿Qué debe saber hacer?

¿Te he dado ya bastante? ¿Quieres que me esté quieta?

Sale de mi paladar, me permite de nuevo hablar; estoy a su merced.

Aunque no me haya inmovilizado, con los ojos vendados puedo hacer poco.

—Ven.

Me hace bajar de la cama.

Me cojo de su brazo.

—Cuidado con los zapatos.

Para no tropezar arrastro los pies, no sé qué obstáculos debo sortear. Me arrimo a él y, pegada a su costado, me dejo guiar.

No acabo de reconocer el camino. Oigo el zumbido sordo de un extractor y, lejos, el chasquido del portal.

Puede que hayamos entrado en la cocina.

—Alto.

Me quedo parada y, para no perder el equilibrio —no sé dónde podría caer—, abro un poco los brazos. Oigo que mueve objetos. No sé qué se propone.

Abre la persiana enrollable, con un ruido prolongado. Aun con los ojos vendados, la luz me deslumbra: debe de haberla subido hasta arriba.

Me aúpa y me sienta en la mesa.

Está fría.

—No te muevas, o te caerás.

Eso es lo que no quiero. Tengo la impresión, aunque sé que no es así, de estar alta, muy arriba.

Oigo que deja algo detrás de mí, vuelve a alzarme, esta vez sólo un poco, y me sienta encima: son cojines. Me empuja con la mano y me tumba sobre el tablero de linóleo.

Me acaricia.

Me coge de los tobillos, me abre las piernas y entra.

—Nos están viendo.

Me sobresalto.

—¿No te excita?

Lo ha abierto todo, como me ha abierto a mí. Quedo bien a la vista de los últimos seis pisos del edificio de enfrente. Hasta el ascensor exterior es de cristal.

—Seguro que les damos envidia…

Si no llevara los ojos vendados, no te lo habría permitido.

Parecerá extraño, pero me habría negado por pudor.

Acelera.

Me pone las manos en los pechos; yo lo rodeo con las piernas y me muevo al compás.

Eso sí, sigo asida de la mesa, porque no quisiera acabar estampándome contra el suelo.

Estamos disfrutando de lo lindo.

—Hay uno que no te quita ojo. Me parece que va a llamar a otros.

Acelera cada vez más.

—Está muy bien mirar, ¿no crees? ¿Cuántas veces lo has hecho delante de gente?

—Nunca.

Me cuesta responderle. En ciertas situaciones no me apetece hablar. ¿Lo haces adrede?

—Dile hola al señor que mira cómo te folio.

—Hola. —Lo digo jadeando.

Sale, se agacha ante mis piernas y empieza a chuparme.

Buena estarás poniéndote la cara.

—¿Le enseñamos lo guapa que estás cuando te corres?

—¡Sí!

Lo quiero más para placer mío que suyo.

Su pelo me cosquillea los muslos. Tiene la cara hundida en mis partes. Aplica también los dedos, acompasadamente. Yo contraigo todo el cuerpo.

—Que vea cómo te corres.

Acelera con la lengua, con los dedos, que me mete y saca por detrás, sin despegar la boca de mis pliegues. Chupa y toca. Sé que estás pendiente de mí, de cómo me muevo; que esperas dar con el punto exacto que me haga explotar.

—Sigue así.

Sólo has de seguir; no tengo ningún interruptor que debas pulsar, sólo has de continuar.

Yo hago lo demás, yo me muevo, yo sé cuándo estoy a punto.

Fuera se oyen voces llamando a alguien. A lo mejor es verdad que acude gente.

No sé, ¿y si llaman a la policía? ¡Menudo apuro!

Así, así, sigue así. El calor aumenta, aumenta más y más.

—¡Sí!

Es lo único que acierto a decir antes de que mi cuerpo se crispe en un espasmo prolongadísimo.

Aguanto un segundo la respiración y luego siento que me ahogo.

Me besa cuando todavía no he recobrado el aliento.

Estás desnudo delante de un edificio lleno de gente. Podría haberte visto cualquiera. ¿De verdad no te asusta nada?

Estoy rendida. Me llena los pulmones con su sexo. Me lo restriega por el paladar.

Lo posa en mi lengua, se mueve despacio. Me quita la venda. Al pronto no puedo abrir los ojos y los mantengo cerrados unos instantes.

Lo primero que veo son imágenes borrosas que poco a poco se vuelven nítidas.

Está de pie junto a mí, con la cabeza echada hacia atrás; infla y desinfla el pecho despacio, todo lo hace muy lentamente.

Me mira; los ojos tienen una expresión soñadora, parecen perdidos en quién sabe qué fantasía.

La respiración se le acelera, noto su miembro hincharse entre mis dientes y de pronto se corre.

Chorros de su sabor me llegan al paladar y fluyen hacia dentro como miel que uno toma cuando le duele la garganta.

Trago una copiosa bocanada de ti.

Cierra los ojos. Yo tengo cuidado. Entra y sale suavemente, se detiene un momento; luego sale, abre los ojos, me mira.

Ríe.

Me limpio la boca de la mucha saliva que me cae.

Él se arregla el pelo con ambas manos un momento; sin decir nada, le cojo la mano y se la llevo a donde tengo el elástico.

—Ah, gracias.

Se rehace la cola de caballo; es una especie de tic, un automatismo que repite muchas veces al día.

Creo que lo hace sin darse cuenta.

Me toma en brazos y me baja de la mesa.

Miro al edificio de enfrente.

—¡No hay nadie!

—Antes había un viejo, a lo mejor ha ido a hacerse una paja… Le llevará tres o cuatro horas.

—¡Qué dices!

—Le hemos alegrado el día, ¿o no?

Le doy un azote.

Ríe.

—¿Nos vamos?

—Hum.

Vale.

Nos vamos.

Echa a andar delante de mí, hacia la habitación.

Yo me vuelvo y bajo la persiana.

No me gusta que me miren el culo cuando me alejo.

Así que escribes, ¿eh?

—Así que escribes, ¿eh?

—Hum —contesto.

Ya estamos.

Lo de siempre.

…

Va, dilo.

…

—Has escrito eso… del tío que te baña, ¿no?

Sigue. No es ésa la pregunta. Lo que quieres decirme es que te has hecho una paja pensando en mí. Alguien te pasó el relato, puede que hasta por correo electrónico. Tardarías… ¿cuánto? ¿Diez minutos? ¿Quince?

Lo leíste todito, de la primera a la última de las diez páginas, y al final tenías la picha dura y jadeabas.

Se te mojó la punta y manchaste los calzoncillos…

O sea, que lo leíste y te gustó.

A lo mejor donde estabas no podías y corriste al cuarto de baño. ¿Dónde estabas? ¿En el trabajo?

Y en cuanto pudiste te la sacaste y empezaste a meneártela, con cierto ritmo, porque cada cual tiene el suyo. ¿Tú cómo lo haces? ¿Acelerando cada vez más? ¿O te paras a cada rato?

¿Eh, te paras a cada rato?

No es ésa la pregunta que quieres hacerme. Eso es sólo lo que has hecho.

Va, ánimo.

¿O te lo digo yo? Te has masturbado, te has masturbado excitado por una fantasía.

Y seguro que esa sonrisa que ahora te retoza en los labios es porque quieres decirme que se te puso dura. Estás deseándolo. Que te encerraste en algún sitio con lo que yo he escrito, con lo que he imaginado, y que te gustó, te encantó.

Va, esto es sólo lo que has pensado. Hazme esa pregunta.

Ánimo.

Muy bien. Estás sonriendo. Sí señor, ésa es la cara. Hazme la pregunta.

Desde que lo leíste, te cosquillea la idea de preguntármelo.

Pues venga, aquí me tienes. Te dan escalofríos, te sudan las manos. Estás decidiendo cómo mirarme. Porque a lo mejor te esperabas una tía más alta, mucho más buena.

Y en cambio ves a esta chica… y tampoco está nada mal, un buen culo, graciosa, con lo que hay que tener. Ya voy gustándote más desde que sabes que soy la del relato, ya estás montándote tu película virtual. Antes me imaginabas de otro modo.

Has soñado que tú eras el protagonista del relato, ¿no es así?

Llevabas años esperando conocer a una chica que diga lo que yo digo, que te la ponga dura sólo con palabras.

Pues sí, es verdad, soy buena, muy buena. Pero no te me distraigas.

¿Qué ibas a decirme? Adelante. Y deja de mirarme las tetas, no te me distraigas.

A lo mejor has escrito tu propia versión del relato; no me extrañaría.

Has pensado: «Soy yo, me espera a mí».

No estoy mal, ¿a que no? Va, hombre, pregúntamelo. A una tía que escribe esas cosas puedes preguntárselo.

Te falta una pizca de nada. Mira, te ayudo; me doy la vuelta y te miro, así te animas. Venga, pregunta todo lo que quieras.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Acaba de ponérsete dura.

—Claro.

Sonríes.

Soy guapa, ¿eh? Sobre todo cuando te miro así y no ahueco mucho la voz.

Soy tranquilizadora. Mis dimensiones son tranquilizadoras. Soy bajita, una tiaza te descolocaría; yo, en cambio, no; te parezco bien,

te sientes bien.

Mira, incluso ladeo un poco la cabeza para que veas que me muero de ganas de que me lo preguntes; te miro fijamente, relajo las facciones.

Ánimo, no tengas miedo, no te pondrás colorado, ninguno se pone colorado. Pregunta.

—¿Eres…, eres tú?

Ya casi estás…, sólo un poco. Afina más.

—Quiero decir, ¿te ha pasado de verdad?

Muy bien.

¿Ves? ¿Tan difícil era?

Río y miro al frente. Ya he perdido la cuenta, la cuenta de los que me lo preguntan.

—Pues… algunas cosas sí… y otras…

Otras también; el noventa por ciento. Las que no, son las que antes o después me sucederán; por lo tanto, ya las doy por ocurridas.

—¿Estás escribiendo algo ahora?

—Hum.

Adivina tú si es un sí o un no.

—Me gustaría leer más cosas tuyas.

¿Y? ¿Crees que me importa? ¿Por qué tendría que incluirte en mi lista de direcciones? ¿Para qué perder tiempo escribiéndote? ¿Tan importante te crees?

Sé que te ha gustado, como les ha gustado a los demás. ¿Sabes a cuántos tíos se la he puesto dura escribiendo? No. Yo te lo digo.

Ni te lo imaginas. No sabes la de correos electrónicos y llamadas que recibo, la de tíos que van detrás de mí…

Hay uno que me ronda hace años… Pues se morirá sin tocarme. Que siga rabiando. No me interesa. Tampoco tú me interesas. Pídemelo cuanto quieras, espera sentado que te escriba algo.

Hay cosas que no hago por cualquiera.

Debes ganártelo.

Sólo escribo para quienes tienen algo que ofrecerme, para quienes a su vez escriben para mí, para quienes folian bien, para

quienes me hacen experimentar cosas que no conocía; para quienes saben merecerlo, y solamente para ellos. A los demás les quedan las páginas de lo que nunca harán conmigo.

Quizás eso es lo bueno, ¿no?

¿Ahora qué haces? ¿Vas a quedarte mirándome toda la noche? ¿Esperas que te diga que sí? ¿Ruegas a Dios que yo te toque? No sucederá. Te me muestras demasiado servil, y a mí eso no me gusta.

No tienes nada provocador, nada que me incite a desabrocharte enseguida.

Nada. No tienes talento. Olvídalo.

—¡Entonces cuento con ello!

—¡Claro!

Sí, cuenta los días, y verás que la espera será eterna.

Tú no obtendrás nada de mí.

Puedo hacer contigo lo que quiera, ¿sabes? Y tú acabarás haciendo lo que yo te diga.

Si ahora decido que te empalmes, sé cómo hacerlo.

No pierdas el tiempo con galanterías, no me gustan. No me gustan tus modales, ni tu manera de hablar. Y ni siquiera me haces reír. Resígnate. No eres divertido.

Mírate: estás encogido. Seguro que eres de los que se pasan horas en la barra del bar, copa en mano, mirando a las tías, y que cuando abordan a una empiezan diciendo: «¡Qué guapa eres!». No, tesoro, yo no soy guapa; lo que tengo es un buen coño, y tú debes contestar: «A tus órdenes».

Lástima, ¿no?

Sí, lástima que seas tan poco interesante; lástima porque yo me dejo hacer de todo, ¿sabes?, lo que se dice de todo. Si uno es bueno, me entrego a él en cuerpo y alma.

Me convierto en su juguete preferido, encarno sus fantasías, y sin pedirle nada a cambio, sin pretender siquiera una relación estable, para que veas.

No le niego nada, accedo a todo lo que pida, pero, eso sí, ha de ser bueno. ¿Te das cuenta? Todo lo que quisieras, todo se haría realidad, incluso lo más inconfesable. Conmigo los hombres pueden.

Yo soy así.

¿Y tú? ¿Qué quieres de mí? ¿Qué puedes enseñarme? ¿Quieres besarme? ¿Quieres chuparme hasta dejarme sin fuerzas? ¿Serías capaz?

Yo sí. Yo a ti seguro. Tú en cambio no me pareces nada del otro mundo. Lo sé por tu lengua.

La lengua también hay que tenerla gorda, ¿lo sabías? No basta con tener un buen rabo. Hay que tener también una buena lengua, grande, ancha, con mucha saliva.

Los músicos suelen tenerla así, y los que cantan.

A mí los que tienen la lengua fina y te chupan con la punta no me gustan, me ponen nerviosa.

Es como tener en las partes un dedo con la uña mellada; parece que no les gusta, y cuando alguien me chupa ha de gustarle.

Hay mucha pulpa ahí, mucho que lamer, mucho que chupar, y yo estoy deliciosa.

No, me temo que tú no sabrías hacerme gozar. Mírate.

No eres sensual y, por lo que dices, se ve que tampoco tienes imaginación.

Yo quiero a un hombre que me haga gritar, ¿entiendes?, que no pare ni aunque se lo pida. ¿Podrías tú ser ese hombre? Imagíname desnuda, de espaldas, suplicándote con los ojos muy abiertos: «Por favor, despacio».

¿Qué harías? ¿Pararías? ¿No querrías seguir dándome?

Sigue dándome, conmigo uno no debe parar, debe continuar hasta que no pueda más.

¿Serías capaz? Piénsalo antes de contestar que sí, porque yo no perdono a quien se equivoca conmigo. Mírate la cara y la entrepierna, y dime honestamente si serías capaz.

¿Lo serías? Porque si no vale la pena, yo me abstengo, no quiero perder el tiempo.

Querrías hacerlo conmigo; si me acercara un poco, si siguiera mirándote así…

Si me apoyara en tu hombro, seguro que te atrevías a besarme.

Vamos tres en el asiento del coche; yo en medio, y a los lados tú y tu amigo, que casi no despega los labios. En cada curva nos apretamos uno contra otro.

Si el que va delante frenase de golpe, yo saldría despedida y me abriría la cabeza con la palanca de cambios, o con el salpicadero. Voy con gente que casi no conozco.

No te conozco ni a ti. ¿Qué quieres?

¿Cómo pretendes interesarme si no eres capaz ni de hacer que me sienta cómoda?

¿Y si ahora te pidiera que me besaras? ¿Y si me pusiera a hacer lo que estoy pensando, así, de pronto? ¿Te haces cargo? Mira que si empiezo no termino.

¿Qué eres capaz de hacer? ¿Hasta dónde llegarías?

Vamos tres en el asiento, apretujados; una no puede ni revolverse.

Podría desabrocharme la blusa y enseñar las tetas. Es muy fácil, son sólo tres botones. No tengo ni que quitarme el sostén, basta con bajarlo.

Podría volverme y echarme sobre ti, restregarte con las tetas, desabrocharte los pantalones, sentir cómo te excitas; sacarte el miembro y poner manos a la obra. ¿Lo has hecho alguna vez así?

No digo en un coche parado, así lo ha hecho todo el mundo.

No; digo en un coche en marcha; con los tumbos y sacudidas de la conducción, las curvas de la carretera, la gente que se asoma a la ventanilla, los frenazos… Divertidísimo… ¿Alguna vez lo has hecho así?

¿Hum? No está mal, te lo aseguro; sobre todo si una está debajo, sentada o tumbada en el asiento, en el medio.

Y si el que conduce puede verlo todo por el retrovisor.

Esto es lo más excitante.

Uno te chupa, y dos ojos no pierden detalle.

Porque sólo le ves los ojos, no la cara, no, sólo los ojos, que miran hasta que una se corre. ¿Lo has hecho alguna vez? ¿Quieres que lo hagamos ahora? Eso sí, puede ser complicado, porque estando tu amigo habría que improvisar.

Hay tan poco espacio…

Podríamos…

—Pero ¿cómo se te ocurren ciertas cosas?

Pues a veces yendo en coche con un tonto al lado que lo intenta.

—Quiero decir… ¿son fantasías tuyas, cosas que deseas hacer?

—Digamos que son… exasperaciones de sensaciones que he analizado…

¿Cómo dices que te llamas? ¿Andrea? Andrea no me gusta. No me gusta tu cara, no me gustan tus pantalones, no me gustan tus maneras. ¿Y qué te importan mis deseos? ¿Hum? ¿Acaso podrías satisfacer alguno? Te veo y no lo creo.

Andrea no me gusta; no me gustas tú, ni me gusta tu acento, ni me gustan tus maneras previsibles. Yo puedo hacer contigo lo que quiera, ¿sabes? ¿Te das cuenta? Yo si quiero, te quito el sueño.

Si ahora me inclino y, sin más ni más, empiezo a chupártela, no duermes en lo que te queda de vida.

¿Te das cuenta? No me cuesta nada, Andrea, pero nada.

¿Y tu amigo? ¿Cuántos minutos lograría hacerse el indiferente?

Yo no se lo permitiría, ¿sabes? Conmigo, todos deben implicarse y decidir lo que quieren hacer. No querrás que se quede ahí mirando como un pasmarote, ¿no?

Sería una lástima.

¿Qué harías si empiezo a morrearte y echo mano del paquete de tu amigo?

Ahí está, escuchando con la mayor atención. Muy educado. Apenas dice nada y no pierde ripio de lo que hablamos.

Es bonito palpar los bultos a través de la ropa; a mí me encanta.

Pero tú no sabes ni desabotonar una prenda; seguro que si hay muchos botones dices: «Hazlo tú».

Querido, si lo hago yo, te expones a no contarlo.

—Eres una mujer muy interesante.

Me mira muy serio.

Dios, qué ganas de darte un mamporro.

—Muy amable.

¿Qué sabrás tú? ¿Porque me gustan las pollas, por eso soy interesante?

¿Y qué? ¿Qué tiene de raro? Tú, en cambio, de interesante nada.

¿Qué piensas que puedes hacerme? ¿Ponerme a cuatro patas,

darme por detrás y hacerme gozar a grito pelado? ¿Lubricarme y deslizarte dentro?

Ya lo he hecho, Andrea. Y grito mucho porque soy estrecha, estrecha de todo.

Ya lo he hecho y ha sido así.

—Hombre, la mayoría de las mujeres no suele decir lo que piensan.

—Tampoco hago nada del otro mundo.

Nada.

Sólo mamadas en el ascensor, subiendo y bajando del primero al quinto, a riesgo de que se abran las puertas y en el rellano aparezca algún conocido.

Y lo he hecho en las escaleras del despacho.

Y sentada a la mesa de la oficina, quedándome hasta tarde. Y, mientras, me masturbaba con un rotulador, uno de esos gruesos, que no se borran, huelen a alcohol y dan mareo.

¿Sabes cuáles digo? Con uno de esos.

Y lo he hecho con las manos contra la pared, de espaldas, sabiendo que el de la limpieza está por ahí y puede entrar en cualquier momento.

Y lo he hecho con un tío al que apenas conocía, en casa de un amigo suyo que le prestó las llaves; con un tío que podía matarme; atada y vendada; pidiendo clemencia; gritando mil cosas; torturada, azotada; con pinzas en los pezones; con los tobillos atados, lo que impide que la sangre circule y al desatarte te deja marcas que duran horas.

No sabes la de marcas que te quedan cuando lo haces así; te quedan incluso en la cabeza, en el cerebro.

Así lo he hecho, Andrea, así.

Me he paseado desnuda delante de todo el mundo, con o sin zapatos, tengo algunos lindísimos, y en cuanto pueda me compro un par de zuecos altos, de madera.

Hoy he visto unos; me los compro y me paseo con ellos desnuda ante uno que no eres tú.

Así de exagerada soy, Andrea.

Todos me llaman Amor, todos me dicen que soy muy suave, que soy deliciosa.

Yo siempre gano, Andrea.

Yo sé cómo hacerlo.

Si quieres, puedo cogerte aquí mismo y hacerte algo que no olvidarás.

Lo que te hace una mujer no lo olvidas. ¿Sabes lo que pasaría si te lo hago?

Que empezarás a llamarme, querrás volver a verme, me harás preguntas, querrás saber, me buscarás.

Y yo no quiero seguir viéndote.

Te volverías loco, no serías el primero. ¿Quieres leer los correos electrónicos? Los guardo.

A uno lo destruí. Deberías ver cómo se arrastra ahora. ¿Soy mala, dices? No. ¿Por qué?

Se lo merecía. Me hizo daño. Me hizo esperar demasiado. No me respetó.

No entendió nada. Y así le ha ido.

Peor para él.

¿Qué quieres que haga con un tío que me implora? A ésos no los quiero en mi vida, ¿entiendes? Y me temo que tú serías uno. Te ahorro la molestia y te excluyo de antemano.

—Y…

Se ve que hoy tienes ganas de palique.

Pues eso no cambia nada.

—… ¿qué es lo más raro que has hecho?

Pero ¿qué te crees que es el sexo?

¿Hacer acrobacias circenses?

—Depende… Los gustos sexuales son muy distintos… A lo mejor lo que para mí es normal a ti te resulta raro… No es fácil de decir…

Mira que yo no soy ninguna acróbata. Yo lo que quiero es experimentar cosas que no conozco, Andrea; sentirlas.

Quiero vivirlo todo a fondo para ver hasta qué punto soy capaz de sentir las cosas.

Quiero saber cómo soy.

Tengo un vídeo en el que salgo masturbándome y luego sale un tío chupándome.

Y haciéndome cosas. ¿Sabes lo que son las bolas chinas? Producen una sensación muy extraña, por ejemplo cuando él me las mete, estira y saca una, mete dos, vuelve a estirar… Lo dicho, extrañísimo. Tienes la impresión de que te desgarran la piel…

Es como si me abultaran los labios, los volvieran más acogedores. Y también es curiosa la sensación que provocan al sacudirlas; te repercuten en la tripa.

En el vídeo se ven; él usó unas blancas. Y usó también un vibrador azul.

Me lo metió por todas partes. Hace un zumbido extraño. Al sentirlo vibrar me entran ganas de reír, parece un minipimer, gracioso, ¿no?

¿Ves? El sexo también puede ser divertido. Y a mí me encanta reír.

Dice que he salido muy guapa en el vídeo.

¿Te lo imaginas? No sé si se ve bien cuando me corro, qué cara pongo. Le he pedido que me lo enseñe, pero aún no hemos tenido ocasión. No sé cómo quedaré vista de espaldas; todos me ponen así porque tengo un buen culo.

Y grito muchísimo. Estábamos en un hotel, uno de cuatro estrellas. Él es rico, puede permitírselo. La habitación era preciosa, había un espejo enorme. Lo hicimos mirándonos en él.

Como te digo, le pedí que me pasara el vídeo.

Y él me contestó que era extraño que se lo pidiera, que era la primera; al parecer, a las demás les da vergüenza.

A mí no.

Al revés, a mí me gusta, me gusta ver cómo me penetran.

Aunque, por lo general, los espejos no son lo bastante grandes.

—Entonces, ¿para ti es normal?

—Pues…

Sí, para mí es normal ver películas porno sola.

¿Cuántas chicas conoces que lo hagan?

Suelo verlas el sábado por la tarde, sentada en el sofá, masturbándome.

O por la noche, si estoy desvelada.

Me gusta cuando una mujer se lo hace con dos hombres. Una vez me corrí viendo en primer plano a una tía guapísima que me miraba…

¿Y tú? ¿Has visto alguna película porno con una mujer? Yo lo he hecho con tres hombres. ¿Qué has entendido? ¿Ya estás pensando mal? ¿Ves las cosas que puedo hacer? No, tranquilo, me refiero a que vimos una película. Fue muy excitante, no tanto por las imágenes, sino por la situación, la tensión.

Por el apuro; mi presencia les violentaba, porque no podían actuar como si yo no estuviera.

Apenas hablaban, de vez en cuando bromeaban, o al menos lo intentaban.

Estaban cortados. No sabían cómo comportarse, qué decir. No querían dar la impresión de que no les gustaba, pero tampoco de ser unos obsesos.

Era como una electricidad…

Ellos tres y yo.

No se puede explicar. Hay que vivirlo. ¿Quieres que veamos una juntos?

¿Por una vez en tu vida? Si quieres lo hacemos.

Encuentra el lugar, que yo voy. No me corto.

—No eres de muchas palabras.

—No.

Ya casi hemos llegado. Aparcamos. Por la noche, todas las calles de Milán se parecen.

Nos apeamos. Yo sólo conozco a Marco, uno con la cabeza rapada y con perilla.

Todos lo llaman «el tío». El apartamento está en el tercer piso. En total seremos unos veinte. La casa no es grande y está llena de muebles de Ikea.

Casi todos pasan a la cocina, sobre todo los chicos.

Un grupo de chicas se instala en el sofá del salón.

Es casi la una. Yo no suelo estar levantada hasta tan tarde, solamente cuando escribo.

Todos tienen muchas ganas de hablar.

Con la excusa del maquillaje voy al baño.

En realidad, me molesta el ruido, la charla de la gente.

Tengo ojeras y cara de cansada. Será también efecto del fluorescente del espejo. Me repaso la línea de los ojos, me pongo un poco de pintalabios, poco. Tengo los labios delicados y enseguida se me secan; he de estar atenta: si se me agrietan, me duelen y me sangran.

Alguien quiere entrar y le da un par de veces al pomo de la puerta.

Espero a que se vaya y salgo.

En el salón están pasándose un porro.

Me lo ofrecen.

—No, gracias.

Sonrío.

Pero el otro parece contrariado.

Estas negativas rompen la atmósfera porrera. Es como si los acusaras de hacer algo malo, de ser mala gente.

Pero es simplemente un no.

—¿No fumas?

Andrea se muestra incrédulo.

—No.

—¿Pasa algo? ¿Te molesta? Lo siento, creía…

—No, no pasa nada…

Es sólo que no quiero. ¿Por qué había de pasar nada?

Yo no fumo, no fumo nada. No me drogo, nunca lo he hecho porque no quiero perder el control. O mejor: me gusta perder el control sin excusas, sin atajos. Todo lo que hago, lo hago sobria, para sentirlo mejor.

—¿Quieres beber algo?

Es la primera pregunta sensata de la noche.

—Sí.

—¿Qué?

Una *grappa*, estoy a punto de contestar. Pero los milaneses siempre me miran mal. Demasiado provinciana.

—Un cubalibre. —Cuando quiero quedar bien, pregunto lo añejo que es el ron.

—¡Muy buena idea!

Idiota.

Me lo prepara él, bien cargado. Quiere emborracharme, está resuelto a seguir tirándome los tejos. Yo procuro escuchar lo que dice la gente; hablan sobre todo de bolsos y de lugares de veraneo. Me aparto a un rincón y miro por la ventana.

Siempre me produce una impresión extraña ver los edificios tan cerca, las ventanas ahí mismo. Yo siempre he vivido en casas aisladas.

No me siento a gusto.

—Entonces… —me dice Andrea.

No escucho el resto de la frase.

Por suerte recibo un mensaje.

Lo leo.

«¿Qué haces?»

Es el del vídeo.

Bien.

Para tener las manos libres, dejo la copa.

Mi móvil es de los antiguos y hay que escribir las palabras enteras.

Él sabe que estoy en Milán y que este tipo de fiestas no me hacen gracia.

«Aburrirme. ¿Me rescatas?»

Lo envío.

Andrea insiste.

—¿Buenas noticias?

Y señala mi móvil.

Excelentes si me sacan de aquí.

—Puede.

Echo un trago.

Otro mensaje.

«¿Dónde estás?»

Mejor lo llamo, que es más rápido.

—Perdona, eh…

Me alejo de Andrea.

Me acuclillo junto a la pared y marco el número.

—¡Hey!

—¡Hola! ¿Qué?

—¡Sálvame!

Ríe.

—Pero ¿estás libre? ¿Tenemos tiempo?

—¡El que quieras! ¿Dónde estás?

—Estoy terminando una cosa… Tengo para unos cuarenta minutos. ¿Dónde estás tú?

—En Via Ponte Nuovo, en las afueras… No sé muy bien.

—Ah.

—Si quieres, llamo un taxi y me acerco.

Lo piensa.

—Vale. Dile que te lleve… al Frescobar.

—Vale. Salgo ya y te espero allí.

—¿Estás preparada?

Eso quiere decir que algo tiene pensado.

—Sí.

—Hasta luego.

—¿Te espero dentro?

—Llámame cuando llegues.

—Vale. Adiós.

Me vuelvo.

—¿Sabes el número de la calle?

Andrea lo pregunta; alguien grita uno, esperemos que el correcto.

Entonces cae en la cuenta.

—¿Ya te vas?

—Sí. He quedado.

—Qué raro que te vayas tan pronto, ¡si apenas llevas media hora!

—Ya.

Pero la verdad es que me importa un rábano. No me molesto ni en darte una excusa, no te la mereces. Oféndete si quieres.

No tendrás otra ocasión.

Marco el teléfono del taxi.

—Radiotaxi.

—Hola. Quisiera un taxi en Via Ponte Nuovo, número dieciséis.

—No cuelgue, por favor.

Espero; dos minutos larguísimos mirándome la punta de los zapatos.

Al fin contestan.

—Tres minutos, tres-seis-tres-cuatro.

—¡Gracias!

—Adiós.

Cojo la chaqueta.

Ni siquiera me termino la copa; la dejo por ahí.

—Te acompaño.

Como quieras.

—Tú mismo. ¡Adiós a todos!

Lo grito a los presentes. Me responde el consabido coro de «¿Ya te vas?», y ni siquiera se habían dado cuenta de que estaba. Lo importante es que haya mucha gente.

No importa quién.

Tomo la puerta y empiezo a bajar las escaleras, no quiero encerrarme en el ascensor con Andrea. Los tacones resuenan en cada escalón.

Corro.

Me detengo en el portal.

—Oye… ¿nos vemos?

No.

—No.

No se lo esperaba.

No te quiero en mi vida. Será mejor cortar por lo sano.

Parece chasqueado. Ya se recuperará.

—¿No nos damos ni un beso de adiós?

—Si quieres.

Tú lo has querido.

—Dámelo.

Me levanto la falda hasta arriba. No llevo bragas, basta con la piel más clara que me ha dejado el traje de baño. Se queda de piedra, no acierta a decir nada, a moverse.

Ya te dije que no serías capaz.

Llega el taxi y pone los cuatro intermitentes; me arreglo.

Abro el portal y salgo sin volverme.

¿Contento? Ya tienes algo que recordar toda la vida.

Espero diez minutos a la puerta del Frescobar. No me apetece entrar. No debe de tardar. Además, están cerrando. Hace un poco de frío. Veo un coche que reduce y me hago la sueca. La calle está llena de tiendas de chinos, al menos tengo escaparates que mirar.

Llega.

Para el coche, se inclina y me abre la portezuela.

—Hola.

—Hola, tesoro.

Me llama así.

Me mira de arriba abajo mientras me pongo el cinturón.

—¿Y bien?

—¿Qué?

—¿La fiesta?

—Un coñazo.

Suena un CD de Norah Jones. El coche tiene doce altavoces, parece que está uno en el cine. Nos alejamos del centro. No le pregunto adónde vamos. Me gusta descubrirlo al llegar.

—Te queda bien esa ropa.

—Gracias.

Se calla.

Es como si pensara qué decirme.

—¿Has estado alguna vez en la Fosa?

—No.

—¿Te apetecería ir?

Si vas tú, sí.

—Sí.

Para ante un semáforo y me mira, y sonríe. Me gusta.

Conduce bien. Tiene un coche potente que te clava en el asiento a cada acelerón. Detrás caben siete. Ha quitado las sillitas de los niños.

—Abre la guantera.

—¿Ésta?

—Sí.

Apenas la toco, se abre de golpe y se cae casi todo el contenido.

¡A lo mejor se la he roto! Hay mapas de carretera y Fresh & Clean.

—Verás una tela… Mira bien.

Lo hago, la encuentro en el fondo.

—Sí.

Es una venda.

—Cógela, nos servirá luego.

Hace una larga pausa.

Luego prosigue:

—Esta noche… te haré una cosa. Te presentaré a una persona, o mejor, a unas personas. Llevarás los ojos vendados y no los verás. Yo dirigiré la sesión, decidiré qué hacer… ¿Te parece?

—Sí.

—Muy bien. Guárdala.

Sonríe y me pone la mano en el muslo.

—Estás muy guapa.

Ya lo ha dicho.

La música me relaja. Las putas pasean por las aceras. Resultan obscenas, exageradas. Yo no tengo valor para vestirme así. Mientras él envía mensajes por el móvil, yo sigo mirando por la ventanilla.

Entramos en un área de servicio, pero no para a repostar. Seguimos hasta el fondo, donde hay unos coches aparcados. Apaga las luces y se detiene junto a un Mercedes.

Hemos llegado.

—¿Me la pongo?

—Yo lo hago.

Me venda los ojos.

—Ahora bajaré un momento, tú tranquila. Si te entra miedo, por poco que sea, dímelo y lo dejamos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Ahora vuelvo.

Se apea.

Sólo oigo camiones que pasan por la carretera. A estas horas no hay mucho tráfico.

Luego oigo que abre una de las portezuelas de detrás y que

mueve los asientos, como si los preparara. Al poco abre mi portezuela.

—Voy a quitarte los zapatos y a llevarte en brazos detrás.

Así lo hace, con mucho cuidado: me descalza, me pasa un brazo por el cuello y me levanta en peso. Me siento suspendida en la atmósfera de la noche mientras me sienta un metro más atrás. Sobre los asientos ha extendido una toalla.

Me tumba.

—¿Estás cómoda?

—Sí.

Yazgo sin estorbo cuan larga soy.

Me acaricia la cara.

—Ahora vuelvo.

¿Adónde vas otra vez?

Entorna la portezuela. Susurra algo a alguien, no sé qué. La puerta se abre y suben. El piloto se apaga. Ya no entreveo nada a través de la venda. Ahora todo está oscuro.

—No te diré con quién estamos, ¿vale?

—Vale.

—Ahora voy a quitarte la ropa.

—Bien.

Me desabrocha la falda y me la quita; al ver que debajo no llevo nada, se echa a reír. Me lo recordará durante días, seguro; sé que le gusta. Luego me desabotona la blusa y me quita el sujetador. Menos mal que no llevo nada que haya que sacarme por arriba, así no corremos el riesgo de desatar la venda.

Me quedo desnuda. Tengo los pezones duros. Hace frío. Tiemblo un poco.

—¿Te da frío?

Miento.

—No.

Tiene las manos calientes; calientes y lisas. De pronto las manos son cuatro, no sé si las otras son de hombre; dos van hacia arriba y dos hacia abajo.

Me concentro en respirar. Me lo ha enseñado él. No racionalizar

lo que te ocurre; tú respira, verás como es mejor.

En efecto, todo lo siento mucho más.

La otra persona me besa los pies, las rodillas, las caderas, el ombligo.

Estoy mojada.

De pronto oigo ruido de cremalleras, de ropa; creo que es él, que está desvistiéndose, mientras el otro me toca.

—Sigo aquí.

Me lo dice cada cierto tiempo. Me besa en la boca.

La entrepierna empieza también a arderme; tengo una lengua en la boca y otra en el coño; la de abajo se aparta.

Se desnuda.

Él, mientras, sigue besándome y acariciándome los pechos. La otra lengua prosigue a la vez que las manos. La de la boca me deja y noto un miembro duro que me golpea en los labios, se abre paso y entra, deformándome las mejillas.

Se deja chupar. Sale. Entra con más fuerza. Yo ya gimo porque la lengua de abajo insiste. De pronto se para, un ratito. Entonces noto que la punta de otro miembro se restriega por los bordes mojados y entra; o sea, es un hombre.

No es muy grueso. Me sostiene por los riñones y acomete veloz.

Ha dejado la música sonando. Cuando acaba una canción, el CD pasa automáticamente a otra; ahora suena más fuerte; los Placebo.

Me dan la vuelta. Cambian de sitio. El otro hace que lo chupe. Estoy un poco áspera.

Él, detrás, penetra despacio.

«I'll be watching…», dice el estribillo.

Es lo único que entiendo; el volumen es ensordecedor. Pero está bien, está bien así.

Él arremete con rapidez. Cojo con la mano al desconocido. Huele fuerte. Empieza a estar sudado. Sabe dulzón.

El escroto no está muy tenso. No serás gran cosa.

Por otro lado, ninguno de los dos está completamente desnudo.

El otro lleva puesta la camisa; las faldas me caen cada dos por tres en la nariz y enseguida las retira.

Él tampoco se la ha quitado, sino sólo desabotonado; noto deslizarse la tela por mis caderas al ritmo de sus movimientos.

Es extraño.

Respiro. Y cuando acelera, gimo. Oigo que dicen algo.

No frases, exclamaciones. A lo mejor se susurran lo que han de hacer.

No lo sé.

Cuando se cansan me ponen boca arriba.

Hace rato que se me ha pasado el frío. Él me dice siempre que, tumbada, tengo un par de tetas estupendas porque tengo el escote ancho. Apuesto a que me las está mirando.

Hay movimiento. Se acercan los dos.

Noto la presión de su peso en el asiento y oigo ruido de frotamiento.

Están muy próximos. Es una espera extraña. Creo que se están masturbando. Sí, creo que sí.

Lo noto también por la respiración.

No sé si se miran, o si me miran a mí.

Por un instante no pasa nada.

Luego algo se mueve junto a mis pies.

Alguien pasa por encima de mis rodillas y me abre.

Y una lengua empieza a chuparme; yo me combo de placer y de sorpresa.

¡Son tres!

Uno se había quedado mirando hasta ahora. No me lo esperaba. Sabe lo que hace, es decidido.

Me agarro de los vaqueros de los dos que tengo al lado. A ratos el miembro de uno de ellos me llena la boca. Ya no oigo nada. La música suena más fuerte, llena el habitáculo.

El aire está húmedo, huele a aliento.

Los cristales estarán empañados.

Siento que me salpican gotas calientes. Es una lluvia irregular e indecisa, caliente, melosa, que dura poco, que se me pega a la piel y resbala por mis pechos como babosas. Un instante después, otro chorro caliente se desliza por mi cara.

Y baña hasta la venda, me moja labios y barbilla. Siento unos dedos dentro de la boca, más hondos que la lengua. Aprieto la tela de la que me he cogido. No sé a quién tengo al lado.

Me agito; la venda empieza a aflojarse.

El placer me asalta como una punzada en las entrañas. Enarco la espalda y quedo suspendida en un jadeo prolongadísimo para, acto seguido, ser sacudida por las convulsiones de mi orgasmo.

Se apartan. Yo me quedo quieta, asimilando mi embriaguez. Abren y cierran guanteras.

No hablan. Tintinea una hebilla. Se visten.

La única desnuda soy yo.

Es todo bastante rápido. Una vez vestidos, se apean.

El frío que entra por la portezuela seca el rocío de mi piel.

—Espera.

También él se apea.

Aún no me he repuesto. Espero que apague el CD porque ahora me molesta.

Oigo portezuelas y el Mercedes que se aleja.

A los dos minutos vuelve.

Me quita la venda. Está oscuro y no lo veo bien. Mis ojos se habitúan.

Me acaricia.

Sonríe.

—Toma.

Me pasa un Fresh & Clean. Los odio. Cuanto más te limpias, más pegajosos se vuelven.

Me lo paso por la cara.

Mientras, él me seca el resto.

—¿Tienes frío?

—Ahora un poco.

Busco la ropa. Me ayuda. Ha acabado en el suelo. Estoy casi lista.

—¿Lista?

—Hum. ¿Y los asientos?

—Ya los pongo yo luego.

Pasa por encima del respaldo y se sienta al volante. Yo acabo de abotonarme y paso delante mientras salimos del aparcamiento.

Me mira.

—¿Cómo estás?
—Bien.

—Erais tres, ¿no?
—Sí.
—Hombres.
—¿Por qué lo preguntas?
—¿No? Eso me ha parecido.
—No. Había una mujer. La que has sentido al final era la esposa. ¿Por qué lo preguntas?
—Por saberlo.
—¿Te excita más ahora?
—Es igual… Mejor dicho no. Sí, sí, mejor.
—Era muy guapa.
—¿Más que yo?
—Sois muy distintas.
—Hum.
…
—¿Qué tal lo he hecho?
Sonríe.
—Tú siempre lo haces bien. Ah, ese dinero es para ti.
Señala la base de la palanca de cambio. Hay doscientos euros.
—Pensaba que estas cosas se hacían gratis.
—Depende. En teoría, para ellos, tú y yo no nos conocemos… Digamos que… así ha ido todo mejor.
No comprendo por qué, pero bien está.
Cojo el dinero. Me compraré los zuecos amarillos que he visto esta mañana.

¿Seguirá Andrea plantado en el portal?
Espero que no le hayan dado mi número.

En los cristales chorrea el vaho.

Mensaje

Estabas detrás, me besabas el cuello. Y mientras tú entrabas en mí, una chica me lamía por delante. Luego tu lengua me llenó la boca, tú entraste por detrás y ella siguió hasta que me corrí.

Aprieto ok, elijo el destinatario, pulso enviar; en la pantalla del móvil se ve volar el sobre.

Él no suele madrugar. Pasaré horas esperando una respuesta.

En mi nuevo Motorola V220, todos los mensajes que envío quedan guardados en la memoria.

Existe la posibilidad de reenviarlos. Opto por hacerlo. Visualizo el mensaje.

No cambio ni una coma, tan sólo elijo otro destinatario.

Éste debe de estar ya levantado. Veamos.

Lo envío.

Vuela el sobre. Espero.

No se trata solamente de follar, eso es lo de menos, bastaría con llamar.

Hacer cuatro coqueterías, o bien proponerlo abiertamente.

No.

Se trata de cargarse de hormonas, de adrenalina.

Hacer afluir la sangre al saco epidérmico de los tíos es lo de menos.

Lo bueno es volverlos locos.

A mí me encanta que me esperen rezumando semen por todos los poros de su piel. Así es mucho más bonito hacer el amor; preparar sensaciones, disponer un lecho de estímulos.

Lo hacen mejor cuando están cargados.

Quiero ser una mujer a la que no se olvida, una de esas con las que los hombres fantasean cerrando los ojos cuando están con otra.

Pero la naturaleza no me ha ayudado mucho, no tengo un físico escultural.

Tengo un cuerpo proporcionado que acabará cubriéndose de arrugas y pareciendo un saco demasiado grande para su contenido.

No soy lo que se dice una tía buena.

El término «graciosa» me cuadra mejor.

No estoy buena. Pero he aprendido a estarlo virtualmente.

He aprendido lo que quieren, lo que sueñan.

Estos dos tienen suerte; a ver quién responde primero.

A ver qué pasa, a ver cuántos mensajes tengo que enviar para conseguir una buena prestación.

…

No pasa nada.

Uno estará aún durmiendo y me contestará en el momento menos oportuno.

Hay que tener la suerte de que el destinatario esté dispuesto a entablar el diálogo inmediatamente.

El móvil pita. Qué raro. Es una buena sorpresa.

Leo.

Deliciosa fantasía… Y cuando te corres, la chica de delante viene a llenarme la boca con tu néctar mezclado de saliva… escupiéndomelo directamente en la lengua.

Nada, no ha entendido ni jota. Es inútil, hoy no se folla.

¿No lo ves? Ya lo has estropeado, ya has puesto el punto final a la historia. Tienes que ser más animal, hacer que se me calienten hasta los huesos, que me moje. Si te escribo eso, es que ya estoy a medias.

Nada. No basta con que el destinatario esté dispuesto al diálogo. Es preciso también que esté en vena y tenga ganas de hacerlo. De otro modo no da una.

No, no me sirve. Ni le contesto. A freír monas. Sigue haciéndote

pajas otros quince días.

Mejor me masturbo. Me levanto, voy al baño y así lo hago.
Por cierto que, visto que está levantado, le doy la simpática noticia, quizás así le viene la inspiración y me entretiene.

Pita otro mensaje. Será él, que trata de enmendarse.
Han pasado diez minutos, tiempo suficiente para que entienda que para mí la conversación ha terminado.

Pero es el otro.

Estoy en Roma en casa de un amigo. Llueve. En cuanto vuelva, te unto de aceite perfumado y te sobo como un pan, ¿quieres?

Claro que quiero.
Pero cuando voy a pulsar responder llega un tercer mensaje.

¿Te has tocado? ¿Cuándo? Dime cuántas ganas tienes…

Hum. El menda está ganando puntos. Si el de Roma no llega a tiempo, quedo con él. Le respondo y lo acallo. Con el de Roma fue mejor y hace mucho que no nos vemos. Vale. Esto me da cierta libertad.
Si hoy puedo, quedo con los dos. Nunca he podido fijar tres polvos en una semana.
Dos en un día sí.
Miro la agenda. Uno al principio de la semana y otro al final sería perfecto.
Bah, ya veremos; los dos tienen un montón de compromisos.
También debo organizar los huecos para cambios de última hora.
Si lo consigo soy la mejor.

Otro mensaje. Él es así: hoy está en vena y cuando se pone no hay quien lo pare.

Me gustaría follarte y que me follaras con fiebre… Todo es más caliente… hirviente. Pronto estaré en casa y me masturbaré… Dedicado a ti…

La última frase me recuerda un tema de Maria Bazar; curioso.

Por cierto que nunca lo he hecho con fiebre; también porque nunca tengo.

Aparte de que me da la impresión de que sudaría ácido, no sé.

Vale, muy bien. Te lo has ganado. Le contesto que tengo ganas de verlo.

Le propongo un día y una hora; ese día no puede. ¿Y el siguiente por la noche? Ése sí. Quedamos para entonces.

Es el último mensaje que le envío. No le mandaré más hasta el día en que nos veamos. Que dé él señales de vida.

Dejo que vayas calentándote con tus asuntos.

Yo me animo y empiezo a discurrir algo interesante que hacerte.

Le gusta jugar, lo sé, y creo que me seguirá la corriente.

Vuelvo al de Roma. Han pasado algunos minutos y es mejor no hacerle esperar.

Tengo tiempo antes de llegar. Veamos si también él tiene.

Me gusta escribirme mensajes con él: lo hace bien, tiene imaginación y buen gusto.

Le contesto que me dejaré hacer todo lo que quiera, que quiero imaginarlo.

Veamos si da algún detalle.

Lo envío.

Contesta al poco.

Estoy en un recinto abovedado, sentado a una mesa ante el ordenador portátil, y tengo en la mano una potente erección que piensa en ti.

Maravilloso. ¿Cómo no adorar a alguien así?

También yo pienso en él. También yo tengo ganas de verlo. Me gustaría seguir su orgasmo hasta el final.

Le contesto.

Te pones guapísima cuando te corres. Tus estremecimientos de placer honran a Dios y a toda la creación, hembra soberbia.

Vaya, vaya, y yo que pensaba que era ateo. No suelo recibir

dedicatorias tan románticas.

Es un animal espléndido, uno de los más hermosos que he tocado.

No tengo tiempo de contestar.

El móvil vuelve a pitar.

Quisiera dejarte agotada, rendida, atontada a fuerza de orgasmos y correrme en tu cara.

Tiene una imagen de mí de lo más poética. ¡Si supiera que ahora mismo voy sentada en un tren repleto de gente camino de casa de otro!

¿Me escribirías lo mismo?

Tengo ganas de hacer el amor con él, lo echo de menos, la verdad. Hará al menos un mes que no nos vemos. Me entran ganas de tocarme. Siempre me produce el mismo efecto.

Se lo digo.

Voy al baño a masturbarme en tu honor.

Le digo que sueño con sentir sus chorretadas en mi cara. Es verdad, me divierte hacer eso con él.

Ojo, que hace mucho que no eyaculo y estoy cargado; chorros densos, calientes, pesados, te salpicarían las mejillas, los párpados, los labios.

No me da tiempo a responderle. Nadie repara en mí en este compartimento.

Empiezan a llegar los detalles.

Preparo un mensaje en blanco, blanco como un chorro de semen sobre tus pechos de nata, que te lanzo pulsando OK con la mano izquierda mientras me corro.

Otro mensaje.

Estoy de pie con las piernas abiertas, tengo la polla pletórica de sangre alborotada, te la clavo en el coño, luego la saco y te la descargo en la sonrisa.

Y acabo de leer el anterior; escribe rapidísimo.

Tengo mal ajustado el móvil, y si mientras escribo me llega un mensaje, se me borra todo; ocurre de nuevo, por tercera vez.

Renuncio hasta que termine.

Estoy húmeda, colorada; aquí no puede una revolverse. Y tú te hallas tan lejos, masturbándote sólo para mí.

Me llega otro mensaje, en blanco; una pantalla vacía pero muy significativa. Es lo más excitante que hay, más incluso que oírlo jadear por teléfono. Es como si me hubiera eyaculado realmente en la cara.

Ha vertido litros de sí en la red, vía SMS, transformando los píxeles de mi V220 en una especie de papilla dulzona.

Se ha corrido.

Sé cómo lo hace.

Echa atrás la cabeza, contiene la respiración, emite una A haciendo vibrar los pulmones, abre los ojos y dilata las pupilas como si eso lo ayudara a echar de sí la mayor cantidad posible de semen.

Luego respira, cierra los ojos, se queda un rato como meditando, sin decir nada, mientras se repone.

Apuesto a que ahora ha hecho lo mismo.

Me sé de memoria tus orgasmos.

Los conozco tan bien que me mojo y me entran ganas de sentirte entre mis piernas.

Otro SMS.

Se me ha contraído la yema del dedo gordo en el teléfono y en el momento del orgasmo ha aparecido tu número y he pulsado mientras me corría soltando chorros en la ducha.

Me gusta porque así puedo imaginármelo bien, me da todos los pormenores que necesito.

Tú me haces sentir todo.

Otro pitido.

Ahora estoy en el bidé, me echo jabón líquido suave en el capullo aún inflado y me imagino que es tu mano a 37 grados entre el agua

helada que me da escalofríos.

No sabe las ganas que tengo de tocarlo de verdad. Ojalá estuviera allí mi mano.

Se lo digo, por si le sirve.

Te has corrido. Yo no.

Hey, ¡no podía empezar mejor el día! Has tenido una idea genial, te lo agradezco de todo corazón, pero no con palabras, con un masaje.

Dentro de una semana, cariño, en cuanto vuelvas, en cuanto estés aquí, lo haremos todo.

Ahora déjame con mis grandes labios palpitantes listos para dejar entrar a otro.

Yo cumplo con mi deber y le envío también un mensaje en blanco.

No creo que le produzca el mismo efecto que a mí, sobre todo porque ahora se halla en el periodo refractario, en pleno bajón. Además, tampoco nos hemos corrido nunca a la vez.

No vamos a hacerlo ahora.

Vale. Nos vemos la próxima semana. Te haré todo eso, prometido.

*

Llego a mi destino y Ale viene a recogerme.

—Hola.

Tiene un acento perezoso, propio del lugar, creo.

—¿Has tenido buen viaje?

Omito mencionar lo de los mensajes y a los que venían roncando enfrente.

He masturbado a uno que no conoces por medio de mensajes; sí he tenido un buen viaje.

Tiene un apartamentito al fondo de un patio. Lleva las llaves colgando de un cordón de colores.

—Perdona el desorden… Es que llegué anoche ya tarde…

Desorden hay mucho. Pero conforta pensar que, antes que yo, no ha entrado otra. Ni siquiera su madre. Mejor: odio a los hombres que no saben gobernarse solos, son mucho menos excitantes.

Tiene cortinas de colores, una bandera jamaicana, CDs por todas partes, fotos pegadas con celofán hasta en la cocina, vasos sin fregar, bebidas alcohólicas, ceniceros improvisados aquí y allá.

—Han pasado a verme los del grupo de música…

Le sonrío.

—¿Puedo ir al baño?

El viaje ha sido largo, estoy ya mojada y me apetece refrescarme antes de hacer nada.

—Sí… Espera.

Va a ver que todo esté presentable.

Tira de la cadena.

—Sí, vale. No hagas caso…

—No te preocupes.

—No, no me preocupo, es sólo que…

—Vale. Tranquilo. ¡También yo tengo una casa!

Sin ceniceros; en mi casa no se fuma.

La tengo algo más ordenada, aunque solamente porque paso más tiempo en ella.

Entro en el baño, cierro la puerta, levanto la tapa, me siento a mear.

No pone música. Una vez me dijo que una fantasía suya era verme como estoy ahora. Como entre, lo mato. Odio que me interrumpan en los momentos de intimidad.

Me refresco como buenamente puedo. No me gusta usar toallas ajenas.

No ha puesto toallas limpias; ni lo habrá pensado, aún le falta experiencia.

No me quito prenda alguna.

Salgo y veo que está hablando por teléfono; lo llaman a cada momento.

Me paseo por el piso.

La mesa de la cocina está cubierta de migas.

Miro por la ventana.

Lo bueno de vivir en provincias es que está uno rodeado de verde, y las casas distan muchos metros, incluso kilómetros una de otra.

Ahora está hablando de no sé qué contrato; yo, mientras, me

desnudo.

Me observa. Me quito la camisa y la dejo en una silla.

Me quito el sujetador, le cojo la mano y hago que me toque.

Le cuesta hablar sin alterarse.

Me quito los zapatos, los calcetines, los vaqueros, las bragas.

Voy a la habitación —él me sigue con la mirada—, me tumbo en la cama, entre su ropa, acaba de mudarse y aún no ha tenido tiempo de desempaquetarlo todo.

Aparta un momento los ojos de mí.

Está negociando el precio de algo que debe grabar la próxima semana.

Empiezo a acariciarme; tengo la piel de gallina, hace un poco de frío.

En el techo hay una simple luz. Por fin uno que no se llena la casa de los adocenados objetos de Ikea.

Me ha seguido a unos metros de distancia; mira al suelo mientras escucha a su interlocutor graznar al otro lado de la línea.

Veo un paquete de Marlboro, que es el tabaco que él fuma; cojo un cigarrillo y le doy vueltas entre los dedos.

Va, mírame; distráete un momento.

Me mira, mientras contesta síes por teléfono.

Abro los labios de mi sexo, le sonrío, meto la boquilla del cigarrillo.

La empapo. Él se desplaza un poco para verlo mejor.

Lo giro un poco.

Dejo alrededor una fina película de flujo vaginal, de sabor agradable.

Meto el cigarrillo en el paquete, con el resto, y lo cierro.

Él sonríe. El otro sigue hablando.

—Vale, vale… Hablamos mañana. Llamo también a Cesare. Adiós, adiós.

Por fin apaga el móvil, se arroja sobre mí, me muerde, me abraza.

—¡Ven aquí, guapísima mía!

Está alegre. Abre el paquete de tabaco.

Yo me troncho de risa.

—No, ¿no me digas que lo has hecho?

—¡Hum!

—¡Hum! ¿Hum?

Empieza a hacerme cosquillas, a morderme como antes. Me coge los pechos y me chupa los pezones ávidamente, rechinando los dientes. Pronto las risas se vuelven jadeos.

Se escurre hacia abajo y hunde la cara en mis partes. El gusto me hace a ratos entornar los ojos, y los matices y perfiles del techo se me desdibujan hasta desvanecerse.

Se quita toda la ropa, me mete en la boca toda la lengua.

Tiene la piel más bonita que he visto, que he sentido en mi vida.

Deja caer un salivazo en mi boca y me besa; le encanta mezclar los sabores.

Los gustos de las personas; el suyo y el mío.

Al poco me levanta las piernas, se las apoya en los hombros y me penetra.

Me pasa los brazos por la espalda, afianza las manos abiertas contra mis hombros y hace fuerza hacia abajo, estrujándome bajo su cuerpo; y entra y sale a su gusto.

Cuanto más fuerte lo hace, más me gusta. Al rato las piernas empiezan a acalambrarse y le digo que me las baje.

Me pone encima.

Está cansado, está hermoso.

Fuera apenas hay ruido, se oye llegar algún que otro coche.

Por la hora que es, deben de ser los vecinos que vuelven del trabajo, seguramente de las fábricas de la zona. Se oye también a unos niños que juegan.

Los llaman.

Pienso que, cuando sean mayores, a lo único que jugarán será a lo que estamos jugando nosotros.

No hablamos. Lo acaricio. El pelo corto le favorece mucho.

También el pendiente le queda muy bien. Tiene la cara asimétrica. Además, no se ha afeitado. Mejor, me digo. Es más divertido un hombre con la cara que pincha.

Yo soy más lenta que él. Me gusta sentirlo entero, entrar

despacio, disfrutar cada centímetro de su carne, ver cómo se le altera la respiración cada vez que me hinco, qué momento le gusta más.

Me gusta variar la intensidad y la velocidad de cada penetración.

Me hace aumentar el ritmo. Descanso sobre las rodillas. Me sujeta los pechos con las manos.

Da sacudidas bruscas, rápidas.

No, no quiero que se corra, es pronto. Espera, conmigo has de aprender a esperar.

Salgo y me tumbo a su lado.

—Dos minutos.

Una pausa de dos minutos. Respiremos un poco. No hay prisa, no quiero que la haya.

Me acaricia la espalda, me mira, por momentos parece ir a decir algo; la otra vez me cantó una canción.

La letra decía más o menos así: «Ahora ya lo sabes todo del hombre que tienes al lado».

No sé ni tu apellido.

Me pasa la mano por la columna vertebral, palpa la juntura de músculos y huesos, llega a las paletillas, baja y me da un azote en el culo.

—Ojo, que me gusta.

—¿De veras?

—De veras.

Me da otro azote, más fuerte. No se lo cree.

Pero es verdad, no miento. Me gusta, lo sé por experiencia.

Me entra un furor loco, no sé por qué.

Es como un llamamiento a la sumisión. Si empiezas, debes llegar hasta el final, debes hacerlo todo. Yo lo he probado y sé lo que quiero. Si te parece, por mí de acuerdo, pero házmelo bien.

—Da más fuerte.

Es él quien me obedece a mí. Por esta vez pase, pero la próxima has de ser tú quien resuelva también estas cosillas.

Me suelta otro azote, mirándome serio; yo me pongo seria también. Que no es broma, ¿me oyes? No es broma.

Me gusta.

—Sigue.

Méteme un dedo en la raja y verás como no te miento.

Hace lo que le digo; se me pone detrás y empieza a azotarme con cierta convicción y hasta con cierto ritmo.

Se nota que lleva la percusión en la sangre de sus venas.

Si no fuera una persona tan rematadamente educada, ya estaría llamándome puta; lástima que no lo haga.

También él se ha excitado, bastante. Me monta por detrás.

Es bonito hacerlo así. Seguro que tengo la piel roja y que a cada azote se me quedan marcados un instante los dedos.

Es como volver a los orígenes, al estado primigenio; es como quitar respetabilidad y dejar la parte más sucia del sexo, la parte física, animal.

¿Qué mal hay en hacerlo así?

Me parece que está a punto de correrse; lo sé por cómo respira.

Ánimo, quiero verte explotar. Dame la vuelta, mírame con los ojos bien abiertos y dime que te corres. Sí, se corre, se corre, está a punto de caramelo.

En esto tocan al timbre. Yo no paro. Es como obligarlo a gozar in extremis.

Rompe a gritar, echa el alma, eyacula sobre mí casi con rabia.

¿A que nunca has pegado a una mujer?

Tocan de nuevo el timbre. Seguro que nos han oído; ya saben que dentro del apartamento hay alguien.

Nos quedamos quietos. Oímos una voz que lo llama desde fuera.

—¡No hay nadie! —contesta mi amigo de buenas a primeras.

El otro le dice que no sea tonto.

Él identifica entonces al que golpea la puerta y toca el timbre sin parar.

—¡Stena!

Y salta de la cama.

Que me expliquen de manera más convincente eso del periodo refractario; yo estoy cada vez más convencida de que más bien es pura pereza.

Va a abrir. Lo primero que oigo son unas risas estrepitosas, y luego susurros.

Vuelve, se cuela por la rendija de la puerta y empieza a poner orden.

Veo que el desorden reina también en tu vida privada, no sólo en tu casa.

Está apurado.

Me adelanto a él.

—Al menos preséntamelo.

Sonríe.

¿Para qué amargarle el día? Además, quiero ver si tiene valor para decirme que no cuando le pida el orgasmo que me corresponde.

Miss Comprensión soy yo.

Me sonríe y le hace señas a Stena para que entre. Sé que tienen la misma edad.

Me ha hablado de Stena cien veces. Yo no sabía que Stena hubiera vuelto, y me parece que Ale tampoco.

Stena está muy moreno y lleva unas coletas rastas larguísimas.

Es un rasta a carta cabal, con barbita y flema isleña.

También él parece cortado. Por algo se han hecho amigos.

—Hola.

—¿Qué hay, Valentina?

Saco la mano de la sábana y él viene a estrechármela.

Yo ya me he limpiado el semen; llevo un pijama líquido de Ale que me sienta que ni pintado, se me ciñe bien al cuerpo y se me seca en los poros.

—Perdona, no sabía…

—No importa, tenemos toda la noche…

Sí, porque me quedo a dormir. Y ten por seguro que me chupará horas para que le perdone el despiste. Aunque no se lo esperaba, tiene con todo algo que agradecerme; la novia ya se habría cabreado.

—Ponte cómodo.

—No, oye, puedo…

—Va, no te hagas de rogar. Yo, mientras tanto, me visto.

Me levanto medio envuelta en las sábanas.

Cojo del suelo unas prendas y me encierro en el baño a ponérmelas; ellos se quedan saludándose y hablando en voz baja de mi culo, de cómo hago el amor.

*

Cena, humo, cerveza. Ahora estamos los tres tumbados en la cama.

Charlar con ellos es agradable, divertido. Ya no sé lo que hemos bebido.

Nos reímos mucho.

Me cuentan cosas. Me hablan de unos estudios de grabación que hay en Porto Alpino, donde Stena, que es productor, se ha establecido para no volver.

Ale se burla; dice que una vez tenían que ir a Kingston a alquilar un coche y Stena no quería ir, y en cambio mira ahora.

Cambian miradas, frases; cosas que sólo ellos saben; fuman.

Me gusta oírlos hablar de mujeres; de las mujeres con las que han estado, de las que llaman a Ale diciendo que están embarazadas de él al cabo de año y medio de haberse visto. Intercambian gestos cómplices.

Entre mujeres raramente se da esta complicidad. Nosotras nos contamos menos cosas, nos hacemos menos confidencias, sobre todo sexuales. Para nosotras todo es muy emocional; rara vez nos reímos de un polvo, de una cita frustrada.

Ellos, en cambio, saben muchas cosas uno del otro. Seguro que Stena conoce mil detalles de mí. Ale y yo ya lo hemos hecho varias veces.

Al menos Stena sabe lo que escribo, y lo que me gusta.

*

—Valentina… Bonito nombre.

Stena exhala humo, hace una larga pausa.

Sí, un nombre muy bonito. Suena bien. Y empieza ya con las piernas abiertas, con una V toda despatarrada; parecen unas piernas alzadas que lo invitan a uno a entrar.

Yo creo que el nombre encierra parte del destino de una persona.

Mi V inicial habla por sí misma; es una letra descarada que se abre de piernas, en el alfabeto no hay otra igual, es única.

Tendrían que prohibir semejante nombre.

Valentina.

Nueve letras que tintinean frescamente.

Se pronuncia mordiendo el labio inferior y abriendo la boca en la primera vocal; luego la lengua hace el amor con los dientes, tamborilea aquí y allá, se desliza suave y lánguida por el paladar, se impregna de saliva, colea, y los labios permanecen un poco abiertos para dejar salir el sonido.

Acaba con una A que te deja la boca abierta y como esperando ser llenada.

Es un nombre vulgar; es ya el preludio de la mujer que soy.

Ale se gira y me besa, no sé por qué; no es uno de esos besos distraídos, restos de ternura que tiene de vez en cuando.

Estos besos los da cuando quiere hacer el amor.

No sé cómo se sentirá Stena.

Nunca sé cómo se sienten los otros en estas situaciones.

—Bésalo.

Me lo susurra mirándome y seguro de lo que ha dicho. Obedezco.

Me vuelvo al amigo, que no parece nada sorprendido.

Le doy un beso con lengua y él me pone la mano en la cadera y me la oprime suavemente.

Ale nos mira; me inclino hacia él, sonríe; tiene unos ojos preciosos.

Lo beso también. Alterno en mi boca el sabor de uno y de otro.

Empieza a desnudarme Ale; él siempre toma la iniciativa.

Me quita la blusa, se pone detrás de mí.

Me besa el cuello, las paletillas, me oprime los pechos.

Yo me inclino sobre Stena mientras Ale me pasa la lengua espalda abajo.

Y mientras sigue desnudándome, yo le desabotono la camisa al amigo, que sigue mirándome.

Y le beso el pecho, que sabe a arena y a sal. Tiene un lindo

bronceado.

Seguro que se pasa las horas muertas tomando el sol en Porto Antonio.

Yo no podría, yo necesito una vida agitada, llena de contrariedades.

¿Qué haces si todo lo obtienes enseguida, si todo te sale siempre bien? ¿No te asusta vivir en un eterno paraíso?

A mí me da horror; yo sólo lo soporto por temporadas, más no.

Yo necesito domingos aburridos, días lluviosos, infecciones.

Relaciones que vayan mal.

De otro modo, ¿qué puedes contar? ¿Que todo va bien?

La felicidad no tiene historia; hacen falta cosas que vayan mal.

Tú eres hoy mi cosa que va mal.

Le bajo la bragueta a Stena.

Y empezamos.

Ale y yo lo hacemos casi al unísono.

Cuando él pasa la lengua por mi agujero, yo rodeo con la boca el sexo de Stena.

Sigo el ritmo de lo que siento, de lo que él me hace sentir.

Me lo meto y lo saco hasta la mitad, ciñéndolo con los labios, deslizándomelo por el paladar, salivándolo poco a poco con la lengua cada vez que entra.

Ofrece la mejor perspectiva, la que más se presta al goce. Cuando subo la cabeza, lo miro. Sonríe menos que Ale, es menos impetuoso, mucho más lento; lo habrá aprendido viviendo allí. A ratos descansa la cabeza en la pared.

Jadea, me mira.

Tiene las manos abiertas sobre los muslos.

Él no se muerde las uñas, a diferencia de Ale.

Cuando lo lamo demasiado rato, me pone la mano en la nuca y hace una ligera presión para indicarme que salga un poco.

Déjame respirar. No es fácil mamar a un hombre cuando tienes a otro hundiéndote la cara en los humores.

Porque Ale me lame a todo lo largo y ancho y dentro que puede.

Estoy mojadísima y jadeo cada vez más fuerte.

Tu amigo está disfrutando a lo grande, Ale.

¿Y tú?

Me vuelvo. Quiero verlo.
Quiero ver qué cara pones sabiendo que tengo en la boca la polla de tu amigo.

Ale se incorpora y se me desliza por la espalda.
Siento su miembro colarse en mi húmeda entrepierna.
Es incómodo besarlo así, pero lo consigo igual.
¿No te hace efecto? Hasta hace un segundo, he tenido a tu amigo en la boca, mi boca sabe a él.
¿Qué sientes?
¿Te gusta?

Se aparta y me penetra bruscamente, una, dos veces; yo no puedo por menos que gemir. Me hunde en Stena y oprime con más fuerza que el amigo.

Cuidado, que todo no me cabe en la boca.

Estamos sudando a mares, Ale sobre todo.
Se incorpora de nuevo, me pone el culo en pompa.
Me chupa otro poco, y de rodillas, clavándome los dedos en los glúteos, penetra de nuevo.

Hacedme lo que queráis, soy toda vuestra.

Ale sale y, con la sábana, se enjuga las gotas que perlan su piel.
Nos mira.
—Ven.
Stena me mira a mí, me guía con su voz y sus manos.
Me levanta, me suspende sobre su sexo y me clava poco a poco el grueso glande. Me sujeta por los hombros, se comba y acelera.

Me aprieta contra sí, cierra los ojos.
Yo quiero ver dónde está Ale.
Qué hace.
Afirmo las palmas en su pecho y hago fuerza.
—Despacio.
Ve despacio.

Aprended a ir con calma, yo las cosas quiero sentirlas bien.

Hago que baje las rodillas, yo dictaré el ritmo. Él para del todo.

Lo monto alzando mucho el culo.

Soy bella en esta postura, increíblemente bella. Gozo de cada centímetro de Stena.

Suspiro, alargo la mano a Ale, se acerca.

Le lamo el glande, que sabe a mí.

Noto que el miembro de Stena se infla y endurece aún más, sin que yo haya variado nada. Nos está gustando muchísimo a los dos.

Miro a Stena mientras, lentamente, lamo el cuerpo de Ale.

Soy bella, ¿a que sí?

Ale se aparta un poco y después se pone nuevamente detrás de mí.

—Baja un poco.

¿Qué querrá hacer?

—Iré con cuidado —me susurra.

Me echa saliva en el orificio libre; Stena, dentro de mí, se para.

Ale me abre las nalgas, me unta la zona con el pulgar, me repite «Iré con cuidado» y se acerca.

No lo conseguirás. Sabes que me da miedo. Casi nunca se lo permito. Soy estrecha.

Hace fuerza.

—Muy bien.

Me duele.

Stena sigue inmóvil.

—Muy bien.

Me lo susurra una y otra vez.

O me relajo o será peor.

Echa más saliva.

—Muy bien. Vale.

Introduce un poco la punta.

—Así.

Deja que entre.

Por nada del mundo debo apretar.
Al menor movimiento uno de los dos se me sale.

Me duele aunque tiene cuidado.

Hay una especie de umbral que hay que franquear, como un límite sensorial pasado el cual todo se convierte en placer. Lo sé, lo he hecho y me conozco.
Sólo que, para superar ese límite, debo soportar un dolor desgarrador.

Stena sale un poco, muy poco.
Me mete la lengua en la boca y me oprime los pechos.
Todo sucede en un instante.
Mi cuerpo renuncia a oponer resistencia.
Ale entra de pronto, entero.
Es una sensación total, un placer que lo abarca todo. Sólo siento mi cuerpo, mis jadeos, mi gozo. Se mueven primero despacio y luego cada vez más rápido.
Somos un conjunto maravillosamente acordado.
No sé cuánto tiempo seguimos así, soy incapaz de pensar.
Lo único que sé es que no doy más de mí.
Es lo más bonito del mundo. Soy todo. Estoy llena, colmada, saciada.
Cerrada.

Al rato, Ale sale y eyacula en mi espalda; descansa pesadamente sobre mis paletillas, jadea.
Se retira.
Se queda a nuestro lado, nosotros seguimos.

No sé cómo tendré la piel, los orificios.
Pero supongo que luego volverán a su estado normal, como moluscos que se retraen.

Recobrarán sus dimensiones originales, serán de nuevo como antes.

Pero ahora tengo la sensación de ser anchísima.

Y no me atrevo a tocarme, por miedo a descubrir una sima.

Sentir una parte de mí que no puedo ver ni medir me perturba.

Stena me tumba boca arriba y entra.

Se le ha soltado el pelo, y sus crenchas deshilachadas me acarician los pechos, el cuello.

Me mira. No dice nada, ¿para qué? Sobra con lo que estamos haciendo. Pero al menos me mira; y sigue mirándome cuando sale y, agitándola sobre mí, se dispone a correrse. Un estremecimiento le recorre la espalda y sólo entonces cierra los ojos.

Eyacula entre sacudidas, hasta la última gota.

Y cuando la última gota ha salido, abre los ojos.

Se retira.

Se tumba al lado, boca abajo.

Tiene la cabeza hundida en la almohada y sus cabellos revueltos forman como una medusa varada en las sábanas. A saber el tiempo que llevará sin cortárselos.

Nos quedamos un rato callados.

Ale se levanta y se acerca a la ventana, la abre; saca un Marlboro del paquete y lo enciende.

Me mira.

—Este cigarrillo sabe raro…

Rompemos a reír.

Se queda mirándome largo rato.

Stena se ha adormecido.

Ale se acaba el cigarrillo, viene, reposa la cabeza en mi estómago.

Ahora no me apetece y le hago señas de que no.

Sé que tú lo harías con ganas, pero yo estoy destrozada.

Le acaricio el pelo y me levanto.

Voy al baño.

Tengo la cara ajada y unas facciones que se parecen cada vez más a las de mi madre. Mi cara me está traicionando, no me cabe duda: está transformándose en la de ella.

Los poros de la piel, la pelusilla del labio, la barbilla… Sin embargo, ella no ha hecho lo que yo, ella le echa la culpa al tiempo, al estrés.

Estoy convirtiéndome en su viva estampa, aunque espero que más guapa.

El sexo tiene este efecto en mí. Me gusta cómo me demacra el rostro, cómo me hace envejecer bien. Los ojos ya me los ha cambiado.

Me forma un pliegue en la comisura de la boca cuando no sonrío, me ha dejado los labios blandos, elásticos. Me ajará los pechos. He decidido que me dejaré tocar mucho, que me vengaré del tiempo haciendo el amor.

Mucho. He decidido seguir siendo bella en la cama.

Quiero resultar tan interesante que el cuerpo deje de importarle al que me mire.

Los hombres querrán hacer el amor con la parte intocable de mi ser.

Y así nunca seré vieja, ni aun cuando tenga la cara como una uva pasa, cuando sea toda arrugas. No me da miedo. Dentro de veinte años estaré maravillosa.

Sabré mucho más que ahora. El amor, el semen, me mantendrán bella. Lo sé. Mucho más que ahora.

Ya querría tener más años.

Dejé el bolso aquí. Saco el móvil. No me ha llamado nadie.

Elijo NUEVO MENSAJE, no escribo nada, busco el número del de Roma.

Cierto que no acabo de correrme, pero deja que te dedique un orgasmo para acabar el día, uno más sincero que el de antes. Es un regalo que te hago.

Porque cuando luego lo tenga de verdad, estaré demasiado cansada para escribirte.

He decidido que formes parte de mi vida. Quiero hombres que me hagan salir lindas arrugas de expresión. Ven pronto.

Fuera no se oye nada. Se habrán quedado dormidos.

Lo envío.

Se necesita

Se necesita:
Una cámara de fotos (aunque sea de usar y tirar)
Un periódico
Un reloj

Esta vez he decidido hacer el trabajo sucio, el trabajo por el que siempre me pides que escriba, que siga escribiendo.

Sin trama, sin mentiras, sin nada que te haga dudar si lo que lees es cierto o no.

Esta vez va en serio, todo es verdad. Estamos solos tú y yo, aquí y ahora.

Renglón a renglón, palabra a palabra.

¿Quieres jugar conmigo? Sí, es un juego.

Las reglas son fáciles. Yo pongo las condiciones.

Yo propongo, tú haces.

¿Te parece bien? ¿Lo hacemos? Es sencillo. Pero o juegas o no juegas.

Si decides que no, lo dejamos aquí mismo.

No es un chantaje. Pero así es desde siempre. Si no quieres, no sigas.

*

Quiero que te atengas a las reglas.

No empieces si no tienes todo lo que te pido. Sólo funciona si somos dos. Yo ya estoy cumpliendo con mi parte.

Si llego al final, si escribo todo lo que tengo pensado, también habré hecho cosas.

Vamos por turno. Cada cual tiene su momento para estar debajo.

Yo digo cuándo te toca a ti.

Sólo pretendo que seas honesto. Si te falta algo, espera.

Será sencillo, mucho más de lo que crees. Solamente quiero que dispongas de todo lo necesario.

Si no tienes el periódico y el quiosco está cerrado, espera a que abran. Si no encuentras algo, pídelo prestado. La cámara de fotos es mejor que sea tuya.

Si no tienes un lugar tranquilo donde estar, mejor espera a volver a casa.

Aunque tardes meses.

Por mí no importa. Tengo paciencia.

Aplaza la lectura si es preciso. Procúratelo todo. ¿Lo tienes?

Pues empecemos.

*

Quiero que encuentres un lugar donde estar.

Elige un sitio donde nadie te moleste. La situación debe ser ideal. Un lugar donde me llevarías a hacer el amor.

No digo que sea un sitio especial. Basta con que sea cómodo y esté a mano.

Un lugar donde te gustaría pasar un rato conmigo.

Tranquilo. Sólo tienes que relajarte. No te pediré que hagas nada que te resulte violento o peligroso; sólo te pediré que me sigas.

Haz únicamente lo que yo te diga, como si yo estuviera contigo.

Quiero que te tumbes, que te relajes.

A mí me gusta estar debajo. El contacto con el cuerpo es más bonito, todo es más fácil.

Si quieres puede ser también al descubierto, o en un rincón oscuro si te parece más seguro.

Elige tú.

Basta con que no entre nadie. Nunca me ha gustado que me sorprendan desnuda.

Ser mirada, espiada, y que los dos seamos conscientes, sí. Pero

por sorpresa no me gusta. Nunca se sabe quién puede presentarse, ni con qué intenciones.

En cambio, quien te mira no te hace nada. Y si algo hace, es meterse poco a poco en medio.

Encuentra, pues, un sitio en el que te sientas cómodo y consideres el mejor para los dos.

Quiero que prepares la cámara de fotos.

Es el único objeto que emplearemos. Poco importa que no tengas práctica en hacer fotos.

Por una vez bien puedes intentarlo.

Prepárala.

Si es de usar y tirar, desenvuélvela.

Sabes lo que vamos a hacer, ¿no? Vamos a hacer el amor.

Vas a follar al dictado.

Lo que has oído.

Haremos el amor.

¿No es eso lo que quieres, lo que esperas de mí cuando me pongo a escribir? Sí, es eso. Sueñas con una mujer que haga que te corras sin tocarte.

Que te diga lo que desea, lo que sueña.

Quieres una tía procaz que te ponga a cien, que te cuente las cosas como quisieras que fuesen.

¿A que sí?

En otro caso, te agenciarías una revista con fotos y no estarías aquí haciendo cochinadas. ¿Te gusta esta palabra? Cochinadas.

Mi madre me decía: «No hagas cosas feas».

¿No es fantástico?

Ahora haremos esas cosas que no se hacen, esas cosas feas.

Esas cosas que no se dicen.

Estás dejándote enredar: estás haciendo lo que yo quiero, y solamente porque lo escribo; es el poder de la perversión.

Te gusta, resígnate, ríndeme tu voluntad.

Veamos si tienes valor para seguir hasta el final.

Yo sí lo tengo.

Dime, ¿no lamentas no tenerme ahí contigo? Quizá no mucho, ¿eh?

Porque si estuviera ahí, hablaría muy poco.

No te imaginas la de cosas que soy capaz de imaginar cuando estoy callada.

Lástima que no me quieras contigo, lástima que te conformes: tengo una piel preciosa.

Y un cuerpo perfecto, que da gusto ver moverse, oír respirar.

Por favor, imagíname más bella de lo que soy.

Ahora quiero que hagas la primera foto.

Hazla.

En esa foto quiero que se vea la primera página del periódico, quiero tomar como rehén este momento.

Quiero chantajear tu pudor.

Déjame ver.

Quiero ver qué día has escogido, qué momento de tu vida.

Entre las mil cosas que suceden, tú me has elegido a mí, has elegido este momento.

Este preciso instante.

Saca la foto.

Es el único modo de fijarlo y de que yo lo vea. Quiero saberlo.

Quiero mirar.

¿La has hecho? Saca otra, así nos aseguramos de que la cámara funciona.

Luego hazle otra al reloj; soy muy puntillosa y quiero saber la hora exacta.

Ahora quiero que dejes la cámara junto a ti.

No tan cerca que te moleste.

Ahí, tenla ahí, ya la usaremos luego. Ahora ponte cómodo.

Ahora quiero que te sueltes la ropa.

Desabotónate la camisa. Si llevas una camiseta muy ajustada, mejor quítatela.

Desabróchate el cinturón, los botones. Quiero poder quitártelo todo fácilmente.

La imaginación tiene menos músculos que las manos. Debes facilitarme la labor, de otro modo no podré meterme entre tu ropa y tu cuerpo.

Te imagino tumbado, o recostado, con las piernas abiertas.

Ten el periódico en una mano, ponte la otra en la nuca, a modo de almohada.

No te quites nada más, ya lo haré yo luego, poco a poco.

Quiero introducir las manos bajo las prendas, así es más bonito.

Yo tengo el móvil apagado. Quiero que lo apagues tú también.

Ahora quiero que pienses en mí.

Estoy en casa, en el sofá, un lugar que nunca verás. El sofá es mi sitio preferido.

Es mi cubil, mi guarida, mi rincón; los dos últimos cojines del extremo izquierdo del sofá, junto a la ventana.

No llevo puesto nada especial.

En casa voy así, nunca me pongo nada raro, menos aún para escribir.

Llevo unos pantalones descoloridos que quizá no te gustarían. Ni quizá tampoco te gustaría esta camiseta deshilachada; huele a mí, lleva las manchas de lo que hago en casa, las huellas de mi vida cotidiana, que no conoces y nunca compartiremos. Hay cosas que nunca sabremos.

Yo no conoceré tus manías, tus vicios, tus hábitos.

Nunca sabré si por la mañana usas una taza grande o pequeña, si salas mucho el agua de cocer la pasta. Nunca sabré si friegas el suelo con bayeta o con fregona.

Tonterías así.

Que en una vida de pareja se saben; tú y yo no.

¿Cómo tomas el café? ¿Con o sin azúcar? ¿Te has vuelto vegetariano?

¿Tienes alguna foto con tus compañeros de estudios? ¿Discos? ¿Ordenados por orden alfabético, o a la buena de Dios?

¿Eres de los que aplastan el tubo del dentífrico desde abajo, perfectamente?

Y si yo usara tu cuchilla de afeitar, ¿te cabrearías? ¿Cuál es tu visión del mundo?

¿Qué piensas de la selección nacional de fútbol? ¿Te gusta el pescado?

¿Cuántas cosas no haremos nunca?

Piénsalo.

Piensa en las citas que no tendremos, en las cosas que no nos diremos, en los «buenos días» que no nos desearemos, en las veces que no nos mandaremos a hacer puñetas, en los días que no amaneceremos juntos.

Piensa en la vida que no viviremos en común.

Destinos paralelos que nunca convergerán.

Éste es nuestro único punto de contacto, ¿te das cuenta de que sólo tenemos esto en común?

Esta inmoralidad, esto que la gente de bien no hace. Hay quien arde en el infierno por mucho menos, ¿lo sabías?

Estoy descalza. Tengo unas zapatillas feas pero cómodas que he dejado junto al sofá. Voy sin peinar, sin maquillar.

Tendrías que cargar con mis defectos; mejor dicho, lo estás haciendo ya, casi sin saberlo.

Pero no importa; hoy estoy decidida a decirte la verdad.

Que no necesariamente incluye lo mejor.

Si quieres una puta con tacones de aguja, siempre puedes pagártela.

Si hubieras preferido a otra, puedes dejarlo aquí y buscar algo mejor que hacer, o a alguna que te desabotone de verdad.

¿Crees que somos normales? ¿Eres tú normal, dejando que te haga esto?

Aún no me he duchado. Si me chuparas, te sabría salada.

Aunque tampoco te lo permitiría. Primero te obligaría a lavarme. Sabes que me encanta el aseo. El sudor me gusta solamente cuando lo provoco yo.

Es la señal de mi victoria, y de tu rendición.

Tengo aquí el mando de la tele, y el volumen al mínimo.

No quiero que me oigan, aunque tampoco es probable, porque tengo las ventanas cerradas y a cada rato pasa un avión del aeropuerto de Malpensa.

Quiero que ahora veas esta película conmigo.

PLAY.

La cinta se pone en marcha, las luces del vídeo se avivan.

Chirría la bobina, empieza a correr y la pantalla se llena de carne.

No de carne mía; el vídeo de mi exhibición no lo tengo todavía.

Aunque probablemente tampoco te dejaría verlo. Te pondrías celoso.

Y me preguntarías quién lo filmó, quiénes salen conmigo.

Por eso quiero que veamos otro, mi preferido.

Las películas porno parecen carnicerías sin sangre ni vencidos.

Nunca rebobino las cintas. Las tramas me importan poco. Siempre voy a las escenas cruciales. Tengo películas que he ido grabando seguidas por la noche de los canales satélite.

FFWD.

Le doy al avance.

Siempre me salto las escenas en que sólo se ven mujeres chupando. Me aburren.

Los miembros viriles no son interesantes.

En cambio, las mujeres presentan mayor variedad. Sus sexos son arquitecturas vaginales de lo más inesperadas. Como las flores: te desafío a encontrar dos corolas iguales.

Aquí es así: incluso el olor es distinto. Se ve a simple vista.

FFWD.

Avanzo más rápido.

Me salto a las parejas; me salto las introducciones, los preliminares.

Voy al meollo.

STOP.

Quiero ver una película contigo.

Sí, lo quiero.

Dos es mejor que uno, más excitante. Ya sé qué te pasa: no te decides.

Ahora te libras porque no tengo más remedio que fiarme: no puedo verte.

Pero cuando estemos juntos, no sabrás si mirarme a mí o al vídeo.

Sentirás curiosidad por ver qué me interesa más, si tú o lo que veo.

Se me irá el santo al cielo, ya te lo digo, y tú tan contento.

Porque ver a una mujer mirando una película porno resulta excitante, ¿a que sí?

Tú, en cambio, no sabrás qué hacer.

Las imágenes te pondrán cachondo, pero querrás saber cuánto me mojo yo.

Y quizá temas parecerme asqueroso si miras la película y no a mí.

Hagámoslo.

Ni siquiera has de molestarte en conseguir el vídeo, yo lo llevo, yo lo organizo todo.

Yo hago las cosas feas por ti. ¿Con cuántas has visto una película porno?

Sí, llevas razón, soy una golfa. La gente acabará señalándome por la calle.

Soy una de esas a las que las novias de los tíos odian. No estoy hecha para ser esposa.

He errado en todo.

No soy mujer de mandiles, de hijos; no estoy hecha ni para tener relaciones normales. Soy infiel por naturaleza.

Razón tiene la gente, bien hace quien piensa mal.

Mírame a mí y mírate a ti. ¿Qué somos? ¿Cómo podemos llamarnos? ¿Amantes? ¿Amantes de quién? Sé que no estás enamorado de mí.

No le des vueltas: yo te digo lo que soy.

Soy la otra, la antagonista, la tía de la que no hablas ni a los amigos.

La tía a la que envías SMS a escondidas, a la que puedes decir: «No quedamos» un minuto antes de la hora de la cita.

Haz conmigo estas cosas. Lo único que quiero es quitarte el sueño. Y que te impacientes cuando me retraso.

Soy la molestia que te despierta por la noche con una poderosa

erección.

Quiero ser la única que te haga hacer eso que ahora estás haciendo ahí.

Nada de fotos de recuerdo en el escritorio, nada de fines de semana en el mar.

Olvídate de eso. Tú y yo estamos hechos sólo para esto.

¿Qué estás haciendo? ¿Aún consigues tener la mano quieta?

Quiero que te toques.

Pero despacio.

Quiero que bajes la mano despacio, que toques primero el vello, el pubis.

Quiero que me digas hasta qué punto la tienes tiesa, que la sopeses bien. Me gustaría estar ahí contigo y ver si lo estás haciendo, porque ten por seguro que no te dejaría en paz.

Me gustaría observarte, besar con los labios cerrados la punta húmeda de tu miembro.

Apuesto a que se encabritaría enseguida y daría coletazos.

Quisiera desnudarla despacio, descubrirla centímetro a centímetro, tomarla luego en la mano, tocarla con la punta de la lengua, notar a qué sabe.

Hacerle cosquillas, humedecerla lentamente.

Y luego besarla hasta el fondo, con la boca bien abierta, como se dan los besos serios.

Los besos de las películas.

Tú sólo verías mi cabeza subir y bajar, o quizá no, quizá cerrarías los ojos y reclinarías la cabeza.

Tú déjame a mí.

Estas cosas se me dan muy bien; soy doña mamada; me la meto y me la saco despacio, a ratos te miro y te sonrío.

Y, mirándote, paso de través la lengua todo a lo largo de ti.

¿Así te gusta más?

Te lamería incluso más, más, más abajo, y sentiría lo calientes que tienes las ingles, y apoyaría la cara en tu muslo. No, tranquilo.

No paro, no me canso de hacerte feliz.

Tocarte. Chuparte. Mordisquearte. Usarte. Probarte. Sentirte.

Lubricarte. Agitarte.

Mojarte. Sorberte. Olerte. Tragarte.

Y recomenzar una y otra vez, en distinto orden.

Luego me quitaría la camiseta que llevo puesta.

Quiero que me oprimas los pechos.

Hazlo con fuerza.

Me gusta, hazme gritar.

Pellízcame los pezones, que se me pongan rojos y duros.

Apoya la cabeza en el hueco de mi paletilla. Sé a mujer. Muerde ahí también.

Huéleme, aráñame la espalda.

Estréchame contra ti. Yo, mientras, sigo y me paso tu miembro tieso por todo el cuerpo.

Tengo los pantalones desabrochados, ya casi estoy jadeando; si oyeras cómo me late el corazón me creerías.

Escribo con la derecha, con la izquierda pienso en ti.

Así no es fácil mantener los folios quietos, pero lo consigo.

Mentiría si te dijera que es coser y cantar.

Los pantalones me los dejo puestos.

Quiero que tú te quites los tuyos.

Quítate todo, me gusta verte desnudo.

Me meto los dedos por debajo del tanga. Estoy mojada. Si los metes tú lo notarás.

Quiero que me toques.

Méteme los dedos mientras yo te toco.

Bien adentro.

¿Lo ves? ¿Ves lo que pasa cuando pienso en ti? Mete uno cada vez.

Primero el dedo medio, luego el índice. Pero despacio, no me hagas daño.

Me estás haciendo jadear.

Mételos y sácalos despacio, hazme caso. Yo voy a mover las caderas sin dejar de tocarte. Si ahora los sacas y los chupas, verás que saben acre.

No me lamas, hoy no quiero que me lamas. Deja que me siente sobre ti y mírame.

Ahora quiero que me mires a la cara mientras me clavo.

Mírame a los ojos, mira lo que me haces.

Mis labios se abren y tú penetras; esto es tener un coño: sentir como un puño en el vientre cuando entras, pero un puño que penetra de abajo arriba.

Es un cólico de amor, un borborigmo que empuja en dirección opuesta y cuyo único escape es un gemido.

Esto es tener un coño. Es poseer un sentido cuyo nombre ignoramos, que nunca nombramos al hablar. Es un lugar al que un macho tiene más derecho a mirar que nosotras.

Soy una pieza de puzzle cóncava y encajo a la perfección contigo. Sin manos, sin pies, me tocas en el más íntimo de mis rincones.

Me coloco sobre el bastión de tu sexo.

Me empalo en él, me yergo para hacerte perder el control.

Mírame: soy el mascarón de proa de tu cuerpo, ése es mi puesto: mirando a alta mar.

Quiero que sigas.

Y yo, mientras, miro también la pantalla. No te dejo solo tocándome.

STOP.
FFWD.

Rebobino porque pensar en nosotros me distrae.

Y me he perdido mi escena favorita.

STOP.

Quiero que sigas entrando y saliendo.

Súbeme y bájame, llena tus manos con mis glúteos. Mete el dedo en el orificio libre y yo te saboreo la lengua.

Sigue así, voy a gritar.

Mira, mira cómo te hinchas; cuanto más te excitas, más te siento.

Apriétame fuerte, déjame tu recuerdo en la piel.

Ahora quiero que me des la vuelta.

Ponme de espaldas, a cuatro patas, como si fuera una perra; es la postura que merezco.

Mira mi espalda perlada de sudor, los surcos de mis músculos.

Ábreme los glúteos con cuidado, lubrícate un poco la punta… Pon más saliva, más; soy estrecha y me dolerá.

Mírame antes de entrar, me estoy volviendo hacia ti.

Ábreme otro poco las piernas y agáchame más.

Aún más.

Aplástame la cara contra el cojín, hazme sentir todo tu peso.

Espera un poco, dame un respiro.

Quiero que seas implacable.

No hagas caso si te pido que pares, tú sigue, sigue hasta el final.

Ahoga mis gritos, es lo que merezco.

Echa más saliva si ves que no pasas y yo aprieto. Sigue, sigue aunque me rompas. Húndemela toda, hasta el fondo.

Olvídate de mí, no tienes por qué respetarme, por qué parar. Que no te importe. Sigue, acostúmbrame a la fuerza.

Al fin y al cabo, no estamos enamorados, no te andes con chiquitas.

¿No he sido quien te ha provocado? Peor para mí si lo paso mal.

Quiero que sigas hasta que te corras.

Sigue cada vez más fuerte. Luego dame la vuelta.

Dame la vuelta cuando vayas a correrte y eyacúlame todo tu orgullo viril en la cara.

Desquítate, yo me lo he buscado.

Quiero que me llames zorra.

Dilo. Lo soy. Porque sólo una zorra te chuparía la polla como ahora te la chupo yo, sonriendo burlona porque no puedes ni sostenerte en pie.

Quiero que me dejes chupártelo todo muy despacio y que te calmes.

Recupérate mientras yo te lavo a lengüetazos.
Yo he armado este follón, yo he ensuciado, yo limpio.
Respira tranquilo, relájate.

*

Ahora me toca a mí, es mi turno.

PLAY.
Ella es mi preferida.
Lleva un vestidito corto sin nada debajo, tiene el pelo largo y lacio y una cara perfecta, angelical.
Son dos y la desnudan torpemente, casi todo lo hace ella.
Esboza una sonrisa que desarma.
Ellos la penetran enseguida, sin ni siquiera bajarse del todo los pantalones.

FFWD.
Y casi inmediatamente stop; tiene dos cipotes duros en la boca.
Al mismo tiempo, y con la lengua fuera, y no deja de sonreír.

FFWD.
Ahora tengo ganas de correrme yo.
Lástima, lástima que no estés aquí; mi orgasmo sería más bonito.
Tengo la piel mucho más sensible.
Pronto tendré que dejar de escribir. No puedo hacerlo todo a la vez.
Tengo los dedos mojados, y los uso a la vez, de plano. Me los meteré muy pronto.

STOP.
Muy bien, esto buscaba.
Es la escena que más me gusta.

Ahora quiero que me mires.

Mientras, miro la pantalla. Es un primerísimo plano que ocupa toda la pantalla.

Me toco con la izquierda. Luego me meto un dedo. Estoy mojadísima.

A lo mejor mancho los pantalones.

Los dos la penetran a la vez; esta escena me vuelve loca.

No puedo seguir escribiendo.

Lo demás tendrás que imaginártelo.

Me hacen falta las dos manos. Las uso. Estoy tan excitada que no tardaré en correrme.

Me imaginaré tu lengua entre mis dedos, en medio de mis dedos.

Te imaginaré chupándome devotamente.

Dentro de un momento te dejaré para acabar. Es mi regalo: un orgasmo literario que te dedico expresamente; es escrito y hecho.

Puedes estar seguro de que es la pura verdad, y verdadero hasta el último suspiro.

Y ahora quiero pedirte una última cosa.

Quiero la foto de lo que hemos hecho juntos.

La última.

Quiero ver si de verdad lo has hecho, dondequiera que lo hayas vertido.

Quiero la foto de tu semen; sólo una.

La foto de tu satisfacción líquida, o de lo que queda.

Porque no acabo de creerme que hayas tenido valor para hacer lo que te he pedido.

¿Que sí, dices?

Entonces seguro que también tendrás valor para enviármelas.

Quiero que me imagines corriéndome, porque es lo que voy a hacer ahora mismo.

*

A la at. de Valentina Maran

Via C.na Ginestra, 4

21020 Mornago. Varese

*

Las fotos son nítidas, claras; tiene mano.

Las ha hecho con su cámara, una Canon digital que se compró hace dos años al doble de lo que cuesta ahora. Y me las ha enviado por correo electrónico.

Debo abrirlas sin que nadie las vea.

Estoy en el despacho y no quisiera que me sorprendiera alguien de pronto.

Tampoco él lo quiere.

Ha sido muy diligente y me manda más fotos de las que le pedí.

Unas diez, algunas de ellas muy pesadas.

Se ve que quiere que las tenga guardadas en alta resolución.

No eres el primero, ya otros me han enviado fotos.

Un audaz funcionario de Turín, un inopinado padre de familia.

Algún que otro maniático con blogs en Internet; gente algo más intrépida de lo normal.

Y ninguno se limita a lo que yo pedía.

Hay quien me manda cartas proponiéndome hacer sexo, quien me cuenta al detalle sus retozos solitarios con revistas y vídeos, quien no ceja y me escribe correos electrónicos sin descanso.

Los hay que sólo me envían un número de teléfono.

Yo no llamo a nadie, no hago nada. Únicamente quiero las pruebas.

Pido cierta cosa y sólo quiero ésa. No daré nada más a nadie.

Yo quiero mirar.

Él ha sido pródigo en iniciativas, generoso.

Ha cumplido con creces lo que le he pedido.

Da gusto tratar con gente como tú, ¿sabes? Adoro a los varones generosos. Y tú lo eres.

Se ha pasado hace un momento y desde la puerta me ha preguntado si quería un café.

Y ha añadido: «Te mando unas cosas», y aquí están.

Son sus fotos digitales. Las grabo una a una y las veo detenidamente.

El comienzo es más bien normal.

En la primera foto se ve el periódico, la fecha; es de hace unos días.

Luego la hora.

Ha usado su reloj de pulsera; eran las once de la noche, más o menos; las cifras del cuadrante de cristal líquido no se ven claramente y no distingo los minutos.

Enfocó y disparó.

Tiene un brazo hermoso, el pulso firme, las manos grandes.

Recuerdo bien la primera vez que, como al descuido, me acarició la espalda por encima de la ropa.

Paso a la siguiente.

Es una panorámica.

Su habitación; la reconozco, me la ha descrito. Tiene grandes espejos por todas partes, porque está bueno y le place mirarse. Es verdad, tiene un cuerpo espléndido.

Siempre lo he desdeñado por eso, pensando que incluso era antipático.

En el espejo se ve reflejada su novia.

Es mora.

Tiene abiertos los ojos y las piernas, sonríe.

Es la primera vez que un hombre me hace un regalo así. Ella es muy guapa y tú tienes buen gusto.

Hago clic, descargo la siguiente. Espero un instante. Alguien se acerca a la puerta, pero enseguida se aleja. La abro.

Se la ve a ella degustando su sabor.

Pareces realmente bueno.

¿Qué le has dicho mientras sacabas las fotos? ¿Que eran para mí?

¿O para otra? ¿Le has dicho que no era el juego de siempre?

Ella no se habrá extrañado porque está acostumbrada a verte hacer fotos, o filmar películas.

Seguro que tienes montones de archivos con las mujeres con las que has estado.

A él le gusta volver a verlas, volver a ver las cosas que ha hecho. Es un narcisista del sexo.

Del suyo y del ajeno.

¿Qué le has explicado a ella? ¿Sabe que estoy yo por medio? ¿Le has leído el cuento? ¿Le has dicho que te has masturbado pensando en mí?

Lo sé; lo veo por la manera como me miras y como nos cruzamos casualmente en los pasillos.

Total, antes o después lo haremos. Tú también lo sabes.

¿Qué quieres hacerme probar?

Abro otra foto. Se le ve a él penetrándola. Ella tiene los ojos vendados.

Lo esperaba. Ésta es otra de las cosas que me ha anticipado.

Y para la que tendré que estar preparada.

¿Por qué quieres hacerme partícipe? A mí me parece bien, pero dime por qué.

¿Está ella de acuerdo? ¿Es esto una invitación? ¿Quieres compartirla conmigo?

Sé que no eres celoso y que una de tus fantasías es verla con una mujer.

Pero ¿tiene ella también esta fantasía?

¿Qué le has dicho? Lo que le has hecho lo sé, me lo estás enseñando.

Me estás mostrando lo bueno que eres haciendo el amor. No lo dudaba, ¿sabes?

Desde que me hiciste sentir tus manos, tengo esta certidumbre.

Ni siquiera tu miembro encierra para mí sorpresas. Me has regalado una linda y clara imagen de tus centímetros desnudos, crudos y tragados.

Vale.

¿Y ahora? ¿Qué me estás invitando a hacer?

Abro otra foto, y otra. En todas se la ve a ella haciendo, complaciente, lo que él quiere.

De espaldas, o boca arriba; tiene un vientre precioso y un vellón oscuro.

Seguro que se lo afeitas tú.

Se la ve siempre con la boca abierta, aunque no creo que grite; respira, jadea.

Creo recordar que me dijo que no era italiana, pero no sé de dónde es.

En todo caso, no le has colocado bien la venda en los ojos.

Los nudos no se hacen en la nuca, sino junto a la sien, para que no se desaten. Apuesto a que no lo sabías.

Hay planos más amplios, detalles de su mutuo amor, de la generosidad de ella.

Me has dicho que estás muy enamorado. ¿Ese amor supone también el excitarme a mí?

Las escenas se suceden cada vez más agitadas; algunas fotos se ven hasta movidas.

Se ve que no querías pedirle que parase, o quizá pensabas que así plasmabas mejor lo que deseabas transmitir.

Bien.

¿Y qué deseabas transmitir?

Es muy probable que tú y yo follemos; mejor dicho, estoy segura.

Pero ¿esto qué es? ¿Una invitación? ¿Quieres que me haga a la idea de hacerlo con ella? ¿O querías ver si me escandalizo?

No.

No me escandalizo en absoluto; excitarme sí, muchísimo.

¿Y ahora? ¿Qué haces ahora?

Tres fotos más. La apoteosis: ella, sin venda, te mira y espera con la boca abierta.

Sí, guapa de verdad, me gusta.

En la siguiente se te ve a ti; tus chorretones que la bañan de gozo; tú y tu bendición.

Ésta me la quedo como regalo, la guardaré con mis cosas preferidas.

No te enfadas si la uso para masturbarme, ¿verdad? No, claro que no.

Por cierto, te doy mi enhorabuena; te das maña, las fotos son

muy buenas.

Aunque date cuenta, tienes el típico defecto de los hombres: te concentras demasiado en el aspecto visual del tema, en la epidermis de la imagen.

Falta sustancia, ¿entiendes? Falta el sabor de ella, el sudor.

Falta lo que ella te dice, lo que le susurras tú.

Aquí sólo se ve lo bueno que eres follando, y eso no lo ponía yo en duda.

Me falta ella.

Me falta su parte genuina.

La exhibes, pero lo haces más para mostrarme tus dotes que las de ella.

¿Por qué? Si querías que la conociera, tendrías que haber hecho algo distinto. ¿No crees que era ella quien tendría que haberte hecho fotos a ti? ¿No habría sido mejor?

Así habría visto yo lo buena que es ella, lo que sabe hacer, cómo te hace gozar.

Si querías regalármela, tendrías que haberle dejado hacer todo a ella.

Hacerme entrar en su piel, eso habría sido otra cosa.

Ya te lo he explicado.

¿Y por qué no me has enviado una foto de ella corriéndose? ¿Eh? ¿Tenías las manos ocupadas?

Pero hasta ahora las has tenido libres.

¿Qué sucede? ¿Es que no está guapa tu chica cuando se corre?

No lo creo.

¿Tiene un orgasmo poco ostensible? Dime qué hace: ¿es un paroxismo mudo? ¿Se hace un ovillo? ¿Jadea y luego se despide de tu sexo? ¿Qué hace? ¿Por qué no me lo has mostrado?

Aún te quedan unas cuantas cosas que aprender.

Abro la última foto.

Se le ve a él, solo, reflejado en el espejo del baño.

Me mira a los ojos, lleva el pelo suelto.

Le cae por los hombros.

La cámara lo ha inmortalizado en el instante del flash.
No sonríe.

Yo de ti aún no he obtenido ni una sola de las cosas que espero.
¿A qué jugamos? Yo voy en serio.
No creas que voy a hacerme la estrecha. Ahora mismo voy para allá y te doy una cita. Pido las llaves y te llevo a un sitio donde estaremos solos.
Donde te haré lo que nadie te ha hecho nunca. Te lo haré yo la primera.
Coge la cámara de fotos si quieres. Llévala, sí. Haz fotos.
Estoy guapísima.
Yo te explico lo que quiero de ti.

Mejor, lo cojo por mí misma, así es más rápido.

Guardo las fotos en el escritorio.

Son las cuatro menos cuarto de la tarde del 3 de diciembre. Él está cerca, en el despacho contiguo.

Vale.
Te lo has ganado.

Guardo el documento y voy para allá.

La toalla

Me seca casi sin darse cuenta.

El orgasmo lo deja siempre exhausto, incluso triste.

No me mira a los ojos, sino la piel, el cuello.

Limpia las salpicaduras que ha dejado sobre mí.

El viscoso reguero arranca casi del ombligo, es una efusión de goce.

Su cuerpo ha querido festejarme cubriéndome de confeti y estrellas fugaces blancas.

Pero ahora toda su alegría ha desaparecido, y está serio.

Inexpresivo.

Como ausente.

Me atiende por cumplir, como se hace con los perros mojados para que no ensucien el suelo.

Enrolla la toalla y me la pasa por encima; la fibra absorbe su gelatina. Pero lo hace sin esmero, ni siquiera pasa la mano para ver si queda bien.

Quizá toda la admiración que me profesa se agota con el orgasmo.

Aguardo.

Ahora se limpia él. Tiene la piel completamente bañada en sudor, desprende un olor dulzón.

Sabes bien, tu piel rezuma azúcar, aunque tu cara dice algo muy distinto.

Va a lavarse.

Yo permanezco tendida en el suelo. A contraluz se ve el semen como un velo semitransparente, como una finísima capa de piel

suplementaria. Es la pátina que has dejado para protegerme, aunque protegerme no sé de qué.

La habitación está en penumbra.

Tiene los libros ordenados según el color, con los lomos bien a la vista.

Libros tiene muchísimos. Veo también sus cremas de masaje, que hoy no ha usado.

Suena su móvil. Reaparece con un botellín de agua mineral.

Yo sigo quieta, haciendo de alfombra, una alfombra más bonita que la de Ikea.

Hay quien pagaría por amueblarse la casa conmigo, ¿qué te crees?

—¿Sí?

…

—Sí, soy yo…

Da un suspiro.

—Hum…

Da otro suspiro.

—Vale.

Inspira.

—¿Se puede ir con el transporte público?

Espira.

—De acuerdo.

Asiente.

—Hasta luego.

Cuelga.

No creo haber oído nunca a nadie hablar tan despacio.

Deja el móvil sobre la mesita, junto a la botella de agua.

Me mira.

—Dios, qué cansancio.

¿De qué? ¿De estar de pie o de contestar?

Echa atrás la cabeza, suspira de nuevo. Da la impresión de que, si no fuera por los dos tensos tendones del cuello, la cabeza de brillante cuero cabelludo se le descolgaría y rodaría bajo el mueble.

Pero no, sigue ahí, sobre sus hombros estrechos.
Mira a un sitio y otro, piensa.

El miembro se le ha desinflado y parece un pellejo. Antes le bastó con verme desnudándome para que se le hinchara.

Yo hago funcionar la circulación de tu sangre; si no fuera por mí, tu cuerpo se gangrenaría. Tendrías que hacerme un regalo, o al menos darme las gracias por las muchas veces que les he recordado a tus venas que te mantengan vivo.

Hago funcionar tus vasos comunicantes.

—¿Tienes sed?

—Hum —digo que no con la cabeza.

No.

Se acerca cansinamente; es como si arrastrara un peso cien veces mayor.

Casi parece que el parqué fuera a ceder.

Se tumba junto a mí, boca arriba.

Yo no tengo sueño, no estoy tan cansada. Todo lo ha hecho él.

Me ha paseado clavada por el cuarto; soy su marsupial de piel y uñas. Le gusta ponerme sobre las mesas.

Tiene una mesa baja, blanca, junto a la cama. Es su punto de apoyo favorito. Seguro que le pidió sonriendo a la dependienta que se pusiera junto a ella para medir la altura.

Y se la imaginó agachada, como hace poner a todas las que se trae aquí. Y entonces se decidió.

—Ésta va bien —dijo seguramente, figurándosela con el culo en pompa.

Y a saber si no se la trajo de verdad.

Sobre la lavadora no lo hemos hecho nunca.

Lástima. Lo cierto es que ahí no lo he hecho con nadie.

Habría que elegir el mejor momento, con el tambor lleno y el centrifugado al máximo.

¿A que sí? Aunque no creo que los vecinos te permitan ponerla a cualquier hora.

Me sorprende que no hayan aporreado la pared, o directamente

la puerta, porque armamos un jaleo de mil demonios.

Casi de inmediato empieza a roncar.

Me hace gracia. Siempre procura guardar cierta compostura.

Como si no quisiera darme mala impresión.

Después del orgasmo, cuando se le relajan todos los músculos, siempre se encierra en sí mismo.

Así, cuando te quedas vacío, me causas mayor impresión, ¿lo sabías?

Tiene un trasero bien torneado, perfecto.

Debe de ser un don de la naturaleza, un regalo que le hizo su madre sin querer, porque el resto del cuerpo deja mucho que desear. No pasará del metro setenta.

Nunca me ha regalado flores. Sólo una vez un libro. Y una agenda que le sobraba y que me endosó como podría habérsela endosado a otro.

Nunca he sabido si me prefiere con zapatillas de deporte o con zapatos de tacón.

Creo que le interesan más los orificios de mi cuerpo.

El coño, el culo, el ombligo, la boca, las orejas.

Le gusta hablarme a media voz mientras me monta por detrás, como hacen los animales en celo.

Dice que parezco un dibujo, que soy exagerada. Siempre me pone debajo, y a menudo de espaldas.

—¿Tú te das cuenta de lo que eres?

Me lo pregunta mordisqueándome el lóbulo de la oreja.

Me observo.

Llevo un collarcito de cuero que parece separar la cabeza del resto del cuerpo, aislarla, y que la vuelve obscena.

Tengo la boca entreabierta y mi culo alto golpea contra su tripa.

Mido un metro cincuenta, soy italiana, tengo la piel clara, eso es todo.

¿Qué más puedo decir?

Imagino que me preguntas solamente por la envoltura de mi ser, porque me temo que el resto no te interesa… ¿O sí?

Una vez me pidió que me quedara con las botas altas y unas medias que me llegaban por encima de la rodilla.

Otra vez fue él quien se quedó con los zapatos y unos calcetines de colores.

Quizá para ver qué efecto hacía.

Lo acaricio describiendo desde la nuca hasta mitad de la espalda una línea recta que lo divide en dos.

Un vello fino cubre todo su cuerpo.

Me tiendo sobre él con cuidado, ingrávida, y lo beso alrededor de la oreja.

Quisiera hacer lo que tú, quisiera decirte todo lo que pienso, quisiera mantenerte despierto, quisiera que sintieras el embarazo y el contento que me haces sentir tú cuando me dices que parezco un dibujo de tebeo porno.

O cuando me susurras todas tus fantasías.

Lo rozo suavemente con los pechos. La pelusa de mi entrepierna le rocía los glúteos.

Estoy mojada.

No te duermas, no quiero que te duermas.

Le restriego espalda abajo, lentamente, mis pechos túrgidos, que colman los huecos de su cuerpo, y le doy besos leves en las paletillas.

Besos evanescentes que se evaporan sin que él se dé cuenta.

Me deslizo arriba y abajo pegada a su espina dorsal.

Despiértate.

Mis labios grandes están tan húmedos que le estampan besos sonoros en las nalgas.

Y la carne de mis pétalos lo baña en clara de huevo.

Despiértate.

Le abro las nalgas, paso la lengua por donde la piel se une y desciendo; el vello se vuelve más tupido, se lo perlo de saliva.

Va, despiértate.

Sigo bajando.

Llego al orificio, lo lamo primero describiendo amplios círculos, después círculos cada vez más ceñidos al centro, donde el encarnado de la piel se vuelve más oscuro.

Parezco un gato perezoso que lava a otro gato.

Huele mucho a sudor, a cerrado, a piel frotada. El agujero tiene pliegues, como si hubieran chupado algo agrio, y que al contacto de mi lengua se reblandecen.

A cada lengüetazo, levanta los glúteos y abre las piernas.

¿Ves como no estás durmiendo?

Tengo las manos llenas de carne. Me abro paso cada vez más. No se resiste. Por el modo de respirar, diría que le gusta.

Desocupo una mano, paso el dedo por las zonas que he humedecido.

Y sigo, sigo lamiendo. ¿Te das cuenta? Has ocupado mi lugar. Ahora eres tú quien está a cuatro patas ante el espejo.

Tú quien comba la espalda como la combaba yo.

Pero él sigue con los ojos cerrados. Al final los abre, aunque no se mira, sino que se vuelve hacia mí. Yo siempre me miro en el espejo cuando me pones debajo.

Me miro y veo que tienes razón: soy guapa, respondo perfectamente a tus deseos.

Desciendo más con la lengua.

La paso por donde la piel se une de nuevo sin cicatrices.

—¿Qué me haces?

¿Me lo preguntas porque te sorprende o porque de verdad quieres saberlo?

—Nada, no te hago nada. —Y vuelvo a aplicar la boca a esas zonas que ninguna suele tocarte.

No es una postura muy cómoda.

Él está ya a cuatro patas y me deja hacer lo que quiero.

A ratos mira al espejo para ver cómo me muevo.

Me deslizo por debajo sin darle tiempo a comprender.

Y lamiéndolo y tocándolo me meto lentamente entre su cuerpo y el colchón, me tiendo entre sus piernas. Con las manos bien plantadas en sus nalgas, lo guío hasta mi boca.

¿Sabes lo que vendría bien ahora?

Una guapa moza que me chupara. Quisiera saber cómo lo hace una mujer. Quisiera gozar del espectáculo ahora que tu sexo me abulta las mejillas.

Quiere verme, lo sé. Quiere verme porque sabe que sonrío incluso estando así.

Se me sienta en el esternón, descansando sobre los talones para no pesarme demasiado; se inclina hacia delante y su miembro me rebota en los labios, en la nariz.

Luego me posa las bolsas de piel en los ojos, y me da la impresión de tener un par de huevos sobre los párpados; esta obscena ceguera momentánea me hace reír.

¡Se te ocurre cada cosa!

Se mueve un poco y vuelvo a ver.

Sonríe.

Le cojo firmemente el pene por la base, le retiro la poca piel que aún no está tensa y me acerco la punta a la boca.

Soplo un par de veces y digo alto y claro:

—Hola, soy Valentina, de Varese, y quería saludar a mis amigos.

Rompemos a reír. No se lo esperaba.

¿Qué quieres? El amor no puede ser una cosa seria.

No para nosotros, que nos vemos de uvas a peras, cuando las otras te dejan un hueco en la agenda.

Se levanta. ¿Y ahora adónde vas?

Coge la botella que ha traído y bebe; la agita hacia mí.

—No.

No, no quiero.

Lo que quiero es que hundas la cara en mi entrepierna y cumplas con lo que me corresponde.

¡Despiértate!

Se pone a mirar el móvil.

…

Vale, pues empiezo sola.

Me acaricio mis partes, tersas. Estoy chorreando. Los dedos recorren rápidamente el centro y enseguida llegan al fondo.

Estoy lubricadísima y me penetro fácilmente. Trabajo con la derecha, con la izquierda me abro los labios. Al poco saco los dedos

y compruebo a qué saben.

Saben bien, hoy no estoy particularmente acre.

Me vuelvo hacia él chupándome el dedo medio.

Aún tiene la botella de agua en la mano.

Lástima que tu móvil no permita hacer fotos; si no, te haría un buen regalo.

Deja la botella y sin dejar de mirarme, empieza a menearse el miembro, que vuelve a señalarme ganoso: está diciéndote que me quiere.

Escúchalo, ¿no?

Por fin se acerca, se arrodilla ante mí. Yo sigo a lo mío. Me coge la mano y la lleva a mis pechos.

Me abre más los pliegues entreabiertos, ya listos.

Mete ahí la lengua y poco a poco empieza a chupar con avidez.

Yo cierro los ojos, los abro, miro al techo; lo siento todo. Observa atentamente el movimiento de mi caja torácica.

¿Estás contando los lametones que has de darme para que me corra?

¿Cronometrando el tiempo que tardo en asfixiarme en la zambullida del placer? Depende de ti, y de tu lengua, que sabe a agua mineral.

Y depende también de si me pongo o no a pensar en los libros que tienes en las estanterías de Ikea.

Y de cuándo quiera yo sucumbir e irme de tu casa, pues ya veo que tienes cosas que hacer y acabas de recibir otro mensaje en el móvil.

Entendido.

Pero ahora goza del espectáculo.

Sucumbo, la respiración se me acelera, el placer me ensordece.

Me estremezco y me hundo.

Le retiro la cabeza y prorrumpo en gritos, temblando convulsa.

Es como recibir un electrochoque mientras alguien me grita a cada espasmo: «¡Da rienda suelta a todo!».

Yo doy rienda suelta a todo.

A la garganta, al placer, a la rabia; vierto clara de huevo y lágrimas. Y me dejo traspasar de voluptuosidad como una santa Teresa en éxtasis.

Contempla sin prisa mi larguísimo orgasmo y envidíamelo.

Durará unos minutos.

Ya tendrás tiempo de responder a tus mensajes.

Smoke

Pido excusas y me levanto de la mesa.

El baño está dos estancias más allá, cerca de las mesas más apartadas.

El busto de un Cristo sonriente traspasado de cuchillos hace guardia ante la puerta.

Pero eso no me hace sentir más segura.

Entro.

Los azulejos están húmedos y por la ventana abierta entra un vientecillo fastidioso.

Estamos a principios de febrero y mañana es mi cumpleaños.

Pensaba que en Cuba haría más calor.

Echo el cerrojo, miro que el eje del váter esté limpio y luego me coloco sobre tres capas de papel.

Pero no me siento, sino que permanezco suspendida sobre esa especie de boca abierta a la nada, sobre ese pozo sin fondo.

¿Hasta dónde llegarán las tuberías? ¿Habrá alguna alimaña trepando por ellas?

Me apoyo con las manos.

Hacer pis así no es nada fácil.

Inspiro, espiro; tengo que relajarme.

Miro el aparato de jabón del lavabo, trato de descifrar lo que pone, de saber a qué huele, me esfuerzo por no escuchar las voces que llegan de la galería exterior.

En la oscuridad se ve una lucecita, una chispa suspendida en el aire.

A ratos se vuelve más intensa.

Es alguien que fuma.

Seguro.

No puede ser sino el ascua de un puro.

Está mirándome. La luz del baño está encendida. Él puede verme a mí, yo no puedo verlo a él.

O quizá me equivoco, y mira más allá, al patio.
¿Quién será? ¿Cuántos años tendrá?
A lo mejor lleva horas ahí, espiando a las señoras que dicen ir al baño a empolvarse la nariz y en cambio hacen otras cosas.
El ruido de mi chorro primero flojo y luego más copioso no parece inmutarlo.
Me suelto, dejo de apretar el bajo vientre como si fuese un puño de labios.
Pues sí, si quieres mirar, mira, no me importa.
Pronto el caudal disminuye.
Y cesa.
Me levanto y me limpio.
No debo de haber dado un gran espectáculo, agachada de ese modo.
Me subo las braguitas. Alguien gira la manivela.
El del puro sigue allí, inmóvil.
Vuelven a intentarlo. No soporto a la gente que insiste. Si está cerrado, está cerrado, ¿no?
Me lo tomo con toda tranquilidad. Me lavo las manos con más esmero que de costumbre, compruebo el maquillaje. Aunque quisiera retocarme no podría, porque no me he traído nada.
Me lo he dejado todo en el bolso.

Con el papel de secarse las manos hago una bola, la lanzo a la papelera y yerro. No la recojo, la dejo en el suelo. Así doy quehacer a los de la limpieza.
Salgo. Fuera no hay nadie esperando, pero en cuanto me alejo se levanta un bulto de una mesa próxima.

Vuelvo a la mesa donde están los productores. Hemos venido a La Habana para filmar un anuncio de galletas con chocolate que harán engordar a los niños europeos.
Ya casi hemos acabado de cenar.
Los hombres se levantan. Se han pasado toda la noche riendo, a veces sin motivo, y lanzándose pullas. Se despiden de nosotras sin tomar café y piden que los lleven a cierto sitio que no nos dicen;

son como camaradas cómplices y vulgares, cerdos que se desplazan en manada.

No los veremos hasta la mañana siguiente.

A nosotras, las mujeres, no nos está permitido divertirnos como ellos. El presupuesto de producción solamente prevé dólares para pagarles a los hombres del equipo putas de local nocturno, no hombres que nos hagan compañía a nosotras.

Creen ellos que nosotras no hacemos esas cosas.

A mí esta idea me enternece. Creen que somos insípidas, sosas, asexuadas. Si se dignaran hablar un ratito conmigo, verían que podría unirme a ellos tan campante.

Ir a algún lugar, pescar del montón a algún tío que me guste físicamente, tumbarlo un par de horitas en algún apartamento privado a cuenta de la Saiwa, nada más sencillo.

Lo haría, y hasta con cierta avilantez.

Los que no lo harían tan espontáneamente son ellos: se sentirían cortadísimos de mostrarse como son.

Yo no dejo de ser toda una señora, incluso en pleno orgasmo.

Nos quedamos una media hora más, los hombres estarán ya metidos en faena.

Cuando salimos, mis compañeras empiezan a hacerse fotos en la escalera de mármol, yo me quedo rezagada.

Salgo a la galería y busco al hombre del puro.

Lo veo.

Está oscuro, oscuro como el tabaco que fuma, y apenas si distingo sus rasgos. Se queda mirándome. No le veo las negras pupilas, solamente el blanco de los ojos. Se quita el puro de la boca.

—*Smoke?*

Chapurrea el inglés, como yo.

Se busca en el bolsillo, saca unos puros desparejos, dos de ellos enfundados en un tubo.

Seguro que los ha robado de las tiendas de los hoteles.

Aquí quien más quien menos manga lo que puede y lo revende, el caso es ir tirando.

Cojo uno con tubo.

Le doy unos dólares de más.

A punto estoy de preguntarle si conoce a alguien que quiera hacerme compañía. A él no puedo llevármelo a la habitación porque a los cubanos no les está permitido entrar en los hoteles.

Tendría que fiarme e irme con él a algún cuarto, a saber dónde.

Demasiada molestia por una diversión costosa que, a diferencia de los hombres, no me será reembolsada.

Vuelvo con las otras. Regresamos al Nacional.

Me tumbo en la cama y miro fuera. Se ve el Malecón y ventanas sin luz porque no hay electricidad.

Recuerdo que llevo mi *souvenir* en el bolso.

Lo saco: es un Don Tomás, que el tipo robaría a cualquiera y que yo he comprado para distraerme mientras mis compañeros están ocupados.

Cuando vuelvan a Italia, también ellos dirán que ésta es la isla de la felicidad masculina.

Quizá. Pero sale por un ojo de la cara y a tanto la hora.

Desenrosco el tapón del tubo color paja.

Saco el puro, muerdo y escupo la punta, como he visto hacer en las películas, y lo enciendo con las cerillas del hotel.

Doy una calada, me atraganto y rompo a toser.

Chupar pollas se me da mejor.

*

Al entrar le he dicho que el bronceado que cogí en Cuba ya se me ha ido.

Él contesta que no importa, que le gusto también blanca y que me ha echado de menos.

Me he peinado con trenzas y me he puesto unas medias que me llegan hasta media pantorrilla.

Salgo del cuarto de baño sin más prendas que las medias y unos zapatos de tacón. Él me espera en la habitación.

Está aún vestido. Sólo se ha descalzado y está de pie con el móvil en la mano. Al verme aparecer, lo apaga y se queda mirándome sorprendido.

No se lo esperaba.
Me quedo en la puerta y me echo a reír.
Sé que cuando me peino así, parezco una cría desvergonzada.
Lo miro enrollándome una trenza en el dedo índice.
Viene hacia mí.
—Madre mía…
Me toca incrédulo el pelo, palpa las gomas, con el pulgar y el índice tienta las trenzas para ver lo espesas que son. Las empuña fantaseando con lo que dentro de poco podrá hacerme. Yo descanso la cabeza en su pecho.
Hace un poco de frío. Deseo que me caliente, que me proteja.

Hoy quiero sentirme más fuerte que tú.

Tiene unos bonitos labios carnosos, y mueve la lengua en mi boca como si estuviera hablando, frases largas y pausadas, rimas que casi me sacan los colores.
Me toca largo rato las caderas, la espalda, me aprieta una nalga.
Luego me da un azote que resuena en el cuarto semivacío. Le he dado permiso para pegarme, aunque sin especificar con cuánta violencia, y de momento esto es lo máximo que se concede. Le he dicho también que puede darme fuerte, y creo que la cosa lo tienta. A lo mejor, en el ardor del sexo, acaba pegándome en la cara, a lo mejor adivina que en ciertos momentos es lo que quiero.
Me da la vuelta, me inclina hacia delante. Yo apoyo las manos en la cama, abro las piernas, contoneo las caderas y de reojo miro la cara que pone.
Se arrodilla y me quita las bragas. Luego se quita la camisa, los vaqueros sin forma. Lástima que no lleve cinturón.
Me gustaría que me refregara el cuero por el cuerpo, excitarme con el frío de la hebilla.
Me besa en las ingles, el pliegue tirante de los glúteos.
Un buen rato.
Y, mientras, sus manos me recorren muslo arriba, espalda abajo.
Estoy excitadísima, deseando que hunda ya la cara en el centro de mis pensamientos.
—Aún no… Quiero mirarte.
Se apoya sobre mí. Aún lleva puestos los calzoncillos, que a duras penas contienen cuanto de mí está saboreando por

anticipado, pensamiento tras pensamiento.

—Te he traído una cosa.

Se agacha, busca en su bolso —que él lleva en bandolera—, no la encuentra.

Yo aguardo con la cara apoyada en el colchón, meciendo las piernas y observando ese rostro que me trae de cabeza desde hace un año.

Si supieras la cantidad de gente que te ve desnudo cuando yo te desvisto, cuando hacemos el amor.

Saben de ti lo que yo sé.

Si te vieran la cara, los modos, apañada estaría.

Todas te querrían. He resuelto hacerte menos guapo, no perdonarte los defectos. Por celos.

Porque te quiero sólo para mí, porque ninguna sería capaz de hacer lo que yo hago.

Tendrías que salir conmigo.

Me mira a mí y sigue buscando a tientas entre sus pocas cosas.

Tu padre debió de ser un hombre muy apuesto.

—Aquí está.

Lo va sacando despacio: es una cinta azul.

Parece un accesorio de mujer, un adorno de pasamanería. Sin arrugas, perfectamente liso. No le pregunto de quién es, prefiero no saberlo.

Déjame pensar la más obvia de las mentiras. Déjame creer que has entrado en una mercería y la has escogido para mí, pensando que me quedaría bien, tentando su textura para asegurarte de que era la que buscabas.

—Es para atarte. ¿Quieres?

—Hum.

Se sienta a mi lado en la cama. Yo me doy la vuelta y le tiendo las muñecas, sumisa.

—Así me gusta.

Me enrollo la cinta y la anuda con cuidado.

Se nota que nunca lo haces. Quien tiene práctica procede con más decisión, sabe medir la presión sobre la piel.

Sabe cuánto espacio ha de quedar entre el hueco de la palma y la cinta para que ésta no duela.

Si te lo hiciera yo, enseguida advertirías la diferencia, tengo mucha práctica. Ya te enseñaré, descuida.

—¿Te hace daño?

—No.

Me han atado y colgado con pinzas en los pezones; eso sí hace daño, no esto.

Disfruta del espectáculo.

—Déjame probar una cosa.

Es algo que viene pensando hace tiempo: se planta ante mí y me hace que le chupe las abundancias de piel sin que yo pueda hacer nada con las manos.

Al rato me ve abrir la boca y me llena de sí las mejillas, y sale.

Lo repite a intervalos regulares, y cada vez que me hiende las papilas me arranca un hondo jadeo.

De pronto me coge de las trenzas y, de un tirón, me atrae hacia sí. De este modo me tiene sujeta todo el tiempo que puedo soportar.

Tenías razón: hacerlo así es difícil. Es lo que él llamó una vez «mamada violenta».

Estoy supeditada a lo que decida, a lo que desee.

Me retiro un poco, porque casi me llega a la garganta.

No lo hagas muy fuerte o no aguanto.

Para.

Respiro profundamente, como si me faltara el aire. Y entonces empiezo a entrar y salir yo, porque quiero ser quien decide lo que me gusta y cómo has de hacérmelo.

Trabajo con la lengua todos y cada uno de sus centímetros. No sabe a nada. Es todo dureza.

Le chupo la punta ávidamente. De ahí no sale nada, no me dispensa ni una gota, pero de su boca sí salen gemidos, gemidos de aprobación. Me tiene firmemente enganchada, está resuelto a tributarme su homenaje de semen.

Se detiene un momento. Alterna los besos que yo le doy en el glande con los que él me da en la boca.

Palpa con los dedos cuánto me ha gustado dedicarme a él.

Empapa las yemas y me hace saborear la miel que mi cuerpo segrega por él.

Sé bien. ¿Ves? Contigo soy toda azúcar.

—Túmbate.

Yacer con las manos atadas a la espalda no resulta precisamente cómodo.

Empieza a hablarles a mis cavidades, pero yo no lo miro.

Cierro los ojos para escuchar mejor el monólogo que dirige a mis pétalos y a mi vellón.

Al poco se interrumpe y me anuncia que tiene otra sorpresa para mí. Es el día de los regalos. Busca de nuevo en su bolso.

Yo sigo boca arriba, paciente.

—Aquí está. Levántate.

Decirlo es fácil.

Tiene en la mano un pañuelo negro; confecciona rápidamente una tira plana.

Me ayuda a sentarme, con el pañuelo me venda los ojos y me lo ata a la nuca.

Ya te enseñaré yo cómo se hace; verás que el nudo se hace a un lado, para evitar que se suelte. Te lo explicaré cuando esté segura de que no te escandalizas.

—¿Ves algo?

Sólo negro, el negro muy intenso de mis párpados cerrados. Noto la tela tersa, limpia, recién planchada. Por favor, no me digas que eres tan aseado. Con tus tatuajes y tus mechas, no te imagino de perfecto amo de casa. No podría soportarlo.

—Oh… Eso es…

Su voz suena distinta. Ahora que no puedo verlo, ahora que mis miradas no lo cohíben, ahora que puede hacerme lo que quiera, su voz no tiene el mismo tono que antes.

Es distinta.

Y también su manera de tratarme es distinta. Ahora soy una muñeca.

Me susurra al oído, quedamente.

—¿Has hecho los deberes?
—Sí.
—¿Lo has traído?
—Sí.
—¿Dónde está?
—Ahí.
—¿Qué es?
Sonrío. Si quieres saberlo, ve a buscarlo. No te diré qué juguete he comprado para este encuentro.

—Ven.

Me tumba de nuevo, me guía con las manos.
Distancias, percepciones, medidas, todo queda anulado. No tengo más remedio que fiarme de él. Tengo la sensación de ir a caerme en cualquier momento.
Si no fuera porque sus manos me tienden y colocan debidamente, podría venirme de la cama al suelo.
Si no fuera por su presencia cercana, acabaría precipitándome en un abismo muy negro.

Tumbada como antes, todo mi peso reposa en mis manos. Trato de desplazarlas a un lado, pero apenas lo consigo. Para no cortar la circulación de los dedos, procuro mantener la espalda arqueada.

Nuevamente me da a probar su sabor, ahora más despacio.
Me tiene levantada la cabeza como se hace con los enfermos a los que se da de beber. Me trata con cuidado, como si fuera de preciosa porcelana, como si de un momento a otro pudiera hacerme añicos.
Como si el colchón pudiera dañarme.

Luego se incorpora, me abre y me hace a mí lo que yo le hacía a él.
Y lo hace bien.
Maravillosamente bien.
Goza de cada uno de mis gemidos. No sé qué le gusta más, si lo que yo le hago a él o lo que él me hace a mí.
Así sigue un buen rato, con la boca y con los dedos,

interrumpiéndose cada cierto tiempo para que mis humores no me dejen insensible.

Luego se echa sobre mí, invertido.

Y me hallo como antes, con toda su virilidad amordazándome.

Me deslizo hacia el borde de la cama para, cuando acelera, poder descolgar la cabeza y respirar.

—Oooh, Vale… Vale… Qué buena eres —repite como un mantra.

Yo adoro que me digan que soy buena.

Me vuelve loca, vamos.

—Date la vuelta.

Me gira.

De bruces contra el edredón, he de tener cuidado de no asfixiarme.

Me muevo lo justo.

Descanso sobre la mejilla derecha.

—Espera, levanta, que te meto esto debajo.

Me mete la palma de la mano por debajo del vientre e introduce un cojín.

Luego lo desplaza hacia atrás, a fin de que mi culo quede bien en pompa, bien accesible. Y no sólo el culo.

Me propina un par de azotes.

Oigo que desenvuelve algo, que se lo pone.

Vuelve a acariciar mis redondeces, se me encarama a los hombros.

Y haciendo peso hacia delante me penetra.

—Oh… Qué precioso coñito. Parece hecho para mi polla…

Ja, lástima que yo no parezca hecha para ti, porque, si no, me llamarías más a menudo, me preguntarías qué tal, vendrías a recogerme al trabajo.

Me chupa una oreja, yo respiro con dificultad.

Se coge de mis trenzas y me cabalga.

Para penetrar más hondo me toma también de los hombros y me acopla perfectamente a su miembro, sin tregua.

Solamente se interrumpe para subirse con las uñas el preservativo, que se le sale a cada rato.

Me da pánico que se me quede dentro. Una vez me ocurrió y sacarlo no fue nada divertido.

Se lo ajusta, lo sé porque ha salido y noto que mis labios retienen levemente la goma.

Enguirnalda su pene y vuelve a la carga.

Luego me gira, me arrastra hasta el borde de la cama y prosigue sujetándome los tobillos en alto en una V perfecta.

Cuando me canso de tener las piernas alzadas me las apoya en sus hombros.

Me despeinaré, lo noto.

La venda se está aflojando. Se lo digo.

—Está soltándose.

—¿Qué? —No para. Repetírselo es un poco complicado.

—Está… soltándose —digo con un jadeo.

—Ah.

Para, sale.

Me pone de lado.

Me aprieta la venda sin quitármela. No quiere que lo vea.

Desea robarme toda la intimidad del momento.

No quiere dejarme imágenes, visiones. Sólo sensaciones y ritmo de cuerpos, como si fuéramos pura música.

No hay partituras. Hoy únicamente lo que él quiere que escuche. Él compone y él dirige, él marca el ritmo, él da el compás, él percute la piel y decide las pausas.

¿Por qué no me dejas ver nada?

¿No soportas mi mirada y sólo quieres mis orificios?

—¿Dónde está?

Quiere mi juguete, el que me he traído y tiene permiso para usar.

Te digo que lo busques tú.

—En el bolso.

Se levanta.

Apenas lo oigo cruzar el pasillo. Va descalzo y sus pocos kilos casi levitan sobre sus pies.

Tarda un rato, estará rebuscando en mis cosas.

Espero que su sentido del humor no lo lleve a confundir el paraguas de bolso con el objeto en cuestión.

Tendría que explicarle que no ha entendido, y sería embarazoso.

Estará hurgando entre salva-slips y cosméticos, y preguntándose cómo diablos me las arreglo con semejante desorden.

Vuelve.

—Es esto, ¿no?

Me pone boca abajo y me pasa el cilindro metálico desde el arranque de las nalgas hasta mi húmedo centro.

Sí, eso es.

—Don Tomás Corona Grandes; buena idea, sí señor.

Lo introduce lentamente entre mis acogedores labios.

Me observa muy de cerca, lo noto por su respiración y por la atención casi quirúrgica que pone.

El primer contacto con el cilindro es frío, luego el aluminio toma mi misma temperatura interna.

Mejor sería que fuera ondulado.

Que tuviera protuberancias, algo a lo que mis labios pudieran aferrarse. Esa superficie sin irregularidades surte poco efecto. Mucho más excitante es el saber que me lo hace él.

Que me mira, que quizás es su primera vez.

Lo introduce y lo saca varias veces, despacio; luego lo hace demasiado fuerte.

—¡Ay, cuidado!

Mi voz se ahoga entre la boca y el colchón.

Saca el metal y entra él, hasta el fondo.

La sensación es de algo más blando, pero que no llega menos dentro.

—¿Te duele ahora?

Se clava con resolución, hasta el último centímetro; no da más de sí.

—Un poco.

Se inclina sobre mí, me susurra al oído:

—Hace daño, ¿hum? —Y empuja con más fuerza.

Me cuesta respirar. La voz me sale ronca, entrecortada de gemidos.
—Di, ¿te duele?
No creo que espere respuesta. No se la daré mientras permanezca clavado así. Me besa en la boca, me lame las mejillas.
Me molesta y aparto la cara.

Sale, vuelve a meterme el Don Tomás, aunque ahora más delicadamente.
—Tenlo dentro.
No sabría cómo, la verdad. Si no se sale es sólo porque lo ha metido mucho.
Aunque si contraigo los abdominales y regulo los espasmos, quizá pueda expulsarlo.

Me toma de las caderas y me levanta, se pone de nuevo en pie frente a mí, se quita el preservativo, y hace que se la chupe; su sexo sabe ligeramente a vaselina.
Las trenzas se me han deshecho y estoy despeinada.
Me coge del pelo, luego me toma la cara con las manos abiertas.

—Eres única…

No me lo creo, pero bien está.
No te pido nada. Porque sé que una de esas sortijas de plata que llevas en los dedos tiene un significado especial.
Yo soy la encarnación de tus deseos; estamos haciendo lo que me escribiste que querías hacer conmigo; objetivo cumplido. ¿Y ahora?

Sigue otro poco, luego se sienta.
Yo permanezco de rodillas, con cuidado de no dejarme caer para evitar que el Don Tomás se me clave más de lo que está. Al poco las piernas empiezan a dolerme.
—¿Me lo sacas, por favor? Me molesta.
Sé por experiencia que conviene ser amable cuando uno está atado.
No replicar.
Extrae despacio el objeto.

Siento también un gran alivio en mis partes.

—Ven aquí.

Está apoyado contra la cabecera de la cama y me hace acuclillarme entre sus piernas.

Las manos atadas empiezan a dolerme.

—Tómalo otra vez.

Lo hago: doy besos profundos a su sexo, que aún no tiene bastante, y le lamo todo el pubis, que él, temerariamente, se ha afeitado para variar.

Al poco se la coge y empieza a meneársela él solo; yo, apoyada la cara en su muslo, procuro con la lengua hacerle más placentera la labor.

Sé que es así, a estas alturas conozco sus ritmos.

Ya casi está.

Quisiera verte la cara, mirarte a los claros ojos, ver qué expresión tienen, no perderme gesto alguno de tu boca.

Pero solamente puedo oírlo.

Cegada como estoy, no puedo sino permanecer con la boca abierta en espera de su bendición, que en efecto llega: efusiones de alegría que caen en mi lengua y no logro tragar por entero.

Los últimos chorretones resbalan por mi mejilla, mis labios, mi barbilla.

Varias gotas salpican el negro puro de la venda, otra me atina directamente en la oreja, como pelota de golf que hiciera hoyo a la primera.

Grita de gusto, entona largas vocales moduladas.

Eres mi corista preferido; deberías grabar un disco así: corriéndote.

Engullo lo que me ha quedado en la boca.

Tiene un sabor agradable, caliente.

Lo demás se me seca en la cara.

Acerca la mano y con el canto del pulgar sigue el contorno de mis labios. Se lo beso.

Va calmándose, respirando regularmente. Por momentos inspira más fuerte, especie de tic que tiene desde que hace unos años se rompió el tabique nasal. Podrías pasar por un boxeador, por el malo del grupo.

—Te desato. Primero las manos.

Dejo que lo haga.

Tengo los hombros medio agarrotados y las muñecas enrojecidas.

Me froto las señales, me acurruco junto a él.

Me gusta que me acoja así, que me estreche contra sí.

Me quita la venda de los ojos, vuelvo a ver.

Mi retina se llena de luz, de cortinas de colores, de vívidos destellos, del rostro dulce y de los ojos verdes que me miran.

Sonríe con todo su ser, tan exhausto como su miembro que languidece.

Me quedo mirando sus tatuajes: las palabras del antebrazo, el dibujo del pecho y el del hombro. Quizá me cuentes su historia algún día.

Mi piel sigue embadurnada de su sabor, ya seco.

El oído, en cambio, se me ha taponado y empieza a molestarme.

Es una parte de tu plétora que, incapaz de caer nunca en el desaliento, sigue dándome guerra en el agujero equivocado.

Nos abrazamos.

Me estrecha contra su pecho, que sigue pareciéndome más bien frágil.

Pero me gusta, me gusta mucho, me gusta demasiado.

*

—Visto desde aquí, se parece un poco a un miembro viril, ¿ves?

Se ha tumbado y tiene la cabeza entre mis piernas.

La cinta, la venda y todo lo demás están tirados por el suelo.

No sé adónde habrá ido a parar mi ropa íntima; ya la buscaré luego.

—Esto que se ha dividido en dos podía contener los testículos.

Me pellizca con cuidado los bordes de los labios grandes.

—Y esto era el pene.

Me roza el clítoris con la yema del dedo, delicadamente.

Demasiado lujuriosa soy, demasiado rica en capilares receptivos, para ser la atrofia de una picha. Pero le digo que sí, para que siga hablándome a un centímetro de mi sexo.

Me gusta que le susurre cosas como si fuera otra oreja.

—Eres muy suave.

Sí, de eso se dan cuenta todos, y a todos les encanta.

—¿Puedo?

—Hum.

Me abre cuidadosamente los labios y mira dentro, como hacen los críos con los agujeros de los grillos, igualito.

Dime qué ves; yo, como mucho, puedo decirte lo que siento.

Estos hombres que se encariñan tanto de Ella, de mi sexo, tan femenino, acabarán poniéndome celosa.

Me escriben mensajes para Ella, me dicen cuánto echan de menos su sabor, cuánto les gusta sentir cómo se moja, verla abrirse.

Éste también lo ha hecho, y muchas veces.

Me confunden con Ella.

Vierte un hilo de saliva y con los dedos lubrica los bordes.

Está mascando un chicle.

Mezcla el sabor de menta con mi flujo levemente salado.

Luego sigue mirándola a Ella, esperando ver el grillo.

Tengo aún los labios hinchados, entumecidos por todo cuanto me ha hecho. Por suerte, la vaselina del preservativo ha aliviado un poco el escozor producido por el roce.

¿Sabías que cuando entras dentro de mí lo siento todo?

Siento cómo respiras, cómo se te enfrían las piernas porque toda tu sangre acude a mi interior.

Soy como una gran sanguijuela.

Y te ves obligado a quedarte dentro largo rato porque casi todo tu flujo sanguíneo se ocupa en calentarme a mí.

Eres una lagartija y yo soy el muro a pleno sol. Fuera de mí podrías morirte de frío.

Le acaricio el pelo corto y revuelto. En la postura en que está, escrutándome, puedo verle la espalda y las imperfecciones de la piel.

Mírate.

Cuando estás excitado, todo tu cuerpo se yergue y proclama cómo eres.

Yo soy un oído que escucha, una boca que saborea. Y siento cuando te abstraes, cuando pones los cinco sentidos en lo que estás experimentando, y si te hablo es probable que no me oigas.

Y siento también cuando piensas en otra cosa, en algo que quizá nada tiene que ver con nosotros, porque entonces las sensaciones que me procuras se apagan un poco.

Cuando estás dentro de mí, Ella te espía y me lo dice todo.

Siento tu corazón palpitando, no porque yazcas sobre mí, sino porque noto sus latidos en el apéndice más protuberante de tu cuerpo, en lo hondo de mi propio vientre. Si murieras, yo lo sabría antes que tú.

Ella es una buena caja de resonancia y, además de revelarme a quién tengo dentro, me hace celebrar haberlo conocido.

¿Y tú? ¿Qué sabes tú de mí? ¿Cuántas sensaciones analiza tu termómetro?

¿Qué te dice de mí cuando no te veo?

Cuando una se siente bien con un hombre, éste tiene unos veinte centímetros de comprensión.

¿Me sientes tú con toda tu longitud, con la misma intensidad?

¿O cambia algo?

¿Te llega todo mi goce al fondo?

¿O te distrae lo que sientes en la punta?

Cierto es que no se trata de un trecho kilométrico, pero ¿se pierde algo de mí en el camino?

Aunque hacemos el amor, aún no somos lo bastante íntimos para preguntárnoslo.

Sabes dónde tengo lunares, pero no qué cosas me hacen llorar.

No sé si nos estamos perdiendo algo.

Tengo miedo, miedo de saber que no funcionará.

Nos va bien hasta este punto. No soportarías mis crisis premenstruales, odiarías ver pelos míos en la ducha.

Y mis pies fríos por la noche.

Me cabrea que no eches la ropa sucia en el correspondiente cesto, o que te pases horas jugando con la Playstation.

Y, sobre todo, no soporto el tabaco, los mecheros y los ceniceros sucios.

No estamos hechos el uno para el otro.

Los pequeños detalles son los que dan al traste con las relaciones, ¿lo sabías?

Cuanto más insignificantes, más insoportables.

Me conformo con esta relación esporádica, así seguirás siendo un hombre interesante mucho más tiempo.

—Es preciosa.

¿Lo soy yo también? ¿Te gusto tanto como te gusta Ella?

¿Te das cuenta de que pegada a Ella estoy yo?

Sigue con los ojos fijos en mi centro.

Le pongo la mano en la nuca y le empujo la cara hacia Ella.

—¿Qué haces?

—Hago de hombre.

Hago lo que me habéis enseñado a hacer vosotros cuando queréis que os mamen.

Hago como has hecho tú antes.

Ahora te toca a ti.

No se resiste.

Me aplica la cara como a una máscara de oxígeno. No será necesario usar nada, me bastas tú.

Se pone a hablarle a Ella largo y tendido.

Yo los escucho, y él hace con la lengua lo que sabe hacer como nadie.

AGRADECIMIENTOS

Hay algunas personas que ocupan un lugar especial en mi corazón.

Gracias a Raul Montanari; él sabe por qué.

Gracias a Tiziano Scarpa; también sabe por qué. Gracias a Roberto Saviano, Luca Ghilino y Antonio Campolo por su apoyo moral e inmoral.

Gracias a Stena por no haberse enfadado.

Gracias a Alessandro S. por haberse dejado utilizar.

Gracias a Agnese, a las chicas de la Piemme y a todos los amigos que una y otra vez me han preguntado: «¿Cuándo sale tu libro?».

Gracias a Gianluigi, que me aguanta.

Gracias a Reggae National Tickets, Neffa, Giuliano Palma & the Bluebeaters, Africa Unite y a los Smoke por la música de fondo.



VALENTINA MARAN nació en Varese, Italia, en 1977, y trabaja en Milán. Es autora de varios relatos eróticos recogidos en antologías de prestigio; el titulado «Diritto alla meta» ganó el Premio Chiara Giovanni en el año 2000. Traducido ya a otras lenguas, *El hombre que me baña* es su primer libro de relatos; protagonizados todos ellos por una joven sospechosamente muy parecida a la propia Valentina Maran, constituyen un magnífico debut en un ámbito en el que pocos autores se atreven a internarse.